

DOI: 10.24275/uama.7004.7671



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA  
Unidad Azcapotzalco  
DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES  
Maestría en Planeación y Políticas Metropolitanas

HABITAR EL ESPACIO PÚBLICO: NARRATIVAS DE LA VIOLENCIA EN EL  
BARRIO DE TEPITO

Presenta:  
Linda Mercedes Moreno Sánchez

*Tesis para optar por el grado de  
Maestra en Planeación y Políticas Metropolitanas*

Miembros del Jurado:

Guénola Françoise Madelaine Capron  
*Directora de la tesis*

Lucía Álvarez Enríquez

María Cristina Sánchez Mejorada

México D.F. a 14 de noviembre 2016

***Esta tesis fue elaborada con el apoyo económico de CONACyT***



## **Tepito**

Te pito si la tira acecha  
para correr como flecha

y chiflar al personal  
que no de ley  
y no te dejan morir solo  
cargando la maleta,

Tepito antes de ser  
Ya era un lugar socorrido  
Donde corre la luz como el agua

Barrio experto en lo indebido  
Bendecido por el efectivo  
Y santos a su mensa  
Y sin que nadie se ofenda  
Es un barrio muy querido.

*Toño "El Rebeco"*

## **Agradecimientos**

¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti, nada deseo en la tierra.

Salmos 73:25

Señor, siempre será el primer y último agradecimiento para ti, por amarme y estar conmigo, a pesar de mí.

Gracias a todas las personas que hicieron posible esta investigación, directa e indirectamente.

### **Familia.**

Mamá: gracias por apoyarme en todo, sobre todo gracias por ser paciente conmigo y por apoyarme económicamente cuando decidí irme a otros lugares del planeta para fortalecer esta investigación. Gracias, jefa, mis respetos, amor y admiración para ti, por siempre.

Papá: gracias por toda la formación que nos diste desde pequeños, ese amor por el conocimiento y por seguir aprendiendo siempre, de todo. Eres grande, jefe.

Dulce y David, son los mejores hermanos del universo. Los quiero.

Abril, Elisa, Camila y Romina, ¿qué sería de este mundo sin sus locuras? Las quiero a raudales, hermosas.

### **Amigas y amigos:**

Liz, gracias por los consejos, por ayudarme a darle orden a todas las ideas y conceptos, por fortalecer esta investigación; gracias por acompañarme a Tepito, aunque a veces te diera miedo. Te quiero y admiro, amigui.

Toño, te agradecí en la tesis de licenciatura y lo vuelvo a hacer: sin ti, no sé cómo hubiera llegado a Tepito. ¡Gracias, Tony!

Luz y Nathalie, gracias estar conmigo y esa es suficiente razón para quererlas tanto, porque a pesar de todo, ustedes siempre están.

Roberto, Arianne y Perla, gracias por todo lo que aprendí de ustedes durante la maestría y gracias por su valiosa amistad. ¡Gracias por esperarme en el metro, Robert, y por resolver

todas mis dudas con los mapas! ¡Gracias por las sonrisas, Arianne! Y Perla, gracias por enseñarnos a todos a luchar por nuestros ideales.

**Profesorado:**

Un especial agradecimiento a la Dra. Guénola Caprón, por apoyar esta investigación, por sus consejos y por las facilidades que me brindó para realizar mi estancia en Toulouse. ¡Gracias, Dra. Guénola!

Gracias a la Dra. Lucía Álvarez y Dra. Cristina Sánchez, por sus valiosos comentarios que sirvieron para fortalecer este trabajo.

Gracias al Dr. Jesús Morales, por las lecturas que nos brindó en clase y por dar espacio a la discusión.

**A toda la gente de Tepito, mil gracias por su tiempo, por las pláticas tan enriquecedoras, por abrirme un lugar incluso en sus casas, ustedes son la base de esta investigación, siempre estaré agradecida por su apoyo.** Joaquín (gracias por la buena música también), Toño, Enrique, Brisa, Martina, Alejandro, Rosalía, Enrique, Felipe, Sofía, Federico, Víctor, Sergio y Carmen, Ofelia, Guillermina y a las personas que prefirieron su anonimato.

## Resumen

En la actualidad, el debate en torno a la crisis del espacio público pone de manifiesto cómo la violencia urbana socava la condición de apertura y convivencia que idealmente caracteriza a este ámbito. Así, se ha llegado a considerar la posibilidad de la muerte o decadencia de los espacios públicos ante el vaciamiento de calles, parques, patios o por el grado de acorazamiento al que han incurrido los habitantes de distintas partes de la ciudad para protegerse del peligro que constituye lo externo o el contacto con el otro. Además, la prevalencia de imaginarios o percepciones sobre ciertos lugares identificados como peligrosos o inseguros han mermado las posibilidades de habitarlos o apropiarlos por parte de la población no residente, contraviniendo, de esa manera, la apertura de la ciudad en su totalidad.

No obstante, en la Ciudad de México, la existencia de territorios como el barrio de Tepito, históricamente estigmatizado por la violencia que permea en este territorio, pone en entredicho esta premisa al mostrar que, si bien la violencia influye en su uso y apropiación, sus espacios públicos son usados intensamente y gozan de gran vitalidad. Por lo anterior, la presente investigación tiene como propósito comprender de qué forma la violencia existente en el barrio, determina la manera en la que sus habitantes –comerciantes y/o residentes– habitan su espacio público.

En ese tenor, se realizó una investigación documental sobre los acontecimientos que han sido claves para comprender los cambios en la forma de habitar el espacio público en Tepito; posteriormente se llevó a cabo una discusión teórica sobre el habitar y la violencia urbana, la cual dio paso al trabajo de campo que contempló una metodología de corte cualitativo con entrevistas abiertas para abordar el tema de la violencia en el barrio y su impacto en el espacio público. Asimismo, se hicieron recorridos de campo de manera individual y en compañía de algunos entrevistados y observaciones sistemáticas por las primeras cinco cuadras de la calle de Tenochtitlán, lugar en donde situamos la investigación.

**Palabras clave:** espacio público, violencia urbana, habitar, centralidad, identidad barrial

# Índice

Introducción.....	1
1. La ciudad y sus espacios invisibles: el barrio de Tepito.....	6
1.1 El barrio de Tepito como espacio invisible .....	8
1.2 De la invisibilidad a la división (o reivindicación) del barrio .....	19
1.3 La disputa por la apropiación del espacio: defenderse de (nos) otros .....	31
2. Visibilizar el conflicto .....	40
2.1 ¿Naturalizar o sobredimensionar la violencia en los barrios estigmatizados?.....	43
2.2 Partir del conflicto: el espacio público a contrapelo.....	57
2.3 Desde el conflicto .....	59
3. Narrativas de la violencia en el barrio de Tepito .....	75
3.1 El espacio de Tepito ya no es de los tepiteños.....	80
3.2 Este barrio ya no es barrio .....	91
3.3 Sale caro vivir en el barrio.....	99
4. Y sin embargo, me quedo.....	105
4.1 Si me voy de aquí, me muero .....	106
Reflexiones finales .....	121
Bibliografía.....	125

## **Introducción**

El siglo XX visibilizó el cénit de las discusiones en torno a las cuales el espacio público pasó a ocupar un papel preponderante en las ciencias sociales. Su creciente importancia surgió en un contexto en torno al cual, el espacio dejaba de ser una delimitación geográfica para dar paso a la comprensión de las relaciones sociales que se traducían tanto en diversas formas de apropiación, dotación de sentido y afecto, como en conflicto y tensión. En ese sentido, el debate sobre el espacio público puso de manifiesto la condición misma de las sociedades.

La vigencia de este debate permanece hasta nuestros días, pero con variables que han dado cabida al replanteamiento de los supuestos en los que se basaba este concepto. Una de estas variables es la presencia de la violencia y su consecuente influencia en la apropiación o cierre de los espacios reconocidos como públicos. La violencia como uno de los factores que ha socavado la condición de apertura y convivencia que otrora caracterizaban al espacio público y que pone en entredicho las bases a partir de las cuales se partía para considerar a este espacio como un lugar en donde la convivencia entre los diferentes o el consenso entre usos e intereses dispares era posible.

Así, se ha llegado a considerar la posibilidad de la muerte o decadencia de los espacios públicos ante el vaciamiento de calles, parques, patios o por el grado de acorazamiento al que han incurrido los habitantes de distintas partes de la ciudad para protegerse del peligro que constituye lo externo o el contacto con el otro. Además, la prevalencia de imaginarios o percepciones sobre ciertos lugares identificados como peligrosos o inseguros, han mermado las posibilidades de habitarlos o apropiarlos por parte de la población no residente, contraviniendo, de esa manera, la apertura de la ciudad en su totalidad.

Sin embargo, la existencia de territorios como el barrio de Tepito -históricamente estigmatizado por el grado de violencia que diferentes fuentes de información le han imputado-, cuestionan las premisas sobre las cuales se aduce la extinción de los espacios públicos como consecuencia, entre otras variables, de la violencia. Lo anterior se inscribe en un panorama marcado por la intensidad del uso del espacio público que cotidianamente se observa en las calles de Tepito, el cual se hace visible en la cantidad considerable de personas

que acuden al barrio, a pesar de la carga de “barrio violento“ con la que ha sobrevivido hasta hoy en día.

En ese tenor, la presente investigación tiene como propósito comprender de qué forma la violencia existente en el barrio, determina la manera en la que sus habitantes –comerciantes y/o residentes- habitan su espacio público. Este objetivo surge para dar cauce a la inquietud que nos ocasionaba la estricta relación que se ha establecido entre violencia y crisis del espacio público, acuñando a la primera la causa directa de la condición que prevalece en el segundo, excluyendo del análisis, a los diferentes actores, intereses y usos en y sobre el espacio público.

De esa manera, se hizo necesario hablar de la violencia, no desde la perspectiva que sugiere su estudio desde las cifras de los delitos o crímenes que acaecen en el barrio o de la identificación puntual de quienes llevan a cabo el delito, sino a través de un análisis de las relaciones sociales conflictivas -visibles en el espacio público- entre dos agentes en disputa que manifiestan sus respectivos intereses por la centralidad que privilegia al barrio de Tepito. La violencia desde el plano que involucra la intervención u omisión del gobierno en el barrio, pero también a partir de quienes cotidianamente experimentan esta violencia y la constituyen como eje fundamental de sus narrativas en torno al barrio.

En ese sentido, partimos de la hipótesis de que las narrativas de la violencia de los residentes y/o comerciantes de Tepito, determinan las formas de habitar el espacio público en este barrio. Para comprobarla, hicimos uso de una metodología de corte cualitativo que contempló el uso de entrevistas abiertas para abordar el tema de la violencia en Tepito y su impacto en el espacio público. Debido a la pertinencia que resultaba para la investigación el saber si había existido – o no- un cambio en las formas de apropiación del espacio público y saber a qué se debía, buscamos entrevistar a aquellas personas (residentes y/o comerciantes) que tuvieran el tiempo suficiente en el barrio para hablar al respecto. En total, se realizaron un total de 14 entrevistas abiertas, con una duración de una a tres horas (Imagen 1).

**Imagen 1.** Relación de entrevistados durante el trabajo de campo

<b>Entrevistados</b>	<b>Relación con Tenochtitlán</b>	<b>Duración</b>	<b>Edad</b>
Joaquín	Comerciante	2 hrs	64 años
Enrique	Comerciante y oriundo de Jesús Carranza	2 hrs 30 min	60 años
Brisa	Exresidente de la calle de Tenochtitlán	3 hrs 35 min	62 años
Martina	Comerciante y residente de Tenochtitlán	1 hr 3 min	52 años
Alejandro	Comerciante y residente de Tenochtitlán	2 hrs 20 min	51 años
Rosalía	Comerciante y exresidente de Tenochtitlán	Dos sesiones, la primera de 1 hr 54 min; la segunda, 1 hr 24 min	70 años
Enrique (cuñado de Brisa)	Excomerciante y exresidente de Tenochtitlán	2 hrs 10 min	56 años
Felipe	Comerciante y residente de Tenochtitlán	Dos sesiones, la primera de 2 hrs 30 min, otra de 45 min aprox.	62 años
Sofía	Residente de Tenochtitlán	45 min	15 años
Federico	Comerciante de Tenochtitlán	1 hr	60 años
Víctor	Comerciante de Tenochtitlán	2 hrs 45 min	30 años
Sergio y Carmen (esposos)	Residentes y comerciantes de Tenochtitlán	Dos sesiones, 2 hrs 20 min y 3 hrs	63 años
Ofelia	Residente y excomerciante de Tepito	1 hr 38 min	93 años
Guillermina	Residente y excomerciante de Tepito	1 hr 06 min	85 años

Otra herramienta que se empleó en este trabajo fue el diario de campo, el cual complementa la información que recibimos, con las observaciones que hicimos cada vez que acudíamos a Tepito. Esta herramienta ha sido muy útil para mí, sobre todo porque me permite recordar las dinámicas que día a día pasan en la calle y que quedan fuera de las entrevistas (número de policías, tipo de gente, afluencia en la calle).

También hicimos recorridos de campo de manera individual, pero también en compañía de algunos entrevistados, lo cual fue de gran ayuda para comprender el grado de sociabilidad de estas personas y el análisis que ellos mismos hacían sobre diversos acontecimientos acaecidos en varias partes de Tepito. Finalmente, en lo que respecta a la metodología empleada, realizamos una observación sistemática por las primeras cinco cuerdas de la calle de Tenochtitlán (calle elegida para esta investigación), en distintos horarios, sobre todo de 11 am a 6 pm para comprender el ritmo y los cambios de las actividades que se realizan en la calle.

De esta forma, la investigación se estructuró en cuatro capítulos que pretenden comprender íntegramente, el fenómeno de la violencia en el barrio de Tepito y su impacto en la vida cotidiana de las personas que se observa de manera particular en las dinámicas que tienen lugar en el espacio público. En ese tenor, el primer capítulo muestra aquellos acontecimientos que han sido claves para comprender los cambios en la forma de habitar el espacio público en Tepito, así como su implicación en la apropiación de un territorio que pasó de ser un espacio invisible a un espacio en disputa, la cual sido imprescindible para visibilizar la situación actual del barrio.

En el segundo capítulo, ahondamos en una crítica a la forma tradicional de estudiar la violencia para pensarla desde de los factores externos que han incidido en la configuración física y simbólica del barrio, la cual expone el grado de penetración o ausencia del gobierno en el barrio a través de planes de ordenamiento del espacio (comercio ambulante), de vivienda o en contra de las actividades informales e ilegales que se han puesto en marcha en Tepito, los cuales nos hablan, principalmente, de las relaciones sociales entre distintos agentes que se manifiestan en el espacio público urbano.

Por su parte, el tercer capítulo ahonda en el trabajo etnográfico que comienza con el replanteamiento de la metodología inicialmente propuesta, pero modificada debido al tipo de tema que se trató. Este replanteamiento nos fue útil para comprender mejor la forma en la que se incorporaban la(s) violencia(s) en la manera de habitar el espacio público por parte de los habitantes de Tepito. El capítulo complementa el análisis del anterior para dilucidar sobre los efectos que la acción del gobierno -violencia “desde arriba”- ha tenido en la manera en la que estos se experimentan en lo cotidiano y se traducen en la apropiación y significación del espacio público en Tepito, proceso durante el cual se visibiliza la conflictividad de una relación entre distintos agentes con sus respectivos intereses e ideas de usos del espacio.

Finalmente, el cuarto capítulo responde a las inquietudes que durante el trabajo de campo se presentaron, las cuales se relacionaban con elementos fuertemente arraigados en los habitantes del barrio que han asegurado la permanencia de estos en Tepito, a pesar de las condiciones de violencia a los que ellos mismos apelaron durante sus entrevistas. Sentimientos como el de comunidad, sociabilidad, identidad barrial y/o la privilegiada centralidad de este espacio, se constituyeron como justificaciones de su permanencia en el barrio, aun con la violencia y la incertidumbre que el futuro de Tepito les genera.

## 1. La ciudad y sus espacios invisibles: el barrio de Tepito

*Fuimos entonces inexorablemente domados.  
Aquí hubo una ciudad que de pronto se vio acechada,  
se miró asediada, se sintió troyanizada.  
Algunos decidieron por el resto y creyeron que moral es represión  
y buena conducta es uniformidad y de inmediato,  
la Ciudad empezó a perder su escaso rostro.  
Días de guardar, Carlos Monsiváis*

Las investigaciones que existen en torno al barrio de Tepito son abundantes: desde la antropología (Nivón, 1989; Reyes Domínguez y Rosas Mantecón, 1993; Lewis, 1961), que ha aportado, con gran riqueza, al estudio de las formas de vida de los tepiteños, hasta los historiadores (Aréchiga, 2003; Rosales Ayala, 1991) y su minuciosa labor para escudriñar los hilos que entretejen el devenir del barrio. Estos y otros enfoques para estudiar a Tepito, nos hace reflexionar sobre la importancia que tiene este espacio no sólo en la vida de quienes cotidianamente habitan y residen en él, sino también en la conformación de una ciudad que enmarca en sí misma, las contradicciones de un crecimiento desigual.

En ese tenor, la historia de Tepito da cuenta de una realidad que trasciende las fronteras de la particularidad de un espacio local: evidencia, a través de sus luchas, reivindicaciones y de sus cambios en su estructura física, social, económica e incluso cultural, la manera en la que distintos intereses de actores, tanto internos como externos al barrio, se disputan por un espacio privilegiado, entre otras cosas, por su ubicación estratégica y los servicios con los que actualmente cuenta.

Historia impresa en la memoria y práctica de sus habitantes, rumores y verdades contadas por distintas voces que enarbolan la perdición y decadencia de este espacio, la realidad de Tepito se visibiliza en las narrativas de sus habitantes con respecto al espacio más inmediato e importante para ellos: su espacio público, ese espacio cambiante y latente en donde se materializa las intenciones económicas y políticas del gobierno en turno, donde se ponen de manifiesto las relaciones entre distintos actores (comerciantes, compradores, indigentes, políticos, entre otros) y en el que tienen lugar una multitud de actividades y hechos que juegan

entre constantes distinciones que van de lo ilegal/legal, lo público/privado, hasta lo prohibido/permitido.

Pero también es el espacio público que se vivencia en un barrio que desde su formación, ha hecho un uso intensivo del mismo, debido, principalmente, a las condiciones de hacinamiento que presentaban sus viviendas (vecindades) que llevaron a sus habitantes a aprovechar el espacio común, es decir, los patios y calles del barrio, ya sea como extensión de sus talleres y/o como espacio de convivencia vecinal.

En este contexto, el primer capítulo abordará la historia de Tepito a partir de las transformaciones que impactaron en la manera en la que sus habitantes habitan su espacio público, así como los elementos que se relacionan con los intereses que se tienen sobre el barrio –políticos y económicos, principalmente- y que en conjunto, han marcado el transitar de Tepito de un espacio invisible –con respecto a lo que era considerado como ciudad colonial- a un espacio en continua disputa.

Estas transformaciones no sólo señalan los cambios físicos que tienen lugar en el espacio público, sino también los imaginarios en torno al mismo, difundidos de manera sensacionalista por los medios de comunicación, pero vivido por los que día a día habitan este espacio; imaginarios en los que predominan una cantidad considerable de adjetivos peyorativos que han estigmatizado al barrio a través del tiempo.

No obstante, es quizá el adjetivo de “barrio bravo” o “violento” el que más énfasis ha tenido en la historia de este espacio y que ha marcado no sólo la manera en la que es visto Tepito desde afuera, sino también la percepción que los tepiteños tienen de sí mismos con respecto al tema. Este aspecto es interesante debido a que la violencia, tanto en el barrio como en la metrópolis en general; es uno de los elementos que configura el ir a un lugar y/o la permanencia de la gente en un espacio, incluso se constituye como un factor que influye en la construcción de la ciudad (Carrión, 2008: 118).

En este sentido, el objetivo de narrar la historia de Tepito a partir de los acontecimientos que trastocaron la forma en la que sus habitantes habitan e intervienen en su espacio público, nos permitirá comprender que la violencia que actualmente vive el barrio no es una condición inherente ni sustancial al mismo: responde a las relaciones estructurales que entrañan los

distintos intereses económicos y políticos de los actores externos –principalmente- e internos de Tepito, los cuales se visibilizan en el espacio físico.

Esto es interesante, pues el espacio público en Tepito, muestra a través de su historia, la constante tensión que experimenta como resultado de las omisiones del gobierno (para la dotación de bienes y servicios) y sus intervenciones para imponer un orden y/ usos distintos al de sus habitantes. Esto confirma dos características ineludibles del espacio público en Tepito: su latencia, esto es, que está abierto al conflicto (: 178) y su heterogeneidad (Reyes Domínguez y Rosas Mantecón, 1993: 190), tanto de actividades comerciales como de intereses externos e internos.

De esta manera, los procesos históricos que se presentan en este primer capítulo, ahondan en las relaciones estructurales entre el espacio social y el espacio físico (Bourdieu, 2000: p.120) para romper con los análisis que naturalizan las condiciones de este tipo de espacios fuertemente estigmatizados que se caracterizan por una marcada ausencia del Estado y por una enorme influencia por parte de los medios de comunicación en la conformación y reproducción de imaginarios negativos.

### **1.1 El barrio de Tepito como espacio invisible**

Hablar de Tepito como un espacio invisible resulta un poco complejo para aquellos que conocen la fama de este barrio en México y quizá en muchas partes del mundo. Recuerdo la primera vez que caminé por el malecón de La Habana y vi, con cierto asombro, el robusto cuerpo de un hombre acercarse directamente a mí; en mis adentros vino la idea de lo indefensa que podría ser frente a la fuerza de aquel hombre y comencé a sentir miedo. Él lo leyó en mi cara y sonriendo, con un dejo de burla, me dijo “tranquila, esto no es Tepito”.

Sin embargo, pese a la fama de Tepito, apelamos a la invisibilidad de este espacio cuando recorremos la historia del mismo y observamos la situación de marginalidad que lo mantuvieron alejado (simbólicamente) de los beneficios de lo que entonces era considerado como ciudad, a pesar de su cercanía física. Esta invisibilidad ha perdurado, aunque con delimitaciones territoriales diferentes, pues si bien antes no se reconocía a Tepito como parte de la ciudad colonial, hoy en día es excluido del nombramiento oficial del Centro Histórico

de la Ciudad de México (Perímetro A y Perímetro B), del cual está separado por escasos metros.

Aunque son varios los acontecimientos que han influido en el barrio de Tepito de forma determinante y que dan cuenta de esta invisibilidad, hacemos mención de aquellos que han trastocado la manera en la que los habitantes del barrio se apropian del espacio público hasta el día de hoy, los cuales han ido configurando el estigma que por muchos años lo ha caracterizado. Empero, para repensar el espacio público de manera procesual, basta con entender a Tepito desde una perspectiva que lo entiende como un barrio céntrico que es y forma parte de una ciudad y no como un territorio aislado, autónomo y ajeno a las dinámicas urbanas.

El espacio público en Tepito -cambiante y heterogéneo- se ha relacionado con varios lugares, de los cuales algunos han ido perdiendo el significado que tenían, mientras que otros perduran pero con cambios notables. Por supuesto, los cambios que han acaecido en estos, no son fortuitos. Entre los espacios públicos que se identifican en Tepito están las plazas, tianguis, calles, banquetas y patios de vecindad.

La diferencia entre estos no es estricta, pues a pesar de tener funciones particulares en la vida cotidiana de los habitantes del barrio, permiten el encuentro entre individuos, fungen como soporte de actividades económicas para la sobrevivencia de sus habitantes e influyen en la conformación de una identidad barrial que, en el caso de Tepito, ha sido un elemento importante para la participación política de diferentes organizaciones vecinales que han buscado la cobertura de bienes y servicios necesarios para el barrio.

Varios investigadores coinciden en que el cambio de la administración de los bienes del clero y de las comunidades indígenas, emitido en un decreto del gobierno federal en 1868 (Aréchiga, 2003; Chapela, 2013; Tomas, 2005), fue el primer acontecimiento que definió la estructura actual del espacio público en Tepito, debido a que las decisiones sobre sus usos, modificaciones y mantenimiento, estarían en manos del Ayuntamiento de la ciudad (Chapela, 2013; p. 2000).

Este hecho significó dos cambios importantes: el primero es que el barrio de indios que era Tepito, dejaría de decidir colectivamente sobre las propiedades comunes (colectivismo

indígena), lo cual terminaría con uno de los elementos que sostenía la identidad indígena para reconfigurar la idea de propiedad privada y pública (Aréchiga, 2003; p. 79) y dos, pasaría a formar parte de la ciudad a través del nuevo orden urbano que incluía, finalmente, a las parcialidades y barrios de indios como parte de la ciudad.

El cambio trajo serias transformaciones, no sólo en la organización y usufructo del nuevo orden urbano, sino también en la manera en la que sus habitantes se concibieron a sí mismos. Las denominaciones de parcialidades y barrios de indios, dotaban a su población de ciertos derechos y privilegios que tenían -a cambio de ciertas obligaciones- y que los distinguían del resto de la ciudad (que no por ello eran más privilegiados), lo cual generó una identidad particular que resaltaba por su fuerte corporativismo al momento de actuar y decidir sobre sus propiedades comunitarias.

Al extinguirse ese estatus legal, las parcialidades y barrios de indios pasaron a formar parte de la ciudad y con ello, a cumplir con los nuevos derechos y obligaciones que esta nueva formalidad exigía, dejando en manos del gobierno lo que otrora decidían ellos. Si bien este hecho podía ser visto como una oportunidad para contar con los mismos bienes y servicios de la ciudad, la urbanización tardó en llegar a estos barrios, sobre todo a los que correspondían a Tepito y Tequipeuhcan (Aréchiga, 2003: 82). De esta manera, las ventajas de pertenecer a un orden urbano ajeno al suyo, parecían disolverse con la poca atención que el ayuntamiento mostraba hacia el barrio, perpetuando su posición de barrio marginal (Tomas, 2005: 337).

La situación que presentaban las calles de Tepito no se resolverían en poco tiempo: la falta de pavimentación y drenaje, la estrechez de sus callejones, la falta de servicios de recolección de basura, el continuo encharcamiento de las calles y la irregularidad en la distribución de las casas (Aréchiga, 2003: 87) (Chapela, 2013: 2000), eran algunos de los elementos que caracterizaban al espacio público de Tepito, los cuales contrastaban fuertemente con los de la ciudad.

El crecimiento de la urbe trajo consigo la agudización de las condiciones de vida de sus habitantes: ni la urbanización ni los beneficios de la ciudad se manifestaban en los espacios más marginales de la ciudad, ubicados en la zona oriente y norte de la ciudad (Chapela, 2013: 2000), en donde la mayoría de su población provenía de otros estados de la república,

principalmente del campo. En el caso de Tepito, la demanda de un suelo para vivienda aumentó considerablemente, pues a pesar de no contar con equipamiento urbano, el barrio ofrecía vivienda a bajo costo.

Son varios los factores que permiten entender el crecimiento demográfico y geográfico de la ciudad. Factores como el desarrollo de medios de comunicación y transporte, el impulso a la industria, la migración, la concentración de los poderes en la capital del país (Aréchiga, 2003:133) entre otros, influyeron en la expansión de la ciudad en la segunda mitad del siglo XIX y en consecuente demanda de vivienda, sobre todo, de aquella que tuviera un bajo costo.

En ese contexto, entre 1882 y 1896, el ayuntamiento autorizó la conformación de los fraccionamientos que corresponden a la delimitación actual del barrio de Tepito: Violante, Díaz de León, Morelos y La Balsa, (Chapela, 2013: 2000; Tomas, 2005: 337; Grisales, 2003; 59; Rosales, 1991: 44). Esta delimitación respondía al aumento de su población como resultado de la concentración de edificios y servicios relevantes para la ciudad, como la Penitenciaria, el Rastro y la Estación Hidalgo (Grisales, 2003, p. 59).

Si bien la formalización de los fraccionamientos implicaba la entrada del barrio a la ciudad, esto no significó que, como se mencionó anteriormente, se cubrieran los servicios públicos de los que el barrio carecía, situación que potenció la insalubridad y la suciedad del barrio (Chapela, 2013: 2001; Grisales, 2003: 59). Es cierto que el ayuntamiento realizó trabajos de ordenamiento urbano en Tepito, mas estos no se comparaban con la atención que recibían otros fraccionamientos en el surponiente de la ciudad, como las incipientes colonias Roma, Condesa. Santa María, San Rafael y Juárez cuyas construcciones se inspiraban en la arquitectura europea.

La insalubridad y la falta de servicios urbanos que predominaban en Tepito, no fueron obstáculos que alejaran a la gente de vivir o llegar a este espacio. Lo que importaba, finalmente, era encontrar un lugar con posibilidades de encontrar viviendas a muy bajo precio, aunque no tuvieran esa vocación, como lo fueron los mesones que más tarde se transformaron en casas de vecindad. Como lo menciona el historiador Ernesto Aréchiga (2003:83), Tepito se convirtió en uno espacios elegidos por los inmigrantes marginales provenientes de otros estados de la república y de la misma ciudad, *estos barrios fueron un*

*foco de atracción para los inmigrantes pobres que llegaban a la ciudad por miles y también para miles de pobres que ya vivían en la ciudad.*

La alta demanda de vivienda que tuvo el barrio de Tepito en esta época, en combinación con los bajos ingresos de su población, contribuyeron para generar condiciones de hacinamiento nunca antes vistas en el barrio (Chapela, 2013: 2001), las cuales dieron lugar a un intensivo uso del espacio público que, en ese momento, se relacionaba con los patios y calles que además, se caracterizaban por la poca atención por parte del gobierno que se hacía visible en la insalubridad que la falta de servicios públicos ocasionaba.

Empero, la calle era un espacio muy transcurrido y necesario para la vida del barrio: ahí, un incipiente comercio que abastecía a la población más pobre de estos barrios, empezaba a tomar lugar, propiciando de esta manera, una convivencia entre los habitantes de Tepito. Asimismo, tanto la calle como los patios de las vecindades, cobran una importancia preponderante en el barrio, pues ante la inhabitabilidad de las viviendas, fungieron como una extensión de la casa, *para ellos, la calle es una prolongación de la vivienda y, por lo tanto, fundamental para la reproducción de sus condiciones de existencia* (Reyes Domínguez y Rosas Mantecón, 1993: 55).

Lo anterior, de ninguna manera aminoró la desigualdad de una ciudad que proclamaba el progreso bajo el estandarte de la modernidad, al contrario, visibilizó la poca coherencia entre la imagen de una ciudad progresista y la expuesta necesidad de su población de contar con fuentes de ingresos para sobrevivir en una urbe que reforzaba día a día su marginalidad. En esa guisa, el marcado contraste entre ambos espacios en una misma ciudad, hicieron de Tepito y los barrios periféricos aledaños, espacios que pasaron a conformar un segundo orden, muy distinto al de la ciudad, *La Romita, Santa Julia, La Candelaria de los Patos, el rumbo de San Antonio Abad o Tepito, son ejemplos de esa otra realidad urbana que denunciaba hasta dónde había llegado el progreso y la civilización...* (Aréchiga, 2003: 173).

La marginalidad, la falta de higiene y accesibilidad provocada por la falta de servicios públicos (sobre todo de desagüe y pavimentación), comenzaron a configurar un ideal en torno al cual, el barrio era el escenario de distintas prácticas negativas que en mucho diferían con la imagen que la ciudad quería proyectar. Historias en torno a las prácticas de sus habitantes, como los bailes o borracheras que se daban en el camposanto de Tepito (Aréchiga, 2003: 90)

y a la multiplicidad de sectores que llegó a vivir ahí (indígenas, migrantes, prostitutas, rateros, artesanos, maestros, entre otros), dieron paso a la creación de un imaginario del barrio de Tepito que marca el antecedente del estigma que carga hasta nuestros días, *en este periodo de “refundación” de Tepito, este es el tiempo base de su leyenda actual /.../ Tepito pasa a designar un lugar, los tepiteños se ven obligados a asumir una identidad estigmatizada que será objeto de resemantizaciones propias y ajenas* (Rosales, 1991: 45).

Esta fama que empezaba a recorrer la ciudad, se veía reforzada por las quejas de algunos vecinos que constantemente anunciaban el peligro que la insalubridad representaba, tanto para la población de estos barrios, como para la misma urbe. El concurrido debate en torno a esta situación, puso de manifiesto la desatención de las autoridades hacia estos barrios, pero también la percepción de peligro que se tenía con respecto a los arrabales. Así, como consecuencia de las constantes quejas, las autoridades tomaron decisiones para tratar la problemática que prevalecía en estos espacios y, sobre todo, para mantener la imagen de la ciudad.

Entre las acciones que se llevaron a cabo, estuvieron la apertura de calles y la concesión de permisos para que los propios vecinos alinearan sus casas, además de la introducción de trabajos de pavimentación y desagüe en algunas de las calles que conformaban el barrio. Sin embargo, la falta de continuidad y mantenimiento a estos trabajos, trajeron de nuevo los problemas que el barrio ya sufría, como las inundaciones o desbordamientos, en las calles e incluso, en los patios de las vecindades (Aréchiga, 2003: 176-180), situación que prevaleció por bastantes años en Tepito.

Los primeros barruntes de la corriente higienista que corrían por la ciudad, se materializaron con una de las acciones que mayores repercusiones tuvieron en la forma de estructurar el espacio público en Tepito, así como en la identidad del barrio. Con la finalidad de saciar las constantes demandas de la población con mayores recursos de la ciudad, en el año de 1901, el famoso mercado de “El Volador”, conocido por la venta de artículos de segunda mano y por ser el proveedor de la población más empobrecida, fue forzado a salir de las calles más céntricas de la ciudad para trasladarse, finalmente, a la plaza principal del barrio de Tepito (Chapela, 2013: 2002) (Grisales, 2003: 67).

La plaza principal del barrio, identificada como la plazuela de Tepito, se conformada por el atrio de la iglesia de San Francisco y dos calles más, que hacían de esta plazuela un lugar amplio y céntrico en el interior del barrio y que la convirtieron en la opción más efectiva para trasladar ahí el mercado del barrio -que se ubicaba en lo que hoy se conoce como la calle de Fray Bartolomé de las Casas-, luego de que los trabajos de alcantarillado de esta vía empezaran a llevarse a cabo (Aréchiga, 2003: 215-218). En la paulatina conformación de este espacio como mercado principal del barrio, se extendían los puestos construidos de madera u otros materiales más sólidos que fueron sustituyendo los pedazos de tela o tablas que caracterizaban a sus primeros puestos.

El argumento que sostuvo la decisión de remover el mercado de El Volador fue la construcción de un edificio del gobierno en la plaza Jardín (lugar en donde se ubicaba este baratillo), sin embargo, fueron los riesgos sanitarios que la venta de estos artículos constituía para la población en general (por la transmisión de enfermedades) y lo inaceptable que resultaba la forma en la que se adquirían la mercancía (por medio del hurto), lo que estaba detrás de la intención de eliminar el baratillo. Asimismo, las autoridades arguyeron que el crecimiento de la industria en el país, sobre todo de calzado y de textiles, era lo suficientemente accesible como para que la población más pobre pudiera comprar artículos nuevos (Aréchiga, 2003: 218).

En esta situación, los comerciantes negociaron su retiro de la plaza, siempre y cuando fuera construido un bazar dedicado a la venta de artículos de segunda mano. No obstante, y dado que su retiro parecía ser irreversible, los comerciantes pidieron su traslado a la plazuela de Tepito o San Sebastián, no sin antes agotar los escasos recursos políticos que apelaban a los inconvenientes que se tendrían si se trasladaban a estos espacios (Aréchiga, 2003: 220-221).

Las autoridades aceptaron el segundo punto: trasladarse a la plazuela de Tepito, donde las mercancías que vendían coincidían con las del baratillo del Jardín, mientras se ponía en marcha la construcción del bazar que habían propuesto los comerciantes. Empero y como sentencia final que anunciaba el no retorno a las calles céntricas de la ciudad, días después de su traslado, el ayuntamiento prohibió los baratillos en toda la ciudad, excepto en un lugar: Tepito que, en adelante, concentraría este tipo de práctica comercial (Chapela, 2013: 202) (Aréchiga, 2003: 221). Finalmente y pese a la negativa de algunos comerciantes de aceptar

el traslado, en diciembre de 1901, quedó oficialmente establecido el baratillo en el barrio de Tepito.

En el fondo, no se trataba de encontrar un espacio en donde el “baratillo” tuviera lugar y menos aún de otorgar un permiso especial para su permanencia en la ciudad. En todo caso, se trataba de negar este tipo de prácticas recurrentes en la población de bajos recursos, que no correspondían ni con las actividades económicas y administrativas, ni con las prácticas sociales que los sectores más adinerados de la ciudad tenían. El paso del baratillo de El Jardín a las calles del barrio de Tepito no sólo significaba el reforzamiento de su marginalidad —en donde este tipo de prácticas tenía lugar—, sino también la reproducción de sus condiciones de existencia que destinaba a su población a seguirse proveyendo de este tipo de artículos que sus bajos ingresos les permitían adquirir.

Así, las calles del barrio de Tepito recibieron a este mercado con sus mercancías y con el repudio que las autoridades del ayuntamiento se encargaron de divulgar entre los habitantes de la ciudad, contribuyendo a reforzar el estigma que en Tepito empezaba a configurarse, *el baratillo no llegó al barrio sólo con sus puestos de mercancías usadas, también llegó con todas sus imágenes asociadas y su mala reputación* (Aréchiga, 2002: 224). De esta manera, las dinámicas del baratillo, se fueron sumando al del comercio popular que en las calles de Tepito se extendía, para hacerlo —junto con La Lagunilla— uno de los mercados callejeros más visitados por las clases populares (Chapela, 2013: 202).

En este punto, vale la pena recordar que el panorama del espacio público en Tepito no había mostrado un cambio significativo: si bien las autoridades del ayuntamiento emprendieron trabajos de pavimentación y drenaje, la falta de mantenimiento a las obras realizadas y de continuidad a la cobertura de los servicios públicos, seguían ocasionando graves problemas de salubridad pública que aumentaron con el arribo del baratillo al barrio.

De acuerdo con la investigación de Ernesto Aréchiga, una parte considerable de la población que vivía en el barrio, pasaba la noche en sus propias barracas, las mismas que de día servían para la venta tanto de comida, como de objetos usados. El riesgo que corrían no sólo estaba en lo infrahumano de las barracas en las que vivían, sino también en los artículos que al día siguiente vendían y que presentaban un peligro para su consumo (Aréchiga, 2003: 225-226; Chapela, 2013: 203).

Y no era fortuito: ante la ineficiencia del sistema de drenaje y alcantarillado, las calles del barrio eran escenarios de constantes estancamientos de aguas residuales, animales muertos, heces, alimentos caducos y basura. Todos estos elementos rodeaban las barracas en donde vivía mucha de la población del barrio que aprovechaban las calles para vivir y para sobrevivir con la venta de sus mercancías.

Lo anterior quedó evidenciado en los reportes sanitarios de las autoridades, quienes azorados por el estado y el papel que fungían las barracas para los habitantes del barrio, relacionaron la problemática con las propias prácticas de la gente y su falta de higiene cotidiana. Al respecto hicieron varias recomendaciones, como la construcción de locales adecuados, la dedicación exclusiva de las barracas a la venta de sus mercancías e incluso, el levantamiento de un mercado para la población de esta parte de la ciudad.

A pesar de las recomendaciones y de los proyectos esbozados para el ordenamiento del mercado, las calles del barrio siguieron siendo el soporte del tianguis de Tepito y del baratillo, sin que la situación deplorable de sus barracas constituyera un impedimento para hacerlo. Sin embargo, el mercado comenzaba a configurar nuevas prácticas entre la población del barrio que, ante la falta de ingresos económicos más estables, vio la oportunidad de encontrar una forma de sobrevivencia en los puestos del mercado y en las necesidades que se iban desprendiendo de los mismos artículos que se vendían.

La vendimia de ropa usada, por ejemplo, requería de gente que pudiera remendarla; los aparatos, juguetes, fierros viejos y otras baratijas que se encontraban en el mercado, también necesitaban una reparación para ponerlos en marcha. Además, varios puestos de comida se crearon con la tarea de alimentar a los comerciantes y clientes del mercado de la plazuela de Tepito; en resumen, el tianguis y el baratillo comenzaron a ser una importante de fuente generadora de empleos para los habitantes del barrio, pero también empezó a configurar los oficios que lo caracterizarían (Aréchiga, 2003: 228).

El crecimiento del mercado, tanto a nivel local como en la ciudad, lo convirtió en el más importante del noreste de la urbe (Aréchiga, 2003: 228). Cotidianamente se congregaba la población de distintas partes de la ciudad para surtirse de los productos que se ofrecían, sobre todo de los de segunda mano. Esta alta demanda, contribuyó a la multiplicación del número

de barracas –y por lo tanto de personas- que ahí vivían y trabajaban, ocasionando una fuerte densificación en el área que el mercado de Tepito ocupaba.

La trascendencia del mercado de Tepito en la ciudad, vendría acompañada de un marcado interés por las formas de vida de sus habitantes que se presentaban como inimaginables en una ciudad marcada por los contrastes. Así, entre la majestuosidad de los edificios que se erigían en el centro, el alumbrado público y el progreso que los medios de transporte denotaban, sobrevivía un barrio del que se contaban sórdidas historias en los medios de comunicación y en las letras ilustradas, que ahondaban en la violencia, el alcohol, el hurto y la extrema pobreza como estandartes que formalizaron la leyenda del barrio bravo de Tepito (Chapela, 2013: 202; Aréchiga, 2003: 228-229).

Esta leyenda no era producto de la imaginación de los periodistas o escritores: era una realidad que resultaba de la desigualdad de la distribución de los recursos en la conformación de la ciudad. A pesar de las demandas de su población, la desatención por parte del gobierno para urbanizar el barrio se evidenciaba en sus calles, en las vecindades del barrio y en las actividades que realizaban para sobrevivir. Por ello, resulta necesario decir que la leyenda del barrio de Tepito no surge de la nada: la historia de su desarrollo como barrio marginal en la ciudad, las acciones que las autoridades del ayuntamiento realizaron en Tepito (el paso del baratillo) y su desinterés porque gozara de los beneficios de la ciudad, generaron condiciones paupérrimas entre sus pobladores que buscaban sobrevivir de cualquier forma, aspecto que también contribuyó a confirmar la fama del barrio.

No obstante, las notas que describían la cruda cotidianidad de los habitantes de Tepito y barrios aledaños, omitían la lucha que distintas organizaciones vecinales habían emprendido por más de 60 años (mitad del siglo XIX y principios del siglo XX) para exigir una mejora en sus calles y viviendas. Exigían, sobre todo, la pavimentación y la instalación de desagües para evitar el estancamiento de las aguas residuales que diariamente corrían por las calles del barrio y de sus propias vecindades (Aréchiga, 2003: 205; Chapela, 2013: 202).

La relevancia de estos primeros barruntos de organización vecinal no estriba en el éxito que tuvieron en las respuestas a sus demandas (el cual, por cierto, no hubo), ni tampoco en la permanencia de su organización (se habla de grupos efímeros y poco organizados), sino en el camino que se había emprendido para la construcción de una identidad barrial

caracterizada por la insalubridad de su espacio, *en esa práctica se registra un primer paso hacia la construcción de una identidad, permeada por la experiencia de la insalubridad y reforzada en buena medida desde las esferas de las autoridades...* (Aréchiga, 2003: 2006, 262-263; Reyes Domínguez y Rosas Mantecón, 1993:194).

La falta de urbanización y su consecuente demanda, no era un capricho de los habitantes del barrio: era una necesidad que se manifestaba grandemente en las calles del barrio y en sus viviendas (tanto al interior como al exterior de las mismas), las cuales fungían un papel preponderante en las relaciones sociales de los tepiteños. Las calles, además de ser una extensión de sus casas, configuraban las relaciones comerciales y políticas de los habitantes del barrio. El patio de las vecindades, además, resaltaba por las redes de solidaridad y comunidad –o por ser la sede principal de las redes sociales del barrio (Chapela, 2013: 2016)- que ahí se entablaban y que mostraban una configuración particular entre la apertura de espacios privados (viviendas) hacia los espacios comunes, lo cual determinó el desarrollo de la vida cotidiana de los tepiteños (Jarquín, 1994: 48).

La lucha por el mejoramiento del barrio exhibía también el impacto que estos distintos órdenes espaciales representados en las vecindades, tianguis, patios, talleres y calles, tenían en el crecimiento de Tepito. El aumento de sus comerciantes y artesanos era una señal de que la población se quedaba en el barrio a trabajar: establecían sus talleres adentro de sus propias viviendas o cerca de las mismas para vender sus mercancías en las calles del tianguis. Esta relación entre la vivienda y el trabajo ha sido uno de los aspectos más relevantes que caracterizan a Tepito, *el barrio y la vecindad sintetizan un complejo contenido espacial, donde la vivienda siempre cercana al trabajo, o representando el lugar mismo donde se desempeña, forman un continuo* (Jarquín, 1994: 48).

Esto generó una diversificación de artesanos y actividades al interior del barrio con distintas vocaciones, como el oficio de zapatero, la venta de pieles o los músicos, además de la venta de productos básicos que en conjunto, permitieron encontrar en las calles de Tepito lo necesario para satisfacer las crecientes demandas de la población.

## **1.2 De la invisibilidad a la división (o reivindicación) del barrio**

La entrada del gobierno posrevolucionario marcó la inauguración de una relación particular entre las autoridades y los habitantes del barrio, principalmente, con los comerciantes. De la desatención gubernamental que siempre caracterizó a Tepito, se pasó a una nueva estrategia entre autoridades y comerciantes que se basó en el mutuo aprendizaje de prácticas, esto es, en el corporativismo. Y no era de sorprenderse: el tianguis en el barrio había crecido en número y en importancia en la ciudad, lo suficiente como para llamar la atención de las autoridades, *así, ambos hicieron su parte en la formación del pacto clientelar y de la creación en los años treinta del régimen corporativista* (Chapela, 2013: 203).

El pacto clientelar que se había establecido no tuvo repercusiones positivas en el mejoramiento del barrio en cuanto a derrame de recursos públicos. En el caso de la vivienda, por ejemplo, la política de congelación de rentas que decretó el gobierno en 1942 para aminorar el paulatino despoblamiento de la ciudad, logró abaratar el costo de la vivienda, pero no obtuvo los resultados deseados. Al contrario, el bajo costo afectó directamente al deterioro estructural de la vivienda, pues se tradujo en un progresivo desinterés por parte de los dueños de los inmuebles, quienes vieron como una inversión obsoleta el mantenimiento y cuidado de sus propiedades.

En este sentido, el Decreto de Congelamiento de Rentas devino en la primera de muchas intervenciones -directas e indirectas- que sufrió el barrio en las décadas posteriores. La mayoría de estas intervenciones, ponían de manifiesto la intención del gobierno por reordenar el espacio público y privado en Tepito, sin que esto significara un beneficio para sus habitantes: los proyectos que se llevaron a cabo— o intentaron hacerlo-, no estaban pensados para combatir la marginalidad en la que vivían la mayoría de los tepiteños. No hubo ningún plan oficial que apelara a las dinámicas que tenían lugar en el barrio, como la industria del calzado o la abundancia de oficios, ni a su vida barrial caracterizada por el intenso uso del espacio público.

Fueron precisamente estos planes, entre otros factores como el imaginario en torno al barrio, los que permitieron forjar una identidad barrial marcada por la constante defensa de sus habitantes de las intenciones del gobierno por transformar su espacio, *la identidad no surge repentinamente, es producto de una serie de prácticas; en el caso de Tepito, su constitución*

*estuvo estrechamente vinculada a las presiones externas que recibió* (Reyes Domínguez y Rosas Mantecón, 1993: 56). La identidad barrial que comenzaba a fortalecerse en esta época, se haría más evidente en las posteriores injerencias del gobierno en Tepito.

La siguiente intervención estuvo a cargo del entonces regente de la ciudad Ernesto Uruchurtu (1955-1960), quien materializó los esfuerzos anteriores por regular el comercio ambulante en la ciudad con la construcción de más de 150 mercados públicos en el centro de la ciudad, zona que concentraba la mayor parte del comercio ambulante. La creación de estos mercados públicos era, en sí misma, un instrumento de ordenamiento de la calle y el comercio

El mercado de Tepito, para ese momento, ya rebasaba los límites de la plazuela de Fray Bartolomé de las Casas. Sobre sus calles, se extendían una multitud de barracas que seguían ofreciendo artículos de segunda mano, pero también alimentos y productos artesanales de los mismos habitantes. Por eso, ante el incontenible crecimiento en espacio e importancia, el comercio callejero de Tepito fue reordenado en cuatro mercados con vocaciones distintas entre sí, como la venta de frutas y legumbres, artículos de segunda mano, artículos nuevos y, finalmente, el de herramientas (Maerk, 2010: 534) (Grisales, 2003: 68) Estos mercados, aún existen en Tepito, pero la concurrencia de la gente es casi nula.

Los mercados públicos que fueron construidos en Tepito, contuvieron momentáneamente la venta callejera del barrio y en cierta forma, dieron pauta a pensar en una posible conciliación de intereses entre el gobierno y los comerciantes. No obstante, el retiro de los comerciantes y su consecuente encierro en mercados públicos, puso en entredicho el tipo de estrategias que el gobierno empleaba para dar una solución a esta problemática, pues no pasó mucho tiempo para que los comerciantes, carreros y salderos –personajes representativos de la venta callejera-, regresaran a las calles del barrio (Maerk, 2010: 535).

Se podría pensar que la vuelta de los comerciantes a las calles era consecuencia del insuficiente número de espacios disponibles dentro de cada mercado, sin embargo, habría que tomar también en consideración qué tanto influyó en el fracaso de estos instrumentos de gestión, la idea de definir lo que debería ser el espacio público y qué tanto chocaba esta definición con las condiciones materiales y simbólicas del espacio público en Tepito.

El comercio en el barrio (y en muchas otras partes de la ciudad), es parte fundamental en la construcción de la identidad del habitante, tanto individual como barrial y no se sujeta únicamente a la remuneración económica que obtiene, por lo que llevarlo a un espacio ajeno al cotidiano, no sólo rompía con las dinámicas propias del comercio en la calle: fracturaba el tipo de sociabilidad que se establecía entre quienes hacían uso de este espacio.

De esta manera, las calles del barrio volvieron a ocuparse tanto de nuevos comerciantes, como por los mismos locatarios que salieron del mercado sin abandonar sus propios puestos (Aréchiga, 2003: 273). La postura ante este hecho ineludible por parte del gobierno –que no quería perder el control político de los comerciantes- se manifestó pronto en distintas estrategias clientelares, como la liberación de recursos a los líderes o la creación de asociaciones de comerciantes (Maerk, 2010: 535), que contribuyeron al reforzamiento del corporativismo en Tepito.

Aun con el fracaso que el ordenamiento del comercio callejero representó, la construcción de los mercados contribuyó a confirmar el gradual interés del gobierno por el centro de la ciudad, que para este entonces, se veía fuertemente afectado por los decretos de congelamiento de rentas que estaba provocando un progresivo despoblamiento de esta parte de la ciudad y el paulatino deterioro de sus inmuebles.

Luego de más de 10 años de los decretos, la situación de la vivienda no era alentadora: además de su despoblamiento, la pérdida del valor del suelo endurecía la precaria situación del centro de la ciudad, específicamente de los barrios que formaron parte de la primera expansión de ciudad (Monterrubio, 2014: 60): la Lagunilla, Merced, Tepito y Jamaica (Rosales Ayala, 1991, 54). En estos barrios, los servicios urbanos seguían mostrando importantes deficiencias, las cuales se tradujeron en los altos índices de marginalidad y hacinamiento que aún prevalecían.

Este panorama se esbozó en el diagnóstico del centro de la ciudad que el gobierno emprendió en 1958, llamado “Herradura de Tugurios. Problemas y soluciones” a cargo del entonces Instituto Nacional de la Vivienda (Aréchiga, 2013, 92-93). Este estudio era novedoso: en esta ocasión, los problemas de promiscuidad o degradación moral, marginalidad y hacinamiento estaban vinculados a la estructura física del espacio privado y público de estos

barrios (Rosales, 1988: 55) y no a la propia cultura de los grupos que habitaban en estos espacios.

De la información que arrojó este estudio, surgieron varios proyectos encaminados al mejoramiento de la vivienda o, mejor dicho, a la construcción de nuevos edificios que, por su arquitectura y funcionalidad, marcaron la entrada a la modernización de estos barrios y por lo tanto, el desdén por las condiciones de existencia de sus habitantes. Es por eso que la construcción de los mercados –independientemente de su fracaso- en Tepito, no puede ser vista como una acción aislada: era parte del conjunto de proyectos que se emprendieron en el barrio y que, gracias a las facilidades que el gobierno otorgó para la construcción de viviendas o su remodelación, fungieron como incentivos para que los inversionistas se interesaran en el barrio.

El interés por Tepito no residía en sus prácticas, ni en la importancia que el tianguis había adquirido en la ciudad. Se trataba de dos cuestiones principalmente y que nos incumben en tanto que este mismo interés, en otro tiempo sustituido por una notable indiferencia y desdén, prevalece hasta el día de hoy. La primera tiene que ver con la ubicación céntrica del barrio y las ventajas que su centralidad entraña; el segundo en la ruptura que marca con respecto a las dinámicas del centro histórico, no sólo en cuanto a la dotación de servicios urbanos, sino también en las prácticas que aquí se llevan a cabo. Sobre este punto se hablará en el siguiente capítulo, por ahora, basta decir que estos dos elementos influyen directamente en los planes de reordenamiento urbano en el barrio.

Fue, no obstante, el Plan Tepito el que condensó los resultados de los diversos estudios y trabajos realizados anteriormente en el barrio –sobre todo de remozamiento de fachadas-, para plasmarlos en una serie de estrategias encaminadas a trabajar en lo que mayor relevancia señalaban estos estudios: la situación de la vivienda en los tugurios. Así, para el año de 1972, el Plan Tepito, a cargo del INDECO (Instituto Nacional de Desarrollo y Conurbación) - sustituto del Instituto Nacional de Vivienda (Jarquín, 1994: 49)-, enarboló la necesidad de sustituir las vecindades que predominaban en Tepito por condominios. El mejoramiento de las condiciones de vida de los habitantes de Tepito vendría, de esta manera, acompañado de la transformación de sus viviendas.

El proyecto era ambicioso: se trataba de construir 544 viviendas y 112 comercios (Jarquín, 1994: 50) para el barrio, con una estructura física radicalmente distinta a aquella que había caracterizado a Tepito por más de siete décadas. La propuesta apostaba más a la redensificación del espacio, que a conservar los espacios comunes que caracterizaban a la vivienda tradicional de Tepito. El cambio bien podría pensarse como necesario, dada la situación en la que se encontraban no sólo en el barrio, sino también los barrios aledaños, pero la propuesta no contemplaba las formas de habitar el barrio que se caracterizaba por el estrecho vínculo entre la vida en comunidad y la fuente de trabajo.

Las transformaciones físicas del barrio iban más allá del cambio en su arquitectura: se acababa con aquellos espacios que estructuraban la identidad individual y colectiva de los tepiteños, para dar paso a una construcción en masa que no daba lugar a la convivencia entre vecinos. El argumento a favor, empero, parecía atractivo: las nuevas viviendas tenían la ventaja de contar con su propio baño y su lugar de lavado, aunque su superficie fuera igual de reducida –o más- que la anterior. La ruptura entre la vida comunitaria y la fuente de trabajo era aún más evidente, debido a que las nuevas construcciones no darían a lugar a la implementación de talleres, como se acostumbraba en las vecindades. De esta forma, la noción de lo privado al que apelaban las nuevas construcciones, rompía con la noción de lo compartido y público que caracterizaba a la vecindad (Giglia, 2012: 107).

Aunado a la nueva estructura de las viviendas, el precio de las mismas tampoco respondía al nivel de ingresos de la población del barrio, al contrario, rebasaba la cantidad que los habitantes estaban acostumbrados a pagar (por el bajo costo de las rentas), situación que los llevó –irremisiblemente- a salir del barrio. En definitiva, la política de vivienda emprendida por el gobierno, trajo como consecuencia una progresiva expulsión de la población de más bajos recursos (Esquivel Hernández y Castro López, 2012: 132). La promesa del gobierno, en este sentido, de dignificar su vivienda, parecía estar lejos de aquellos que no contaban con los recursos suficientes para solventar los gastos –la mayoría de la población- y se acercaba más a la idea de la renovación habitacional como negocio inmobiliario (Jarquín, 1994: 50).

En este contexto que avizoraba la destrucción de la vida tradicional de los tepiteños con las nuevas construcciones, es que las incipientes y efímeras organizaciones que ya existían en el barrio, se fortalecen. Entre estas podemos mencionar a la Asociación de Inquilinos y al

Consejo de Representantes (Jarquín, 1994: 50) y sobre todo, Tepito Arte Acá, movimiento que, por primera vez en el barrio, luchaba por reivindicar aquellos rasgos característicos de la cultura del tepiteño que hasta ese momento habían sido denigrados por los medios de comunicación, pero que resultaban ser la fortaleza que sostenía a un barrio continuamente excluido y denigrado.

La lucha abierta ante la intromisión del gobierno al barrio, forjó más que nunca en Tepito la defensa de su espacio y de sus formas de habitarlo. En poco tiempo, grupos externos al barrio, se solidarizaron con el mismo y colaboraron en la generación de una contrapropuesta al Plan Tepito que ponía como fundamento, el respecto a la estructura tradicional de la vivienda para cualquier remodelación que pudiera llevarse a cabo.

Se propuso que, para mejorar las condiciones de vida de sus habitantes, no se partiría de la construcción de condominios verticales, sino del respeto a las viviendas existentes con los espacios que eran esenciales para la convivencia y las actividades económicas de los tepiteños, lo cual resultó relevante porque se basaba en el reconocimiento de una forma particular de habitar -que se reflejaba en las vecindades-, en donde las actividades productivas y de reproducción, no se quedaban en el ámbito familiar o privado, sino que se llevaban a cabo en espacio comunes, en colectividad, lo cual permitía el establecimiento de relaciones sociales cargadas de funcionalidad y significados (Giglia, 2012: 108).

Los grupos que trabajaron en colaboración con las organizaciones del barrio, estuvieron conformados por estudiantes y profesores de distintas carreras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y la Universidad Autónoma Metropolitana. Ambas instituciones formaron una contrapropuesta que respondía a la apropiación del espacio público y privado en Tepito (Chapela, 2013: 208) (Rosales Ayala, 1991: 72) y que fue importante para frenar la continuidad del multicitado Plan Tepito.

Así, la lucha por el espacio en el barrio se caracterizó por asumir una forma colectiva: las amenazas que han encarado por parte del gobierno, incumben problemáticas que atañen al barrio en conjunto, como la cobertura de los servicios urbanos o las políticas habitacionales que vinieron con el ordenamiento del espacio. Lo colectivo de esta lucha fue el elemento que mantuvo la cohesión entre las organizaciones, las cuales tenían como propósito, aun con la diversidad de sus demandas, la defensa de las formas de vida de los habitantes de Tepito.

Esta diversidad, que en muchas ocasiones es motivo de disensos o quiebres entre las organizaciones, permitió darle al barrio un espectro más amplio con respecto al tipo de demandas que ahí tenían lugar. Al mismo tiempo se observaban las demandas por viviendas dignas y la cobertura de servicios urbanos, la lucha de los comerciantes por impedir la construcción de la Plaza Tepito (que amenazaba con entregar el barrio a negociantes monopolistas) (Jarquín, 1994: 50) y el movimiento de reivindicación cultural Tepito Arte Aquí que enarbó las tradiciones y costumbres del barrio como motivos de orgullo y no de vergüenza.

Además, con excepción de la academia, los movimientos en defensa de la vivienda, comercio y cultura, estuvieron a cargo de los propios habitantes, quienes llevaban más de siete décadas padeciendo la ausencia de las autoridades y cargando el estigma de barrio violento. Otro aspecto que resultó positivo –y sorpresivo- para Tepito, fue el cambio de postura de la prensa nacional e internacional a favor del barrio luego de su aguerrida defensa, *fue en este contexto cuando por primera vez, apareció y se afirmó por parte de los vecinos /.../ una identidad barrial que supieron en forma admirable valorar en los medios de comunicación...* (Tomas, 2005: 344)

A pesar del contragolpe que significó el fortalecimiento de las organizaciones vecinales por la lucha de la vivienda en el barrio y el paulatino regreso del comercio a las calles, en el año de 1979, Tepito sufre la segunda transformación en su espacio: la construcción de los ejes viales 1 y 2. Para su apertura, el gobierno desalojó violentamente a los vecinos que vivían en los 200 edificios –entre vecindades y casas- que fueron destruidos (Jarquín, 1994: 51). Estos ejes viales, materializaron la continuidad de los planes de reordenamiento urbano en el barrio que tuvo fuertes repercusiones en su estructura interna (Aréchiga, 2003: 273) y en la identidad barrial que ya mostraba una fuerte incidencia política.

Además de la división espacial que el barrio sufrió con la construcción de los ejes viales, administrativamente, Tepito fue dividido en dos delegaciones -Cuauhtémoc y Venustiano Carranza- y en tres distritos políticos. Aunado a lo anterior, en esta época también se hizo el nombramiento oficial del Centro Histórico de la Ciudad de México, que entre sus límites sólo contempló las manzanas del sur del barrio, dejando fuera al resto de Tepito (Tomas, 2005: 337-338). Estas divisiones han tenido fuertes repercusiones en la gestión territorial de

Tepito, no sólo por la existencia de tres instrumentos jurídicos en un mismo territorio, sino también por la segregación socioespacial que se evidenció con la exclusión de Tepito como parte del Centro Histórico.

Quedar fuera del nombramiento oficial del Centro Histórico, respondía a muchos elementos que se tomaron en consideración para determinar qué sí forma parte de este espacio y qué no, sobre todo al criterio de patrimonio como principio de exclusión. Más allá del patrimonio, la diferenciación entre un espacio y otro condujo a una relación excluyente con respecto al tipo de políticas y beneficios que tendría el Centro Histórico y de las cuales carecería Tepito. Además, esta delimitación continuó reproduciendo la segregación residencial entre la ciudad colonial (ahora Centro Histórico) y el barrio, o, en otras palabras, entre un tipo de población que habría que proteger de los otros.

La lucha por el espacio era evidente: Tepito no sólo era importante para los sectores de la población de bajos recursos, sino también para el gobierno que veía en este barrio, su rentabilidad inmobiliaria y comercial. Por un lado, dejaban de ser un espacio invisible para el gobierno al convertirse en objeto de intervención de distintos tipos de políticas (de vivienda, principalmente) que apelaban a la refuncionalización de las áreas céntricas de la ciudad y por otro, reforzaba su condición de invisibilidad al no contemplarlo en la nueva idea de ciudad –ni a los barrios aledaños-, pues para llevarla a cabo, requería de la negación de las prácticas y formas de vida de los habitantes del barrio inspirada en los preceptos higienistas de la época.

En ese contexto, las repercusiones del Plan Tepito –aun con el contragolpe que tuvo por la respuesta de las organizaciones- comenzaron a vivirse en el barrio. La construcción de un nuevo tipo de viviendas –de poca superficie y sin techos altos-, impidió a muchos de los habitantes mantener el vínculo entre vivienda y trabajo que caracterizaba a las vecindades del barrio, ocasionando la salida a las calles de un mayor número de tepiteños para la venta de sus artículos. Asimismo, la refuncionalización de este espacio implicó la pérdida de varios locales establecidos en el barrio, por lo que sus comerciantes sustituyeron la falta de un local por las calles del barrio (Maerk, 2010: 535).

Estos dos elementos, influyeron en la expansión del comercio ambulante en Tepito, pero no fue hasta la entrada de la fayuca que el comercio callejero llegó al momento más álgido de

la historia del barrio. Con precisión, no se sabe en qué año entró este tipo de mercancía, sin embargo, a partir de las entrevistas que se tuvo con los habitantes y con las investigaciones consultadas, se puede decir que fue en la década de los setenta. Cabe mencionar que el fenómeno de la fayuca no se dio de manera uniforme en todo el barrio, como tampoco sucedió con el comercio ambulante. Algunos de los entrevistados sugirieron que fue en el Callejón de Tenochtitlán en donde comenzaron los primeros puestos con mercancías provenientes del extranjero -de contrabando- y que se extendió a calles aledañas. Empero, la mayoría coincide en que fue la calle de Tenochtitlán en donde mayor comercialización tuvo la fayuca.

La aparición de la fayuca no fue espontánea: surge en medio de una crisis económica internacional y nacional que repercutía fuertemente en la capacidad de adquisición de la creciente clase media de México, la cual vio en el comercio informal, uno de los caminos para emplearse o adquirir mercancías que estuvieran al alcance de sus salarios (Grisales, 2003: 89) (Maerk, 2010: 538). En este caso, la fayuca cubrió esa necesidad a través de los artículos que ofrecía a precios bajos, como joyería, bebidas alcohólicas importadas, porcelana –italiana, alemana-, juguetes, artículos de cocina, y artículos electrónicos. Esta mercancía podía estar en buen o mal estado, finalmente, lo que la hacía vendible, era el precio y la imposibilidad de comprarla en otras partes de la ciudad, pues estos productos sólo se adquirirían en los estados fronterizos del norte.

El auge de la fayuca no tardó en llegar: en poco tiempo, la demanda era cada vez mayor y las ganancias eran muy altas. Joaquín, uno de nuestros entrevistados, comentaba “teníamos que detener aquí a las personas y luego liberarlas para que fueran a comprar porque esto se llenaba, a veces yo estaba replegado en mi puesto de tanta gente que había” (Joaquín, 64 años, entrevistado en diciembre de 2015). El éxito que trajo consigo, requirió de la implementación de una serie de estrategias para poder operar todo el negocio: camiones, más personal, nuevas formas de comunicación (entre ellos y con la policía) y el abandono del comercio tradicional del barrio, es decir, necesitó de la rápida adaptación de los tepiteños a la bonanza económica nunca antes vista en el barrio.

Es de suponerse que, ante este fenómeno, las autoridades hicieran algo respecto. Y lo hicieron: en colaboración con la policía capitalina, que en ese tiempo estaba a cargo de Antonio Durazo Moreno, y la aduana (Jarquín, 1994: 59), se establecieron una serie de

prácticas propias de la autoridad –mordidas para no confiscar los productos recién adquiridos, por ejemplo- que incrementaron el auge de la fayuca. Y es que el auge de esta mercancía no se le debe adjudicar únicamente a los tepiteños, sino a toda la red de corrupción que estaba metida en este fructífero negocio. Es una verdad reconocida entre los habitantes que entre todo la faramalla que se armó, participaron políticos, militares y policías que llegaron, incluso, a resguardar la zona mientras se descargaba la mercancía.

La fayuca, de esta forma, significó un cambio muy fuerte en las dinámicas barriales. En primer lugar, afectó el vínculo tradicional entre vivienda y trabajo: muchos de los oficios que caracterizaron al barrio, como el oficio de zapatero, se vieron mermados con la introducción de mercancía de más bajo costo. En segundo lugar, las altas ventas registradas por la comercialización de la fayuca demostraron ser más atractivas que el mantenimiento de los talleres, por lo que su prevalencia en el barrio empezaba a disminuir.

La bonanza fayuquera propició el incremento del precio de los locales y la paulatina ocupación de las casas como bodegas (Jarquín, 1994: 60), lo cual ocasionó la salida de su población que, no obstante la derrama económica de la fayuca, se confrontaba con las molestias que la abundancia de vendedores en la calle implicaba para el desarrollo de las actividades cotidianas, como la entrada de los camiones del gas o de la basura. Además, esta ocupación de las viviendas como bodegas, sería una de las herencias que dejó la fayuca y que podemos observar hasta el día de hoy.

Algunos de nuestros entrevistadores identificaron que fue en este momento, cuando las calles de Tepito dejaron de ser un espacio común, de reunión o de juego para los niños por el poco espacio que quedaba disponible para estas actividades, “a mi modo de ver que fue cuando cambió todo, fue cuando empezó a entrar la fayuca, los mismos puesteros ya no nos daban chance de jugar, porque como ahorita, desde temprano están los puestos. ¿A qué hora salen los chamacos?” (Rosalía, 70 años, entrevistada en diciembre de 2015).

Otro factor que influyó en el éxodo de los habitantes, fue la adquisición de capital económico que dio cabida a la compra de nuevas viviendas fuera de Tepito y a la permanencia de sus puestos en el barrio. En este sentido, la ruptura entre la vivienda y el comercio parecía irreversible, “se vivieron 10 años de riqueza a raudales, mucha gente se llenó de dinero con

la llegada de este tipo de comercio y algunos de ellos, aprovecharon para irse del barrio” (Alejandro, 41 años, entrevistado en diciembre de 2015).

Las transformaciones no sólo fueron evidentes en los usos de la calle y las viviendas: también cambió la actitud del tepiteño y algunas de sus costumbres. Entre los testimonios obtenidos, comentaban que los tepiteños que habían sido beneficiados por la fayuca, empezaron “a creerse mucho” y a cambiar sus preferencias de consumo, incluso de las drogas: ya no se fumaba marihuana (la cual dicen que siempre ha existido en el barrio), ahora se consumía cocaína y esta no procedía necesariamente del barrio.

Asimismo, la fayuca había propiciado la entrada de gente externa al barrio que también quería ser partícipe de la abundancia económica que se vivía, sin embargo, su entrada significaría para los tepiteños, el comienzo del declive de la identidad barrial al traer formas de vida totalmente ajenas a las dinámicas de Tepito, sin identidad territorial que les permitiera defender y luchar por su espacio, “comenzó a venir gente que ni era de aquí y comenzaron a distorsionar el barrio, mucho, mucho, mucho, lo comenzaron a distorsionar” (Marta, 52 años, entrevistada en diciembre de 2015).

Fue en el apogeo de la fayuca, cuando la tierra les recordó la fuerte situación de marginalidad que existía en Tepito. Ni el Plan Tepito, ni las primeras y aisladas acciones de reordenamiento urbano que se habían llevado a cabo y mucho menos la fuerte derrama económica de la fayuca, lograron impedir el deterioro de las viviendas del barrio. Y el temblor de 1985 lo demostró. Con una magnitud de 8.1, el terremoto vino a confirmar el grado de deterioro físico que las viviendas en el centro de la ciudad presentaban, sobre todo en la zona que ya se había identificado como la herradura de tugurios.

Las consecuencias en Tepito fueron graves: la mayor parte de las viviendas presentaron daños estructurales irreversibles que ameritaban una rápida intervención que no podía esperar a la voluntad política del gobierno en turno. En este punto, la previa experiencia de organización que el Plan Tepito había dejado, sirvió para la movilización de los vecinos en búsqueda de una nueva vivienda que cumpliera con un requisito imprescindible: estar ubicada dentro del mismo barrio.

La respuesta del gobierno para la reconstrucción de esta zona fue el Programa de Renovación Habitación Popular (PRHP), caracterizado por la participación de los afectados en su formulación, los planes de financiamiento para las familias de bajos recursos (que resultaron ser las más afectadas) , las modificaciones al marco normativo para facilitar las tareas de reconstrucción y, quizá lo más importante, la no expulsión de la población originaria de la zona central de la ciudad (Esquivel H. y Castro L., 2012: 129). De igual forma, algunos investigadores han citado a este programa como el más importante en materia de problemática habitacional después de los sismos de 1985 (Duhau, 1987:75).

El PRHP, a partir de la evaluación de los predios en estado de riesgo, expropió finalmente 3 mil 569 viviendas (Jarquín, 1994: 53), las cuales resultaron ser menores que las esperadas. En total, el impacto de las acciones en torno a la vivienda, de acuerdo a Grisales, fue de 6, 131, en donde 5,305 correspondían a la construcción de nuevas viviendas (2003:118). Las nuevas construcciones eran departamentos en condominios verticales, de tamaño reducido (aproximadamente 40m<sup>2</sup>), pero con servicios que otrora no tenían individualmente, como la luz y el agua, aspectos que resultaron atractivos para una población acostumbrada a compartirlos.

No obstante, el hecho de que las nuevas construcciones contaran con estos servicios y que se tuviera la oportunidad de pasar de inquilino a propietario, no trajo consigo necesariamente una mejora en sus condiciones de vida: se sacrificaron los espacios tradicionales de convivencia y solidaridad vecinal que significaron los patios y los lavaderos que por años determinaron no sólo la relación entre los mismos vecinos, sino también la forma de entender la diferencia en lo común, es decir, de compartir espacios comunes, a pesar de la diversidad que cada familia representaba. Lo anterior, sin mencionar la ruptura entre la vivienda y el trabajo, ya que lo reducido de estos espacios, aunado a la reglamentación de los nuevos condominios, impidieron la continuidad de los talleres que aún prevalecían dentro de las casas.

Estas nuevas construcciones ponen en jaque la forma de entender la respuesta del gobierno que académicos y funcionarios públicos han enarbolado. Se pone en entredicho porque si la participación de los vecinos hubiera sido parte fundamental de su formulación, la construcción de las viviendas habría considerado los espacios públicos y comunes necesarios

para el desarrollo de la vida barrial en Tepito. Además, de acuerdo con nuestros entrevistados, muchas de las viviendas no fueron dadas a los tepiteños, sino a conocidos de políticos o a gente que no había participado en las movilizaciones para obtener una vivienda. La intromisión de gente externa al barrio, como en la fayuca, también se identificó como una de las causas que afectaron la forma de vida de los habitantes del barrio,

Aquí se vino a descomponer Tepito cuando vinieron a dar las casas de Renovación, ya se perdió y mucha gente que no es de Tepito, que ha venido de otros lados. Esta Dolores Padierna nos metió aquí en el Cine Bahía a unos que los trajo de la marranera, les dio casas, acá por este lado nos metió gente, si uno es mala, vino gente más mala. (Guillermina, 86 años, excomerciante).

Guillermina no fue la única que comentó lo anterior: fueron casi todos los entrevistados que vivieron el proceso de reconstrucción del barrio después del sismo. Se habló de corrupción, de estudios arbitrarios para determinar la expropiación de un predio, de favoritismos en la entrega de viviendas, de expulsión de la población por no contar con los recursos para financiar sus casas y, sobre todo, de la entrada de gente externa al barrio que aprovechó el precio de los departamentos para adquirir una vivienda propia.

En este ambiente de tensión, precariedad e incertidumbre, muchos de los habitantes que enfrentaron la pérdida de sus viviendas y con ello, de sus talleres, recurrieron a la venta callejera como medio de subsistencia. Esto contribuyó, junto con la bonanza fayquera, al incremento del comercio ambulante en las calles del barrio (Chapela, 2013: 209-210), el cual ya marcaba una clara expansión en Tepito.

### **1.3 La disputa por la apropiación del espacio: defenderse de (nos) otros**

La década de los noventa vislumbraba un panorama catastrófico para los tepiteños. Las nuevas viviendas, la llegada de gente externa al barrio, la expansión y permanencia del tianguis, los decomisos a las mercancías, entre otros elementos no menores, se constituyeron como parte de una realidad no esperada para los habitantes. Se lee en sus testimonios, en la añoranza de un espacio que ellos afirman como verdadero: las vecindades diluyendo la distinción de lo privado y lo público, el arte de revivir lo obsoleto, el apoyo de los iguales en las actividades cotidianas, la proyección de la lucha de los habitantes en un cuadrilátero o la privacidad de lo prohibido.

Las razones que daban para explicar el fin de esa vida orgánica, apuntaban a las dinámicas que trajo consigo la venta de la fayuca y la ruptura de los espacios de convivencia, luego de que el sismo de 1985 causara fuertes daños en las viviendas tradicionales del barrio. Para ellos, la fayuca y el sismo, terminaron con la estructura física y simbólica que conformaba al barrio “cómo entró la fayuca... Fue impresionante, el dineral que entró fue impresionante, pero los otros no venían a vender fayuca, venían a introducir la droga, ¿sí? Y luego llega el temblor y le termina dando en la madre” (Brisa, 62 años, entrevistada en diciembre de 2015).

En los años 90, se observa una fuerte diferencia entre la forma de entender el espacio en Tepito: entran en juego nuevos actores y nuevos intereses que marcan una doble disputa por el espacio. La lucha interna entre los mismos habitantes que se debaten por el uso del espacio público (acotado ahora a la calle) -líderes comerciales, comerciantes, narcomenudistas-; y la lucha externa, caracterizada por las constantes amenazas del gobierno para el reordenamiento del comercio callejero –acompañado de decomisos de mercancía ilegal-, además de la abierta confrontación contra la venta de drogas en el barrio.

El auge de la fayuca parecía haber soportado el embate del sismo en el barrio: las altas ganancias generaban estrategias para que no mermara la entrada y venta de mercancía proveniente del extranjero. La fayuca era un negocio muy redituable y, por lo tanto, era irreversible su crecimiento en el barrio: grandes colectivos estaban involucrados y detrás de su venta, yacía un complejo entramado de operaciones que sostenían el negocio.

Sin embargo, la bonanza fayuquera no detuvo el golpe que la firma del Tratado de Libre Comercio, en 1994, significó para la comercialización de la mercancía. La reducción de las tarifas arancelarias en los bienes de consumo que implicó el TLC (Grisales, 2004: 94), permitió que los productos que otrora sólo se encontraran en Tepito, estuvieran disponibles en tiendas departamentales que, además, garantizaban la calidad del producto, “nos dio en la madre el Tratado de Libre Comercio porque lo que antes no encontrabas en ninguna tienda más que aquí, ahora lo encuentras en el Best Buy, Sears...” (Abraham, 50 años, entrevistado en diciembre de 2015).

La bonanza de la fayuca en Tepito no fue un acontecimiento propio de los habitantes del barrio o de los externos que quisieron beneficiarse del derroche de dinero: su permanencia y éxito denotaba la creciente carencia económica de los asalariados que progresivamente

encontraron en la compra de esta mercancía, una forma de abastecer los bienes de consumo. Internamente, la fayuca fue una manera de subsistir para los tepiteños que, ante la falta de un empleo con las prestaciones correspondientes, tomaron parte en la economía informal para suplir lo necesario para vivir. En otras palabras, el crecimiento de este tipo de economía no era resultado de lo atractivo de sus precios o de los artículos que se ofrecen, era consecuencia del régimen neoliberal y sus políticas de empleo que acrecentaron las filas del comercio informal en el país (Aréchiga, 2003: 276-277).

Existen distintas versiones sobre lo que sucedió después del auge fayuquero, pero la mayoría de nuestros entrevistados coinciden en que la venta de droga (o la diversificación de tipo de drogas, porque ya se vendía marihuana) fue la opción que encontraron para sustituir las ganancias que la fayuca había dejado en el barrio. Otra versión que documenta el historiador Ernesto Aréchiga, es que la fama del barrio atrajo a mafias internacionales para la concreción de negocios de mayor alcance con las bandas delictivas prevalecientes en Tepito (2003: 278).

A lo largo de esta década, la comercialización informal ganó un terreno más sólido en las calles del barrio; la venta de mercancías de contrabando, la creciente habilidad para la producción y venta de productos piratas (discos, películas, perfumes), el reconocimiento como centro de distribución de drogas y armas de fuego, eran parte del panorama que caracterizaba a las calles de Tepito. El aumento de la informalidad terminó, asimismo, con el escaso comercio tradicional que sobrevivió a la fayuca, confinándolo a unas cuantas cuadras del barrio.

Por supuesto, diversos medios de comunicación reconstruyeron los hechos violentos que tenían lugar en Tepito, lo cual reforzó la fama del barrio violento” o “barrio bravo” que por un momento se vio superada por las organizaciones vecinales y la reivindicaciones culturales de los años 70 y 80, *a principios de los años noventa, los medios de comunicación se desinteresaron del barrio, y le dedicaron nuevos reportajes agresivos, incluyendo la prensa de orientación de izquierda, semejantes a la de los higienistas y modernizadores del porfiriato* (Tomas, 2005: 353).

Se habló de la existencia de grupos delictivos (Cártel de Tepito) dedicados al narcomenudeo y fuertemente ligados con cárteles del norte del país; se expusieron los más de 30 asesinatos en el año de 1997 como consecuencia de la lucha por el mercado de la droga; se visibilizaron

los fuertes decomisos de mercancías robadas, piratas o de contrabando (cada vez más frecuentes), entre otros hechos que, a reserva de la veracidad expresa en los medios de comunicación, pusieron a Tepito como el mayor distribuidor de armas y drogas de la ciudad.

La lucha por el suelo urbano también se agudizó: la extensión del comercio ambulante fue evidente en las calles del barrio, intensificando las dinámicas comerciales que ahí tienen lugar. Esto no era algo nuevo para los tepiteños pues la mayoría de su población depende en gran parte de las actividades económicas del barrio (Reyes Domínguez y Rosas Mantecón, 1993: 191), sin embargo, el incremento del comercio ambulante, rebasó el número de comercios establecidos y redujo el espacio público de las calles.

Los cambios en Tepito fueron vertiginosos, como lo fueron desde la mitad del siglo XX con las transformaciones físicas que tenían lugar en sus viviendas y en sus espacios de convivencia. En tan sólo una década, aquellas luchas y organizaciones vecinales que enarbolaban la identidad barrial de Tepito, se vieron diluidas por los constantes hechos delictivos que contribuyeron a su estigmatización como barrio violento, fuera del control de la ley. Es posible que ese imaginario en torno al barrio nunca se haya ido, quizá se vio desplazado por otros acontecimientos relevantes como los movimientos a favor de la vivienda o los culturales para la reivindicación de la forma de vida de los tepiteños.

La violencia que ahora se vivía, difería de aquella descrita en los primeros años del siglo XIX, en donde el alcoholismo, la prostitución o los asaltos por parte de los carteristas, eran parte de las descripciones que los medios de comunicación y el propio gobierno hacían de Tepito, las cuales relacionaban con su condición de pobreza e incluso, con su propia naturaleza (como si hubiera ciertos atributos proclives a la violencia). Ahora, la violencia que experimentaba el barrio, salía de los límites del mismo e involucraba a más actores y hechos delictivos que iban de asesinatos a plena luz del día -sin importar si se trataba de un habitante o no- a extorsiones y secuestros por parte de bandas organizadas.

La violencia, en todo caso, no se mantuvo igual: hubo un cambio en sus características y un visible incremento que nos habla de que la violencia está inscrita en un proceso de constante cambio (Carrión, 2008:117), que no permanece igual y por lo tanto, tiene un carácter histórico. Es por eso que, cuando nuestros entrevistados refieren a que el barrio siempre ha sido violento pero que, a diferencia de antes, hoy en día es peor, apelan básicamente a la

violencia desde una posición temporal y espacial específica, de la cual hablaremos a detalle en el tercer capítulo.

Por su parte, la confrontación con el gobierno parecía tomar otro sentido. En las décadas de los setenta y ochenta, los conflictos entre el gobierno y los habitantes del barrio se suscitaron luego de los intentos de reordenamiento del espacio urbano –ya fuera a través de la política de vivienda o para el comercio callejero- que despertaron una álgida lucha para la defensa de la vivienda, comercio y cultura de los tepiteños. No obstante, el vertiginoso crecimiento del comercio ambulante y el narcomenudeo, provocó que las intervenciones del gobierno no fueran a través de políticas o programas gubernamentales, sino a través de acciones puntuales y directas por parte de la policía –federal, capitalina e incluso del ejército- para combatir la piratería y el narcomenudeo en el barrio.

Estas intervenciones no fueron pacíficas ni atendían a la solución de los problemas que prevalecían en el barrio, al contrario, la naturaleza represiva de las acciones emprendidas por el gobierno, terminaron en fuertes enfrentamientos con los habitantes y comerciantes que trataban de impedir –sin importar los medios- el decomiso de sus mercancías. Esta vez, la lucha de los habitantes y comerciantes no era por medio de una organización bien constituida, como en los años setenta y ochenta, sino respondía más bien a la inmediatez de las continuas intervenciones del gobierno a Tepito.

Lo anterior no quiere decir que la identidad barrial que se fortaleció con los movimientos a favor de la vivienda, el comercio y la cultura haya acabado (debido a todas las implicaciones que las transformaciones físicas y simbólicas que el barrio tuvo): cambiaron las razones que distinguieron a estas movilizaciones anteriores, pero la lucha contra las intervenciones externas que definió la identidad barrial de Tepito, continuó. Es precisamente en esta década en donde el dicho de “violencia como resistencia” comenzó a tener mayor resonancia en el barrio, pues la lucha, más que la demanda por servicios urbanos o por la reivindicación de la forma de vida del tepiteño, era por resistir a los embates del gobierno.

A finales del siglo XX y comienzos del XXI, la situación en Tepito seguía siendo crítica: la intensidad del uso del espacio público, estrictamente supeditado y reconocido en la calle, no correspondía únicamente a las actividades económicas que se habían potenciado con el aumento del volumen de la superficie ocupada por el comercio, sino también por las

confrontaciones con el gobierno que quedaron mediatizadas a detalle en los principales medios de comunicación del país.

Así, mientras esta problemática fue utilizada por el gobierno capitalino y federal como campaña política (para más detalles, véase la documentación de Aréchiga (2003: 280-281) sobre la visita de Cuauhtémoc Cárdenas o Vicente Fox), la preocupación por la “ingobernabilidad de Tepito” parecía ser cada vez mayor, sobre todo cuando a principios del siglo XXI, se materializaron formalmente las intenciones de invertir en la recuperación del Centro Histórico de la Ciudad de México.

En la década de los noventa, se llevaron a cabo distintas acciones aisladas que atisbaban un marcado interés por esta parte de la ciudad, la cual mostraba un fuerte deterioro debido a las secuelas aún evidentes del temblor de 1985, además de otros factores que se han comentado en este capítulo. Sin embargo, fue hasta principios del siglo XXI, que se contó con un plan de recuperación integral del centro de la ciudad que conjuntaba esfuerzos para impulsar, principalmente, una serie de medidas encaminadas a la protección del patrimonio cultural y al desarrollo inmobiliario en el Centro.

El proyecto, no obstante, se enfrentaba a condiciones que amenazaban la inversión de los agentes privados debido a los constantes referentes de inseguridad que permeaban en el Centro Histórico y, principalmente, en las áreas circundantes. Por esta razón, uno de los elementos que ameritaban una pronta respuesta, era el tema de la inseguridad, pues de no garantizarla, se corría el riesgo de que las inversiones en este espacio, no fueran redituables.

La inseguridad que prevalecía en este se relacionó directamente con el estado de abandono – en sus inmuebles e infraestructura- que tenía, además de la presencia cada vez más visible del comercio informal en algunas calles del Centro Histórico. La mayor preocupación radicaba entonces, en hacer de este espacio sucio, degradado y abandonado -según la prensa de la época-, un referente atractivo tanto para las clases medias que buscaban vivienda, como para el turismo nacional e internacional. En ese tenor, la seguridad se enarboló como uno de los problemas más inmediatos a resolver.

Las medidas que tomaron al respecto, estuvieron basadas en el modelo Giuliani, quien luego del reconocimiento mundial por reducir los índices de criminalidad de la ciudad de Nueva

York, fue contratado por el gobierno de la Ciudad de México -durante la gestión de Andrés Manuel López Obrador- para hacer frente al problema de seguridad que permeaba en la ciudad. Luego de unos meses de trabajo, la consultoría a cargo de Giuliani emitió una serie de recomendaciones que resaltaban por su preocupación en tres ámbitos específicos: el uso de suelo, el desarrollo inmobiliario y las condiciones del espacio público (Davis, 2007: 660).

El énfasis en el espacio público estaba estrechamente vinculado con el crecimiento del comercio informal en algunas de las calles del Centro, el cual ya había sido objeto de constante desplazamiento, pero sin éxito alguno. En ese sentido, las recomendaciones de Giuliani cristalizadas en la “cero tolerancia” y su prohibición del comercio ambulante, coincidían completamente con los intereses de los promotores y de los comerciantes establecidos quienes veían en el comercio informal un freno en su desarrollo.

Empero, fue quizá la recomendación sobre el peligro que significaban las áreas conflictivas del Centro y sus alrededores, la que mayor resonancia tuvo, pues entre esas áreas estaba Tepito. Para resolver la conflictividad de este espacio o más bien, para evitar que sus actividades se extendieran al Centro y/o que sus conflictos amenazaran el desarrollo de esta zona, se sugirió el uso de alta tecnología, específicamente, de cámaras de video en puntos estratégicos que inhibieran el crimen y la intromisión de la policía a través del monitoreo de las actividades en el espacio público.

No obstante, en Tepito la implementación de las recomendaciones de Giuliani, no mostraron ninguna diferencia en cuanto a la disminución de la violencia. Al contrario, la exclusividad de las recomendaciones de Giuliani al centro de la ciudad, dejaba claro que el interés no estaba en atender el problema de la seguridad en la ciudad, sino en asegurar la inversión privada en el desarrollo inmobiliario y turístico del Centro Histórico. Lo que sí tuvo consecuencias visibles en los espacios que representaban una amenaza, fueron las intervenciones de la autoridad para la erradicación del comercio informal en el espacio público. En Tepito, las recomendaciones se materializaron en acciones más puntuales, como el decomiso de las mercancías de contrabando o robadas, la puesta en marcha de operativos para la captura de narcotraficantes (el caso de El Papirrín y El Tanque), programas para combatir la venta callejera como “Tepito es mi barrio” (2007, no se realizó) o la abierta invitación a los inversionistas Carlos Slim y Alejandro Martí para abrir negocios en el barrio.

La última gran intervención que despertó una gran defensa en el barrio, fue la expropiación del predio conocido como “La Fortaleza” ubicado en la calle de Tenochtitlán, en el año 2007, la cual se realizó bajo la figura jurídica de “extinción de dominio” que permite la expropiación de un predio en el cual se haya denunciado previamente la venta o resguardo de drogas. Sin importar las denuncias de irregularidades en el proceso por parte de las autoridades, ni las movilizaciones de los afectados y otros habitantes que se solidarizaron con este hecho, la expropiación no se frenó pues se adujo que este predio era “central de operaciones” de actividades ilícitas (La Jornada, recuperado de <http://www.jornada.unam.mx/2007/02/23/index.php?section=capital&article=035n1cap>).

Después de esta expropiación, las intervenciones en Tepito por parte de las autoridades, comenzaron a ser más constantes e imprevistas (aunque de magnitudes menores), aspecto que ha suscitado una respuesta poco premeditada por parte de los comerciantes que defienden férreamente el decomiso de sus mercancías. Asimismo, por el trabajo de campo, podemos constatar una presencia permanente de la policía del Distrito Federal en algunas de las calles de Tepito (Tenochtitlán, Jesús Carranza, Eje 1) y la Policía Federal Ministerial (con armas en mano) que, en el caso de estos últimos, se mantienen en el barrio mientras hay operativos y tienen la facultad de detener a cualquier persona que genere sospechas.

Por su parte, el papel de los medios de comunicación al respecto, se supedita a la lectura de eventos que dan la apariencia de ser casos aislados y de ser parte de la vida diaria de los tepiteños. No obstante, la cantidad de noticias sobre el barrio, es mucho menor que aquella de la década de los noventa y principios del siglo XXI, donde el bombardeo mediático no cesó de mostrar la violencia que tenía lugar en Tepito. Sin embargo, las consecuencias de la imagen que se reforzó sobre el barrio, tuvo efectos a largo plazo: el número de personas que se surtía de las mercancías que el barrio ofrecía, disminuyó, de acuerdo con nuestros entrevistados, pues los mismos productos que compraban en Tepito, también los encontraban en las calles del Centro, pero sin correr riesgos.

A pesar de que la llegada y comercialización de la mercancía proveniente de China levantó el comercio en Tepito, según los testimonios obtenidos, el nivel de afluencia de los clientes no volvió a ser el mismo que en los años en donde la fayuca aseguraba un alto nivel de ganancias. La mayoría de nuestros entrevistados adujo que hay muchas razones por las que

la gente ya no ve a Tepito como el gran mercado que en otro tiempo fue. Entre estas razones, sobresalía el peligro que significa entrar al barrio por la prevalencia de la venta de drogas y su consumo en la calle, o la posibilidad de ser alcanzado por la infortuna de una bala perdida, producto de operativos policíacos y la correspondiente respuesta por parte de los tepiteños.

En ese tenor, el reconocimiento de los problemas que enfrenta hoy en día Tepito por parte de sus habitantes y los medios de comunicación -de manera menos certera-, no significa que la intensa actividad en el espacio público haya cesado. Cotidianamente, el barrio muestra una afluencia de clientes que incrementa visiblemente los fines de semana o en Navidad y Reyes Magos, cuando el precio de los juguetes, electrodomésticos y ropa son relativamente bajos en comparación con otras partes de la ciudad.

Los habitantes, aun cuando aceptan que el barrio “está tranquilo”, saben que no siempre permanecerá así porque Tepito “siempre cambia”. Entre ellos, hay una verdad sabida de los intentos del gobierno por destruir el barrio (la fuente son ellos mismos), pero esta vez, por omisión, dejando que los problemas que prevalecen, terminen por destruirlos a sí mismos. Algunos comentaban que este proyecto ya había comenzado con un barrio vecino -La Merced- y por el reordenamiento de los comerciantes del Eje 1, por lo que Tepito no estaba exento de estas intenciones que podrían incidir directa o indirectamente.

De esta manera, el presente capítulo trató de mostrar aquellos acontecimientos que han trastocado la forma de habitar el espacio público en Tepito y cómo han repercutido en la apropiación de un territorio que pasó de ser un espacio invisible a un espacio en disputa -ambos en referencia al Estado-, en donde distintos actores -externos e internos- e intereses, han influido en la situación actual del barrio que pone a la violencia como una condición que amerita ser debatida para considerar si es o no, un estructurante en la forma de habitar el espacio público en el barrio.

## 2. Visibilizar el conflicto

*La mirada recorre las calles como páginas escritas:  
la ciudad dice todo lo que debes pensar, te hace repetir su discurso,  
y mientras crees que visitas Tamara, no haces sino registrar los nombres con los  
cuales se define a sí misma y a todas sus partes.  
Cómo es verdaderamente la ciudad bajo esta apretada envoltura de signos,  
qué contiene o esconde, el hombre sale de Tamara sin haberlo sabido.*

*Ciudades invisibles, Italo Calvino*

Comencé el trabajo de campo en el mes de noviembre del 2015, sin embargo, fue en junio de ese mismo año cuando comencé a establecer mis primeros contactos en Tepito y, por lo tanto, cuando empecé a visitar más el barrio. No me era totalmente desconocido: a través de la literatura existente en torno al mismo, de las frecuentes noticias que ahondan sobre los crímenes y delitos que ahí tienen lugar (ricas en imágenes y palabras sugerentes)<sup>1</sup> y de los fuertes rumores que familiares y amigos contaban, creí tener una noción de cómo funcionaba Tepito o, al menos, conocía lo que no tenía que hacer ahí, como meterme a calles solas o ir vestida formalmente.

Con estas ideas y con el firme propósito de cuestionarlas, planteé en mi investigación la realización del trabajo de campo que contemplaba la aplicación de entrevistas semiestructuradas a los habitantes de la calle de Tenochitlán en Tepito, con la temática principal de la violencia. Pensé que no había mejor manera de romper con la información recibida que yendo al espacio de interés y comprobar de primera intención qué era lo que sucedía. Empero, más allá de ir y verificar personalmente lo que acaece en Tepito, me di

---

<sup>1</sup> Las noticias en torno a Tepito ya no quedan supeditadas a los delitos o crímenes que ocurren ahí –las cuales generalmente predominan-, pues en algunas revistas que tienen como propósito dar a conocer los lugares más representativos y/o turísticos de la Ciudad de México, se han escrito artículos sugiriendo cómo ir al barrio sin “morir en el intento”. Estos artículos, tras la aparente promoción de éste y de la previa preparación que el atrevido visitante requiere, no sólo contribuyen a reforzar la fama de “barrio violento” a través de la descripción del tipo de prácticas y personas de quienes “cuidarse” cuando se va al barrio, sino también muestran una nueva forma de aproximación a este espacio a través de su “exotismo” y la curiosidad que genera el barrio. Del Cielo, I. (2013). *Tips para ir a Tepito. 10 consejos para dar el rol por el “barrio bravo”*, Revista Chilango. Obtenida el 10 de junio de 2016, de <http://www.chilango.com/ciudad/nota/2013/06/05/10-consejos-para-ir-a-tepito-y-no-morir-en-el-intento>

cuenta de que tras lo evidente que resulta lo que observé, la respuesta no se queda ahí: había que entender que el origen de lo vivido, no yace en la experiencia obtenida.

Bien escribe Bourdieu en la ilusión que podría representar para el estudio de los barrios estigmatizados (“suburbios problemáticos” o “guetos” para el trabajo de este autor) el que el investigador acuda y vea por propia cuenta qué pasa, no sólo por las dificultades que pudieran presentarse (riesgos o malentendidos), sino también por el engaño en el que podría caerse si se toma lo visto en el terreno, como evidencia suficiente para dar cuenta de la problemática de estos territorios, *y sin embargo todo hace pensar que lo esencial de lo que se vive y se ve sobre el terreno, es decir, las evidencias más sorprendentes y las experiencias más dramáticas, tienen su origen en un lugar completamente distinto* (Bourdieu, 1999:119).

Y es distinto en tanto que esa realidad que el investigador experimenta de primera mano, no es sino resultado de las relaciones entre distintos agentes en el espacio físico. Por eso, tomar como explicación lo que se vive en estos territorios, requiere del análisis de la postura (intereses, deseos, conflictos) que los distintos agentes ubicados en el espacio social tienen y experimentan con respecto a un espacio físico. Esto nos permitirá comprender la reconfiguración del espacio a partir de las intervenciones externas que ha tenido y que se dio cuenta -de forma procesual- en el primer capítulo.

Lo anterior no quiere decir que la experiencia del investigador en el terreno no tenga validez alguna o carezca de mérito: se trata, más bien, de definir en primer lugar, qué es lo que se quiere conocer y en segundo, de buscar la pertinencia de la metodología a emplear. En nuestro caso, el interés radicaba, en primera instancia, en la incorporación y significación de la violencia en la vida cotidiana de los habitantes de Tepito; empero, creemos que para observar integralmente un tema tan delicado como la violencia –tanto a nivel social como individual- es necesario tomar en consideración dos niveles de análisis que no se excluyen mutuamente.

La propuesta de este capítulo es entonces, explorar uno de estos niveles a través de los factores externos que han incidido en la continua configuración física y simbólica del barrio, la cual pone de por medio la presencia/ausencia del Estado a partir de las políticas o intromisiones que se han implementado en Tepito y que se manifiestan en diversos tipos y grados de penetración, ya sea en forma de planes de ordenamiento del espacio (comercio

ambulante), de vivienda o en contra de las actividades informales e ilegales que existen en el barrio.

De acuerdo con Loïc Wacquant (2001), pensar de esta manera a la violencia -que generalmente se asocia a elementos morales, psicológicos o incluso a las condiciones de pobreza de quienes habitan estos lugares-, da cabida a cuestionar en qué medida responde a las acciones que vienen “desde arriba” y que se materializan en el territorio, ya sea como consecuencia de su intromisión o de su abandono. Repensar a la violencia desde esta perspectiva, abre la discusión en contra de las teorías que asocian a uno o varios factores la existencia de la violencia y pone en primer plano, la traducción del espacio social en el espacio físico (Bourdieu, 1999).

En ese tenor y para dar respuesta a la pregunta que planteamos en el primer capítulo sobre si la violencia que experimenta actualmente el barrio es una variable que determina la apropiación del espacio público, seguimos fundamentando la importancia del espacio para el análisis de la violencia pues en el caso de Tepito, la traducción del espacio social se manifiesta, por una parte, en la tensión y los conflictos que se generan por los distintos órdenes que se han tratado de imponer —o se han impuesto- en este territorio y que provienen, principalmente, del gobierno en turno; por otra, se traduce en la conformación de una estructura desigual y segregada que se inscribe en el espacio urbano.

Sin embargo, cuando hablamos del espacio en general, perdemos de vista las características que estos presentan y que los convierten en objeto de múltiples intervenciones que en lo que concierne a Tepito, nos permiten hablar de una violencia que responde más a la acción del Estado que a otras causas que históricamente se han atribuido al barrio. En ese sentido, es necesario comprender que en Tepito, cuando hacemos referencia al espacio público, apelamos a las condiciones particulares que no sólo aluden a su estatus como barrio céntrico y a su centralidad, sino también al abierto e incesante conflicto que tiene lugar en sus calles.

Es por ello que la condición del espacio público en Tepito es absolutamente relevante para responder a dos preguntas claves en la investigación, ¿qué relaciones de poder se visibilizan en el espacio público? ¿Cómo se entiende la violencia en un espacio público intensamente ocupado por distintas actividades (legales/ilegales, formales/informal) y usos? Ambas preguntas ponen en entredicho la concepción sobre el “espacio público deseado” y permiten

ampliar el debate sobre esta noción -con un vasto repertorio en las ciencias sociales- que examina distintas variables para entender la situación actual de este tipo de espacios.

Tomando en cuenta estos elementos, el análisis principal de este capítulo se apega a una crítica a la forma tradicional de estudiar la violencia y propone, en cambio, tomar en consideración las relaciones sociales entre distintos agentes que se manifiestan en el espacio público urbano, en un momento específico. Para ello, es necesario aclarar que no se hará una investigación exhaustiva de la bibliografía existente en torno a la violencia, pues no es menester de esta investigación su caracterización ni la violencia en sí misma: nos interesa en todo caso, escudriñar el efecto que tienen las acciones y omisiones por parte del Estado en la estructuración espacial de la desigualdad.

Este análisis es un requisito que nos permitirá abordar en el siguiente capítulo, la incorporación de estas condiciones en la manera en la que los habitantes del barrio de Tepito apropian y significan su espacio en un contexto permeado de un bombardeo mediático y político que constantemente resalta la violencia que existe en el barrio y que imputa como única causa el modo de vida de los habitantes. Por eso, conocer cómo se vive y se experimenta esta violencia, además de saber cómo se concibe y se expresa en la calles del barrio, se vuelve en una parte imprescindible para el estudio más integral del tema que nos concierne.

Por ahora basta mencionar que se convierte en una necesidad imperiosa el visibilizar el papel del Estado en la situación pasada y presente del barrio, pues tanto por omisión como por acción, ha tenido un peso significativo en la violencia que se vive en Tepito que, aunque no siempre se presenta con la misma magnitud ni del mismo modo, ha sido una constante en la historia que se narra sobre sus habitantes y se revela en su espacio público.

## **2.1 ¿Naturalizar o sobredimensionar la violencia en los barrios estigmatizados?**

Es innegable que en cualquier ciudad del mundo (sobre todo las que presentan una fuerte desigualdad) se reconoce un temor asociado a lugares peligrosos, violentos o inseguros, ya sea por las condiciones naturales que prevalecen (zonas de riesgos por tipo de subsuelo) o por la existencia de delitos, crímenes u otro tipo de actividades ilícitas en donde interviene el ser humano. A este segundo tipo de imaginarios de temor en la ciudad, Fernando Carrión

(2008: 122) los denomina como de *producción antrópica*. En ambos casos, son las poblaciones más vulnerables las que generalmente están más expuestas al tipo de riesgos que representan estos lugares delimitados geográficamente y bien arraigados en la memoria colectiva.<sup>2</sup>

Estos imaginarios del miedo -asociados a un espacio y a las prácticas de un grupo de agentes-, no se distribuye uniforme y unívocamente en toda la ciudad: permean, sobre todo, en los espacios con una compleja constitución social y física que muestran un fuerte contraste con el resto de la urbe, lo que los posiciona como escenarios a evitar por el resto de la población como resultado del peligro o del riesgo atribuido, el cual trasciende por varias generaciones.

En la Ciudad de México, por ejemplo, colonias céntricas como la Doctores, Buenos Aires, Morelos, Guerrero y Atlampa, son reconocidas tanto por el “peligro” que entrañan como por la especialización del delito que hay en cada una -a pesar de la cercanía entre ellas-. En el caso de la Doctores y Buenos Aires, se sabe del robo y venta de autopartes, las cuales se comercializan abiertamente en sus camellones y calles<sup>3</sup>; mientras que las colonias Morelos y Atlampa, son identificadas por la venta de droga y el robo a mano armada.

Las implicaciones de la criminalización de estos espacios, no sólo afecta la apropiación de la metrópoli en su totalidad: también tiene efectos en el precio y demanda del suelo urbano, por ejemplo, en las viviendas enclavadas en las zonas reconocidas por su peligrosidad, son devaluadas en el mercado inmobiliario por esta condición, a pesar de contar con mejores servicios urbanos –centralidad- que en otras partes de la urbe.

Empero, los imaginarios del miedo no siempre se basan en los delitos y la violencia asociados a un lugar, también impera el temor a otras culturas, a grupos con formas de vida distintas que son vistos como un peligro latente en tanto que son “extraños” o “desconocidos”, como lo plantea Jordi Borja *los miedos urbanos tiene bases objetivas, pero no siempre están*

---

<sup>2</sup> Algunos de estos espacios que históricamente han cargado con el estigma de la violencia, han sido sujetos de intervenciones públicas por parte del gobierno e incluso por sus mismos pobladores quienes han asumido la gestión de su territorio, lo cual ha traído una progresiva mejora en las condiciones de vida de sus pobladores. Sin embargo, no han podido borrar el estigma que sobre ellos yace.

<sup>3</sup> Quizá el ejemplo estas colonias, como otras más, es paradójico ya que, si bien son reconocidas como peligrosas, una cantidad considerable de personas acude a comprar las autopartes –que otrora fueron robadas- necesarias para sus carros, lo cual las ha convertido en importantes mercados ilegales de este tipo de mercancías con una gran afluencia de personas.

*causadas por hechos delictivos. El miedo a los otros, por desconocidos o diferentes, como sucede con los inmigrantes, es un caso* (Borja, 2012: 9).

Este hecho se presenta en todas las escalas, desde población de una misma urbe que llega a vivir a otro barrio o colonia (como la población de Iztapalapa que llegó a Tepito después del temblor de 1985), como en todo el mundo. Verbigracia, en las últimas décadas, la fuerte oleada de migrantes provenientes del medio oriente y África –principalmente- a Europa, es víctima de múltiples formas de segregación (espacial, racial, legal) y/o de inculpaciones –terrorismo- ocasionadas por la diferencia de creencias y prácticas a la de los países receptores.

La prevalencia de estos imaginarios no son producto de lo espontáneo: la saturación de información proveniente de distintos medios de comunicación, ha contribuido indudablemente al reforzamiento de esta idea que permea sobre los lugares riesgosos o inseguros, ya sea con imágenes gráficas (escenas que atestiguan la comisión de un delito), narrativas y/o con cifras (sin una clara metodología de cómo se obtuvieron) que sustentan la inseguridad de estos escenarios y que son tomadas como verdades de Perogrullo en el entendimiento de este tipo de problemáticas. En estos medios de comunicación, siempre hay único culpable.<sup>4</sup>

Si bien el miedo que se asocia a ciertos escenarios parece ser un fenómeno nuevo, no lo es: los temores no permanecen estáticos en espacio y tiempo, al contrario, se enmarcan en un contexto social y urbano específico que los dota de un carácter histórico (Borja, 2003: 18). Por ejemplo, dentro del barrio de Tepito, durante la década de mayor auge de la fayuca, los vecinos ubicaban a la calle de Tenochtitlán como la más peligrosa del barrio debido a los asaltos que se cometían para arrebatar a los clientes la mercancía recién adquirida en esta misma calle; hoy en día, identifican a la calle de Jesús Carranza –también en los medios impresos- como la más peligrosa del barrio debido al narcomenudeo que ahí tiene lugar.<sup>5</sup>

---

<sup>4</sup> En una de las últimas intervenciones (27 de febrero, 2016) que tuvieron lugar en Tepito *so pretexto* de la detención de cinco narcomenudistas, el relato que distintos canales hicieron del evento, exacerbó la respuesta de vecinos y comerciantes con el destroz de patrullas de la policía capitalina, sin hacer en ningún momento, mención del papel de la policía en este acontecimiento ni del tipo de intromisión que usualmente realizan, las cuales, según los testimonios obtenidos en el trabajo de campo, en muchas ocasiones son arbitrarias. Excélsior TV (2016). Detienen en Tepito a cinco más por droga. Obtenido el 16 de junio 2016, de <https://www.youtube.com/watch?v=6E2OMncA3QA>

<sup>5</sup> El Universal (2006). El barrio de Tepito tiene la calle más peligrosa. Obtenida el 16 de junio, 2016, de <http://archivo.eluniversal.com.mx/notas/373658.html>

Sin embargo, lo que para una persona o un grupo de personas es peligroso o riesgoso, para otras puede tomar un significado distinto y/o totalmente opuesto. En efecto, en la ciudad, una multitud de temores y miedos se superponen en la estructuración del espacio urbano, los cuales se sustentan en diversos aspectos, como la posición que ocupan las personas en un espacio social y las consecuentes prácticas que llevan a cabo *un mismo acontecimiento (espacial o social), al ser observado por personas diferentes, puede ser interpretado de manera opuesta* (Di Biase, 2010: 169).

La existencia de estos imaginarios del miedo, aunado a la violencia objetiva que se traduce en los hechos, se visualizan en los efectos directos e indirectos que tienen sobre el espacio local y metropolitano. En primer lugar, fungen como marcos de referencia para el desarrollo de las actividades cotidianas (toma de rutas y horarios específicos para evitar la frecuencia o permanencia en estos lugares) y a la vez, como *reductores de la complejidad* que hacen asequible la enorme tarea de ocupar la totalidad de la metrópoli (Duhau y Giglia, 2008: 29), pues ubicando la presencia del *mal*, se evita la frecuencia a ciertos espacios (Vergara, 2006:166).

En segundo lugar, la territorialización del peligro e incluso su personalización, legitiman la intervención de la autoridad en estos espacios, sin importar los mecanismos que ocupen. No obstante, habría que considerar que los problemas que generalmente se visualizan en los espacios peligrosos, no se resuelven con acciones inmediatas –operativos, remodelación de sitios dañados o abandonados, construcción de centros comunitarios-. En todo caso, la reproducción de estos miedos en la estructuración de las actividades cotidianas de las personas, se constituye como un elemento que no sólo justifica la intervención de la autoridad en estos escenarios, sino también la puesta en marcha de acciones por parte de los habitantes para proteger o guardarse del peligro externo (cierre de calles, desarrollos inmobiliarios cerrados, reglamentación de espacios públicos, contratación de policía privada para la protección inmuebles).

En este sentido, los imaginarios de la violencia y la existencia empírica de la misma, se constituyen como elementos constructores de la ciudad, en tanto que la violencia organiza de forma particular el espacio (Carrión, 2008). No obstante, también es el espacio el que incide –no en su totalidad- en la producción de los actos que contiene, como el autor antes referido

lo explica a continuación, *existe una geografía de la violencia que no es sólo la manifestación de los hechos violentos en el territorio (escenario) sino también un elemento relevante en la producción de los mismos (violencia urbana)* (Carrión, 2008: 118).

El territorio –la ciudad- que influye en la producción de un tipo de violencia es resultado, de acuerdo con el mismo autor, de la división social del espacio y de la idea de distintos agentes –gobierno y urbanistas- plasmadas en la ciudad, la cual ha generado un crecimiento desigual de la urbe que se observa en la segregación urbana y en los consecuentes costos sociales. La violencia que viene como resultado de estos elementos, por ningún motivo, es la única causa que provoca ni resulta de una serie de hechos sucesivos: nos habla, más bien, de la relación dialéctica entre la ciudad y la violencia, esto es, que por una parte la ciudad produce una violencia particular (derivada de la urbanización), pero también funge como el escenario de ciertos eventos delictivos (Carrión, 2008).

A pesar de la relación dialéctica en la que se enmarca la ciudad y la violencia, diversas aproximaciones a la problemática que ésta entraña han caído en la satanización o inculpación de la urbe como causa directa y unívoca de la violencia, siendo esta, la razón más fuerte de su aparición, permanencia y agudización por las dinámicas y conflictividad que la convivencia entre los diferentes implica, *se ha considerado previamente a la ciudad como una realidad patológica y hasta “satanizada”* (Borja, 2003: 24). Esta manera de concebir la problemática de la violencia, muestra un amplio sesgo por tomar solamente al espacio construido, como único factor que explica la situación de la violencia que se visualiza en un lugar.

Ahora bien, la materialización de esta concepción a través de las políticas empleadas para el “combate” de la violencia, se puede observar a grandes rasgos, en dos modelos: la prevención situacional y la teoría de las ventanas rotas (Carrión, 2008; Oblet, 2008). Estas políticas ponen en el espacio social a dos agentes en particular: los urbanistas y el gobierno, quienes definen, con base en un análisis superficial de la problemática, la causa (única) y los culpables de la peligrosidad de un espacio particular que generalmente se identifica con el espacio público. La solución que proponen se circunscribe a la intervención del urbanismo en un territorio concreto.

La prevención situacional –más recurrida en Europa- remarca la existencia de un vínculo causal entre la organización espacial de la ciudad y la violencia, dando como resultado la prevalencia de ciertos factores asociados al diseño urbano que propician o llevan al delincuente a cometer un crimen. En otras palabras, el delincuente comete un delito si hay circunstancias que le otorguen la posibilidad de hacerlo (CETE de Lyon, 2013). Para evitar lo anterior, los promotores de esta teoría proponen una intervención urbanística puntual que evite la exposición de las personas (víctimas) a la violencia, al mismo tiempo que disminuyan las oportunidades para delinquir. El diseño urbano se posiciona así, como la clave en la solución de la problemática de la violencia urbana.

De modo semejante, la política de las ventanas rotas –o de la tolerancia cero- (*Broken Windows Policy* en el original), alude al descuido y desinterés en el mantenimiento de los edificios como causa de la llegada o reforzamiento de aquella población (mendigos, drogadictos, migrantes) que hace uso de estos espacios para actividades ilícitas y/o informales. El desorden que nace de la poca atención a los componentes físicos del espacio público, es entonces, la fuente directa de la violencia que ahí tiene lugar. Como complemento de la política de prevención situacional, las ventanas rotas relacionan tanto a las condiciones estructurales del espacio, como a las prácticas que generan desorden, con la prevalencia de la violencia.<sup>6</sup>

La concepción de la ciudad como razón directa de la violencia y sus repercusiones en la puesta en marcha de políticas concretas de seguridad, conllevan a un tipo de soluciones que se acota a la supuesta causa de la violencia: el espacio. Este desentendimiento se traduce en el mejoramiento de áreas específicas de un lugar ya identificado como peligroso, en la negación de prácticas y personas que habitan estos territorios y en algunos casos, en la remodelación o construcción de inmuebles con propósitos de integración social –centros

---

<sup>6</sup> Como se comentó en el capítulo anterior, las recomendaciones del reconocido ex alcalde de la ciudad de Nueva York Rudolph Giuliani, invitado por el gobierno de Andrés Manuel López Obrador como consultor para la reducción de los índices delictivos que aquejaban a la ciudad, se supeditaron –principalmente- a la violencia que permeaba en el Centro Histórico de la Ciudad de México (por los claros intereses económicos vertidos aquí). Entre las más de 100 recomendaciones emitidas por su consultoría, se propuso la mejora de la condiciones de vida de los habitantes de la ciudad –los no peligrosos- a través de acciones precisas como el retiro de los comercio ambulante, la eliminación del grafiti, la reubicación de los indigentes, los franeleros, entre otros puntos. Con estas recomendaciones, se les dio cara y cuerpo a las causas de la violencia en la ciudad.

comunitarios o deportivos<sup>7</sup>. En general, la territorialización de la violencia trae consigo efectos inmediatos en el espacio, pero no en las raíces del problema, *la mejora de un espacio no significa forzosamente mejores condiciones de vida para sus habitantes* (Oblet, 2008: 6,7. Traducción propia)

Además, el determinismo unívoco del espacio en el surgimiento y reproducción de la violencia -que se materializa en estas políticas de seguridad-, produce la imperiosa necesidad de quitar lo que no sirve, lo que estorba, lo poco estético de un lugar, que aplica de igual forma para lugares abandonados, con alto deterioro físico, como para los indigentes, mendigos, comerciantes ambulantes, entre otros, los cuales son identificados generalmente, como los responsables de la situación de un espacio. De allí se puede comprender que estas políticas llevan implícita la estigmatización de barrios y grupos a los que se les imputa el deterioro de los inmuebles (por su presencia o actividad) y por lo tanto, la generación de condiciones propicias para la violencia (Carrión, 2008; Borja, 2003).

Asimismo, estas políticas evocan un pasado idílico en donde el espacio público –casi en estado neto- era sinónimo de convivencia, armonía, orden, pero que se vio perdido por el conflicto y la violencia que la ciudad entraña. Por ello, la búsqueda por traer de nuevo a ese espacio anhelado, tiene una fuerte justificación en la aplicación de medidas que implican el cierre de espacios públicos (directo o simbólico), *el mito de las relaciones personales e íntimas con los vecinos que solo son posibles si se “restablece” un medio urbano controlado, seguro y sobre todo ficticio* (Borja, 2003: 25). Los grupos que demandan la restitución de este espacio no siempre son los afectados por la condición actual de su espacio público, sino los que pueden pagar por la realización de este tipo de medidas.

La ávida necesidad de soluciones inmediatas a la violencia que permea en ciertos lugares, termina en la creación de políticas con poco sustento en la realidad social (a cambio de

---

<sup>7</sup> Un ejemplo de es la expropiación de la vecindad ubicada en la calle de Tenochtitlán 40 y Jesús Carranza 33, *so pretexto* de las actividades ilícitas que ahí tenían lugar -como se mencionó en el capítulo anterior-, terminó en el derrumbe y en la construcción de un Centro de Desarrollo Comunitario (DIF-DF) en donde se imparten actividades deportivas, se dan consultas médicas y clases de inglés y computación, principalmente. La construcción de este centro, dos años después de la demolición de la vecindad, respondió a una de las medidas implementadas por parte del entonces jefe de gobierno Marcelo Ebrard, para solucionar la problemática de Tepito.

modelos extranjeros que en mucho difieren con el contexto particular de cada lugar) que además (y quizá lo más grave del asunto) soslayan la enorme responsabilidad que distintos agentes tienen en el reforzamiento y reproducción de los imaginarios sociales del miedo: medios de comunicación, urbanistas, políticos y agentes con un alto capital social, entre otros. Lo anterior sin obviar la falta de profundidad que encontramos en estudios sobre la violencia, en donde el análisis de las relaciones sociales que están de por medio, es sustituido por números o por lecturas descriptivas de los eventos violentos (Carrión, 2008).

Como se ha señalado, la estrechez de miras (Wacquant, 2001) o el determinismo unívoco (Carrión, 2009) en los estudios de la violencia, ha cerrado la complejidad del fenómeno para priorizar la responsabilidad de actores, prácticas y lugares vistos de forma aislada o como partes desintegradas que ocasionan y perpetúan la violencia. Incluso, la situación de pobreza o marginalidad de grupos enteros de una población (o también por causa de su religión, cultura o por su condición de extranjeros) son factores suficientes para naturalizar la presencia de violencia que hay en estos lugares: la violencia como deducción lógica de la pobreza y como parte de su forma intrínseca de ser.

Entonces, ¿cómo podemos entender la violencia? ¿Es consecuencia de uno o varios factores o de la suma de los mismos? ¿Cómo entenderla en un contexto enmarcado en la sobrevaloración de los hechos en sí mismos y en la socialización de una opinión pública homogénea que estigmatiza lugares, personas y prácticas? En el tenor de una confluencia casi orquestada de las políticas de seguridad en la ciudad que han desembocado en un sinfín de fracasos, es pertinente hacernos este tipo de preguntas para comprender que el fenómeno de la violencia responde más a los términos de pluralidad, especificidad e historia, que al conjunto de factores que la ocasionan.

De acuerdo con Fernando Carrión, uno de los efectos de admitir la relación entre ciudad y violencia (espacio- violencia), es asumir que la suma de ciertos atributos, causas o factores desenlazan en eventos delictivos desde los cuales se puede medir el nivel de violencia. En ese sentido, pensar que hay una o múltiples causas para la violencia, es aceptar la existencia de un determinismo unívoco (Carrión, 2008: 112-115; Carrión, 2009: 5) que relega el papel

de la historia, de agentes sociales y de vínculos específicos con la ciudad (y no la ciudad en su totalidad) que son claves para observar el fenómeno de la violencia.

La violencia, entonces, no se puede interpretar desde la perspectiva que la encasilla en un tipo de anomia, sino como una *relación social de conflicto* que involucra a más agentes – oponentes- que inciden directa o indirectamente en esta relación (Guzmán, 1995, citado en Carrión, 2008: 116), la cual, además, no permanece estática en el tiempo, como lo señala Fernando Carrión:

Una afirmación de este tipo nos lleva a comprender la violencia como una condición social que tiene múltiples actores, directos e indirectos, que es cambiante en la historia y en el espacio y que, por tanto, no existe ni un antes ni un después de un evento /.../ sino un objeto (la violencia), construido socialmente en un lugar y momentos específicos (espacio-tiempo). (Carrión, 2008: 115).

Desentrañando esta definición, nos damos cuenta de dos puntos clave que no se toman en consideración en el estudio de la violencia: la importancia del espacio y del tiempo. La violencia como construcción social, requiere de una contextualización tanto física –territorio- como temporal: no se puede pensar que la violencia que hace 40 años prevalecía en Tepito, por ejemplo, es la que caracteriza hoy al barrio, no lo es ni en dimensión ni en particularidad. El mismo autor señala que tanto la ciudad como la violencia (así como la relación entre ambas) son históricas (2008: 117). Esto resulta interesante, pues incluso en las narrativas de las personas, hay un reconocimiento de esta historicidad cuando ubican espacios seguros que antes no lo eran y viceversa, o enfrentamientos entre distintos grupos que antes solían estar aliados.

Además, ubicar la violencia en un contexto específico, evita, por un lado, caer en la tentación de generalizar el fenómeno de la violencia en todos los espacios que son identificados como peligrosos (como si se presentara de la misma manera en la colonia Doctores y en la Pensil), y por otro, permite que la violencia adquiera sentido cuando se examina la trayectoria particular de un espacio estigmatizado (Wacquant, 2001) con base en las relaciones sociales conflictivas que enfrenta. Esto no significa que no haya elementos comunes que caractericen a la violencia: los hay, por eso se habla, por ejemplo, de tipos particulares violencia –como

la estructural o simbólica-, pero responden, en todo caso, a distintas dimensiones (sociales, económicas, culturales), en un espacio que también, muestra características propias.

Esta definición de violencia, que toma al espacio y al tiempo como variables imprescindibles para el análisis, nos permite comprender más integral y dinámicamente, la(s) violencia (s) que tienen lugar en Tepito y, sobre todo, abre la crítica a las relaciones conflictivas entre distintos agentes que se traducen en el espacio físico. De otra forma, tomar como explicación absoluta la experiencia que se obtuvo de primera mano en el trabajo de campo, se convertiría en una lectura más de los eventos delictivos que acaecen en el barrio.

El caso de Tepito vislumbra el carácter polifacético de la violencia en el barrio: exhibe cómo la producción social del espacio sí produjo un tipo de violencia -más simbólica-<sup>8</sup>en el barrio y en segundo, vislumbra cómo las consecuencias sociales de esta violencia simbólica -*formas de adaptación perversas*<sup>9</sup>- ha traído consigo una disputa por el territorio entre quienes defienden su derecho de permanecer en el espacio público -a pesar de la informalidad de su actividad- y los que no reconocen el tipo de uso del mismo (el gobierno). Aunado al creciente interés que la centralidad de Tepito ha significado para el gobierno y los agentes privados, en la actualidad la violencia se comprende más a la luz del conflicto entre los habitantes y el gobierno -como resistencia y visibilidad política- que como un cúmulo de eventos delictivos.

No se sugiere, con ello, que se oculte la violencia que se observa y se vive en el barrio -la cual se manifiesta en hechos delictivos que usualmente se asocian a los ajustes de cuentas entre distintas mafias-. Esta violencia es una realidad que influye en la organización de la vida cotidiana de las personas y a la cual nos enfocaremos en el siguiente capítulo. Sin embargo, pensamos que sí damos cuenta de estos hechos sin entender las bases que lo

---

<sup>8</sup> Como prolepsis, si bien se criticó esa visión determinista que culpaba directamente al espacio como causante de la violencia en un lugar, habría que remarcar que el espacio *per se* no genera violencia, sino su producción social (Carrión, 2008).

<sup>9</sup> De acuerdo con Emilio Duhau (2008:204), luego de la crisis de los años ochenta y la concretización del modelo neoliberal en México, el ámbito laboral se vio fuertemente golpeado -en salarios, prestaciones, contratos, entre otros aspectos-, llevando a muchos grupos de población (jóvenes, principalmente) a buscar formas alternativas de inserción laboral -*formas de adaptación perversas*-. Entre estas actividades, la informalidad, el narcomenudeo y lo relacionado con lo ilícito (piratería, sobre todo) predominaron como opciones de trabajo.

sostienen, es seguir naturalizando este tipo de actos como si fuera parte intrínseca del barrio (“barrio bravo”) y de la gente (“es de Tepito”).

En ese tenor, podemos decir que el carácter polifacético de la violencia en el barrio se expresó, en un primer momento –por cierto, bastante prolongado-, en el tipo de segregación residencial derivado de la producción social del espacio,<sup>10</sup> la cual dividió implícitamente al barrio de la ciudad. Fernando Carrión define esta violencia de la siguiente manera:

La localización diferenciada de la sociedad en el territorio crea una violencia simbólica y real que, finalmente, se expresa en las relaciones excluyentes entre los lugares de despliegues de la población de altos recursos económicos y de los bajos, convertidos en elementos centrales de la desigualdad (Carrión, 2008: 119).

Como se explicó en el primer capítulo, el cambio administrativo de los bienes del clero y de las comunidades indígenas a mitad del siglo XIX, implicó la gerencia del ayuntamiento sobre los usos, modificaciones y medidas establecidas para la conservación del espacio público que, a *grosso modo*, se trataba del cumplimiento de nuevos derechos y obligaciones por parte de la población de los barrios indígenas. Empero, esta nueva formalidad que enunciaba la inclusión de estos barrios a la ciudad, no significó ni la igualdad de bienes y servicios con los que ya contaba la ciudad<sup>11</sup>, ni la urbanización de los mismos.

En ese primer momento, fue la inacción del gobierno expresa en el déficit de la distribución de bienes y servicios en estos barrios periféricos, la que separó simbólicamente a la ciudad del barrio de Tepito (y de los otros que también formaban parte de la Herradura de Tugurios),

---

<sup>10</sup> El espacio existe por sí mismo, independientemente de la actividad humana sobre él. Por el contrario, cuando hablamos de la producción del espacio público, nos referimos al espacio habitado, al que es resultado de una idea, concepción, proyecto que ciertos agentes proyectan sobre el mismo, *los espacios que habitamos, en la medida en que no se producen por generación espontánea, sino que han sido imaginados y diseñados por otros, suelen expresar mediante su forma y su funcionamiento las intenciones de sus autores, sus visiones del mundo y los proyectos de sociedad y de vida cotidiana...* (Giglia, 2012:23)

<sup>11</sup> Se entiende que Tepito y todos los barrios que en conjunto formaban la Herradura de Tugurios, constituían la periferia de lo que en estos años era la ciudad, la cual si bien no era todo el Centro Histórico como lo hoy lo conocemos, sí se identifica con la mayor parte del perímetro A. Una definición más precisa, la encontramos en Anavel Monterrubio, *en el área que los urbanistas de los años sesenta denominaron la Herradura de Tugurios: herradura a causa de la configuración que tuvieron sobre el plano de la ciudad los barrios de la primera expansión de la ciudad hacia el norte, el este y el sureste, y que alojaron a las nuevas clases populares urbanas entre 1858 y 1910* (Monterrubio, 2014:60).

lo cual agudizó tanto las condiciones de marginalidad que prevalecían en estos territorios como el estigma que pesaba sobre su población y sus territorios.

Si bien es cierto que la progresiva urbanización en el barrio en el comienzo del siglo XX – resultado de las demandas colectivas –, dio cabida a pensar en un posible cambio de postura por parte del gobierno, sus posteriores intervenciones confirmaron lo contrario. El reordenamiento del comercio informal (creación de mercados) y las primeras propuestas de vivienda en el barrio, no vislumbraban un interés en la mejora de las condiciones de vida de los habitantes –por ejemplo, no se apeló a la forma tradicional de vivienda para la construcción de nuevas unidades habitacionales–, sino la negación de sus prácticas (comerciales<sup>12</sup>, culturales) y el deseo expreso de imponer un uso del espacio ajeno al de su población.

Estos elementos en conjunto, dan cuenta de un tipo de violencia: la violencia simbólica<sup>13</sup>, que se atisba en la (in) acción del gobierno –no inclusión de los beneficios de la ciudad– y la persistente imposición –acción– de un orden que se traduce en políticas de ordenamiento urbano y de vivienda de las que, finalmente, resultan estos barrios, *de manera conexa, debe destacarse que esos barrios de relegación son criatura de las políticas estatales en materia de vivienda, urbanismo y planificación regional* (Wacquant, 2001: 180). La eficacia resulta, en todo caso, en la sutileza del poder ejercido sobre el territorio –a través de estas políticas– que oculta la violencia simbólica que está de por medio (Bourdieu, 1999: 122).

Tal afirmación supone la existencia de una relación de conflicto en la que se inscribe el gobierno y los habitantes del barrio de Tepito, pero habría que mencionar que el peso de cada uno en esta relación, no es el mismo. En los primeros años de Tepito como espacio reconocido –jurídicamente– como parte de la ciudad, la falta de fuerza entre las efímeras organizaciones vecinales que demandaban la dotación de los servicios urbanos, constituyó

---

<sup>12</sup> Paradójicamente, el comercio informal como alternativa económica que ofrecía trabajo a los tepiteños, se concretizó con una de las acciones que más impacto tuvieron en el barrio: la llegada del mercado de El Volador a las calles de Tepito (véase en el primer capítulo). Por eso, cuando el gobierno buscaba dar orden al comercio informal, luchaban contra el propio “desorden” que ellos mismos habían propiciado.

<sup>13</sup> Comprendemos por violencia simbólica, según Bourdieu, todo poder de violencia simbólica, o sea, todo poder que logra imponer significaciones e imponerlas como legítimas disimulando las relaciones de fuerza en que se funda su propia fuerza, añade su fuerza propia, es decir, propiamente simbólica, a esas relaciones de fuerza. (Bourdieu y Wacquant, 1981: 44).

un contrapeso menor para el abandono del Estado; además, mientras se territorializaba la idea de ciudad, simultáneamente se iba afianzando aquello que no correspondía con estas significaciones.

El papel que jugó el Estado no puede verse, entonces, de forma aislada. La constante referencia a Tepito en el imaginario de las personas y en los generadores del capital simbólico (medios de comunicación) como barrio violento, conducen a pensar que la violencia que tiene ahí lugar, es propia de las dinámicas de los habitantes de Tepito, anulando la responsabilidad que la omisión del Estado ha tenido en la determinación y reproducción de la violencia, *todos los signos externos /.../ indicarían que ella –la violencia- es promovida desde el interior (o “específica del gueto”), cuando en realidad está (sobre) determinada y sostenida desde afuera por el brutal y desapego movimiento de retirada del Estado de semibienestar* (Wacquant, 2001:114).

Y es que el papel del Estado, como se vio en el capítulo anterior, ha sido un factor de peso en la violencia que acaece en el barrio. Empero, la disociación de ambos tipos de violencia, la interna y la externa, conllevan a considerar a una sola, la más visible, la que se observa en los medios de comunicación, como la única existente. Esta violencia que atraviesa la vida cotidiana de los habitantes (que tampoco permanece igual a través del tiempo), es quizá, la que más resonancia tiene en la percepción del barrio debido a la forma en la que se exponen los incidentes de violencia (notas amarillas) que sobredimensionan el peligro realmente existente (Bourgois, 2003: 62) y obcecan, paralelamente, la violencia que viene desde afuera.

Esta relación conflictiva entre los habitantes de Tepito y el Estado no siempre ha respondido a una omisión por parte de este último. Esta razón nos conduce a preguntarnos si la violencia que actualmente se experimenta en el barrio es la misma que aquella que literatos, periodistas y académicos describieron en sus respectivos trabajos durante la primera y parte de la segunda mitad del siglo XX, pues el estigma que pesa sobre el barrio no ha cambiado y en algunos momentos, parece estar más presente en el imaginario del miedo que antes. ¿Cómo, entonces, podríamos decir que el tipo de violencia ha cambiado si el referente sigue siendo el mismo?

Una primera consideración que nos permita confirmar que la violencia en Tepito no se ha mantenido igual, es el cambio en la relación de conflicto que se enmarca con el gobierno. Como se lee en párrafos anteriores, el papel de Tepito había sido endeble, mas la postura que tomó frente al inminente cambio que vendría con las acciones del Plan Tepito en el barrio, permitieron una consolidación más certera que cambió el rol de un agente pasivo (antes del Plan Tepito) a uno más activo, con grupos más diversos (y con demandas distintas) que mostraron un contrapeso mayor a las intervenciones puntuales y más directas que el gobierno emprendió en el barrio.

Por su parte, el abandono estatal tampoco permaneció en la misma tesitura. Los ámbitos que abarcaba el Plan Tepito (vivienda, ordenamiento espacial, construcción de nuevos ejes que fragmentaron al barrio) exhibían una faceta distinta del gobierno: la incidencia no era por omisión, esta vez las acciones explícitas y directas de este plan, corroboraron el amplio interés por parte del gobierno en el barrio. Sin embargo la postura con respecto al barrio seguía siendo la misma: negar las formas de habitar el espacio en Tepito a través de políticas higienistas que sirvieron como eufemismo para ocultar las intenciones de desaparecer al barrio.

Esta constatación nos conduce a reflexionar en otro elemento imprescindible para comprender el tipo de violencia que se vive hoy en día en el barrio: el espacio público. Como se dijo al principio, es en el espacio físico en donde se visualiza el espacio social y el que nos poner sobre la mesa el tipo de relaciones sociales de conflicto que están de por medio. Sin embargo, no basta con identificar a los ponentes que se enmarcan en esta relación, ni tampoco es suficiente con describir su papel (activo y/o pasivo): más bien, nos importa conocer qué es lo que se disputa y por qué.

Por ello, la importancia del espacio público adquiere relevancia para esta investigación porque ahí se confirma su condición cambiante, múltiple y simultánea (Carrión, 2007) que expone las relaciones sociales en conflicto, la apropiación de la colectividad que manifiesta su postura frente a un acontecimiento que le atañe, las actividades económicas que sostienen a la mayoría de su población tienen lugar en sus calles y el alto grado de sociabilidad entre

quienes lo apropian cada día; pero también es este mismo espacio público el motivo de disputa entre distintos agentes.

En ese tenor, nosotros apelamos a que es el espacio el que está en disputa, tanto por la centralidad que enmarca, como por las prácticas que ahí tienen lugar, las cuales difieren de los usos y del orden del gobierno, y cuya defensa ha generado por parte de los habitantes, una abierta confrontación que tiene lugar en este mismo espacio. Esta confrontación es, como lo dijeron algunos de nuestros entrevistados, una posición que asumen frente a la intervención del gobierno: la violencia como resistencia, como una respuesta a la (s) violencias que vienen desde “arriba” (Wacquant, 2001:50).

## **2.2 Partir del conflicto: el espacio público a contrapelo**

Caminar por las calles de Tepito es un reto para el investigador que va preparado con una idea de espacio público que puede encauzarse en dos planteamientos: el primero, que evoca cierto romanticismo al considerarlo, por ejemplo, como el espacio de reunión entre los distintos, de convivencia, abierto, inclusivo y de consenso; o el segundo, que lo observa a través de una noción que alude a la crisis actual que presenta en un contexto marcado por la privatización, por la formalidad cada vez más rígida del mismo y por la constante pérdida de funciones y personas que, en conjunto, conllevan a juzgarlo como perdido (Portal, 2007). Ambas posturas se confrontan cuando la multiplicidad de actividades, usos, prácticas y personas se descubren simultáneamente en las calles del barrio.

Y es que el palpitante bullicio de vendedores, la asidua presencia de clientes, la música de los bares al aire libre, la plática de los vecinos, el circular imparable de las motonetas y el tráfico callejero de drogas, entre otras actividades que se llevan a cabo cotidianamente<sup>14</sup>, despiertan un sentimiento de incertidumbre en el investigador que, al no conocer (en el

---

<sup>14</sup> El único día que descansan los comerciantes en Tepito (formales e informales) son los martes. Visitar estos días el barrio, suscita un sentimiento muy distinto al del resto de los días de la semana. Caminar entre las estructuras de los puestos sin mercancías, la basura y la evidente ausencia de personas, ocasionan un sentimiento de inseguridad entre los ingenuos o aventurados que deciden visitar ese día el barrio. Lo anterior, es confirmado por varios de los entrevistados que me recomendaron no ir a Tepito los días martes porque es “tierra de nadie” o porque “no hay nadie que te proteja”, aludiendo que son ellos mismos –los habitantes- los que cumplen con esa labor de proteger al cliente. Y es que, como dice Jordi Borja, un lugar puede garantizar la seguridad si hay gente presente, *la mejor manera de garantizar la seguridad del espacio público es la continuidad de su uso social, es decir, la presencia de la gente* (Borja, 2003: 28).

sentido que el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua* explica en su tercera acepción “percibir el objeto como distinto de lo que no es él”) el orden propio del barrio, se precipita a tomar –nuevamente- partido por una postura maniquea: o es un espacio cuyas dinámicas ilícitas cierran el espacio público; o es ahí donde se exalta lo público en tanto que permite la convivencia de distintos agentes (compradores, turistas, vendedores, narcomenudistas, entre otros).

Empero, la comprensión del espacio público en Tepito requiere ir más allá del debate que ha caracterizado su estudio para partir precisamente del mismo argumento que las dinámicas de la calle ofrecen al investigador: su carácter polifacético. A pesar de esto, cualquiera que sea la perspectiva desde donde se quiera comprender lo que se manifiesta en el espacio, es importante advertir que no se requiere de una visión que romantice los modos de vida de los habitantes<sup>15</sup> y menos aún, que sobredimensione o reproduzca los imaginarios en torno a la problemática que se experimenta día con día: exige, por lo tanto, un estudio que cuestione las bases en las que se fundan estas problemáticas (en nuestro caso, la violencia) que se hacen visibles en el espacio público.

En ese tenor, son pertinentes las siguientes preguntas que surgen de la particularidad en la que se envuelve el espacio público en Tepito. ¿Cómo estudiamos el espacio público en Tepito? ¿Se puede comprender desde las mismas variables de análisis que parten de lo público y/o privado, abierto y/o cerrado? ¿Cómo se traduce la violencia en el espacio público? ¿Se puede hablar de la existencia de un espacio público ideal –abierto, incluyente,

---

<sup>15</sup> Una de las iniciativas que se implementó para “quitar el estigma” que pesa sobre el barrio de Tepito, fue la propuesta teatral conocida como Safari en Tepito, realizada por el actor Daniel Giménez Cacho y la creadora de esta idea, la holandesa Adelheid Roosen. Parte de la iniciativa consiste en convivir con un habitante del barrio por un tiempo determinado para que posteriormente, el actor reproduzca esta convivencia en una representación teatral –en la casa del habitante- de al menos cuatro horas. Una primera lectura sugiere un buen intento por conocer cómo viven las personas que cotidianamente se enfrenta a una realidad particular inscrita en la violencia. Empero, entre los entrevistados y una de las voces más fuertes del barrio -Armando Ramírez- que expresó su opinión en medios digitales, mostraron su inconformidad con la manera de querer “entrar al barrio”, por dos cuestiones principalmente. La primera era la ofensa a la que se sentían aludidos cuando se apelaba a un “safári”, como si ellos vivieran en una jungla o fueran salvajes y, la segunda, porque confirmaba la preferencia en otorgar recursos para proyectos culturales externos y negarlo a los jóvenes artistas de Tepito. Esto sin obviar la poca representatividad que encontraban tanto en las obras de teatro, como en la posterior serie televisiva –Crónica de castas- inspirada también, en la vida de los tepiteños. Ramírez, Armando, (2015). *S/T*, La Tranza, periódico cultural del barrio de Tepito. Obtenida el 28 de junio de 2016, de <http://www.facebook.com/LaTranzaAvanza/posts/794613307284478:0>

con calidad en la infraestructura- en Tepito? ¿Qué es el espacio público en Tepito y por qué está en disputa?

En aras de encauzar las respuestas a la condición del espacio público en Tepito, hacemos una breve reflexión en torno a las distintas propuestas que lo han abordado y que nos dan entrada para analizarlo desde una perspectiva más integral del mismo. No haremos una discusión extensa de este término porque no es menester de esta investigación generar un debate en torno al espacio público en sí mismo y además, tampoco pretendemos verlo como algo desvinculado de la violencia: al contrario, lo estudiamos en relación con otros elementos, como la ciudad, el Estado y el tiempo para aprehenderlo en la multitud de funciones que ejerce en la sociedad.

### **2.3 Desde el conflicto**

Es innegable que en las últimas décadas, el término del espacio público ha estado presente en las políticas públicas que se inscriben en las ciudades y que aluden a una buena cantidad de palabras –*recuperar, rescatar, remodelar, remozar*- para apuntar a una misma conclusión: el espacio público está perdido, fue acaparado por agentes que han hecho un mal uso y, por lo tanto, le han quitado la oportunidad a otros habitantes de la ciudad de pasear, caminar y disfrutarlo. De ahí que una multitud de programas y proyectos (peatonalización, remodelación de plazas, parques de bolsillo, fachadismo), enarboleden las intenciones de *traer de vuelta* a ese espacio que otrora fue el sinónimo de la convivencia.

Se entiende entonces que, cuando se habla de ese espacio perdido, se hace referencia al ideal de lo “público” que en algún tiempo (con precisión no sabemos cuándo) existió y permitió el afianzamiento de relaciones sociales, consensos, igualdad entre los distintos e incluso, dio cabida a la expresión ordenada de la ciudadanía. En esta imagen del espacio público, no caben, por lo tanto, aquellos que lo han dañado –mendigos, comerciantes informales, población con pocos recursos económicos, jóvenes- hasta tenerlo como se presenta actualmente.

Esta noción genera ciertas sospechas en cuanto al pasado al que evoca: el fuerte contraste que ambos escenarios –el de antes y el actual- muestran, nos sugiere que tal vez el uso de este concepto tiene distintas finalidades que no necesariamente confirman la premisa de la

que parten. Estas sospechas se verifican cuando observamos las implicaciones que estos proyectos ya han expuesto en los espacios intervenidos (llámese gentrificación, expulsión de población, aumento en los servicios básicos, homogenización de actividades, privatización de espacios, entre otros). No es muy difícil descifrar, de esta manera, que el uso del espacio público a partir de esta percepción está más asociado a los arquitectos, planificadores, urbanistas y gobiernos que lo ocupan como una ideología (Delgado, 2011) para justificar los proyectos de reconfiguración urbana, los cuales han proliferado, desde un par de décadas, en las ciudades latinoamericanas.

Por ello, preguntarse si realmente existió ese espacio público ideal que rememoran distintos agentes, no es fortuito, debido a la fuerte confrontación de esa añoranza con la situación que prevalece en estos espacios. Es posible, en el mayor de los casos, que la idea del espacio público inclusivo, heterogéneo en cuanto a la diversidad de grupos sociales que tienen ahí expresión y abierto, no se encuentre en la vida real y más bien sea, como se mencionó en el párrafo precedente, un pretexto que justifica la intervención de otros agentes a un territorio, *cabe preguntarse cuándo y dónde ha existido un espacio público urbano efectivamente inclusivo de las diferencias y desigualdades sociales* (Duhau y Giglia, 2008: 557).

En ese sentido y teniendo como premisa las preguntas que plantean los autores referidos, es que podemos reconsiderar el estudio del espacio público urbano contemporáneo, el cual muestra una clara diferencia con respecto al ideal al que se apela tanto en las políticas públicas, como en discusiones académicas<sup>16</sup>, que también han evocado este pasado en donde lo común, lo plural y lo publicito caracterizaban a lo público. Estas primeras discusiones desentrañan la distinción entre lo público y lo privado que, a pesar de ser necesaria para un primer acercamiento al tema, hoy en día son un reto para la complejidad en la que se enmarcan las ciudades latinoamericanas que dificulta el replanteamiento de referentes

---

<sup>16</sup>Diversos autores -entre los que destacan Hannah Arendt, Richard Sennet-, discutían sobre la importancia de comprender el sentido de lo público (común, plural, publicito) y su estrecha relación con lo privado (íntimo, doméstico, oculto), ya sea como contraposición, condicionante o como mutuos complementos. En este debate, también se aludía al debilitamiento de la esfera pública por un marcado predominio del individualismo generado por las propias dinámicas de las ciudades modernas (tiempo, saturación de actividades, predominio del automóvil, pérdida de expresión ciudadana, miedo) que auguraban un progresivo abandono del mismo (para una mayor profundidad sobre este debate, véase en Ramírez, 2013: 35-39). Una segunda concepción, relacionada a la ciudad industrial (Licona, 2007:155), traslada lo público al ámbito estatal y a lo privado a los intereses individuales particulares (Monnet, 2002: 132). Esta concepción está siendo replanteada para reconstruir lo público a partir de la pluralidad y diversidad de la sociedad (Rabotnikof, 2005:13).

*comunes e incluyentes* en los que se apoyaron estas concepciones clásicas (Ramírez, 2013: 43).

Esta constatación se hizo presente en las reflexiones de la segunda mitad del siglo XX en torno a las condiciones cada vez más recurrentes en los espacios públicos que mostraban un fuerte contraste con aquello que caracterizaba idealmente a lo público, *las preocupaciones contemporáneas en torno a la privatización, segregación, deterioro e incluso la desaparición de los espacios públicos sin duda está marcada por el contraste /.../ a partir de un tipo ideal, al espacio público de la ciudad moderna* (Duhau y Giglia, 2008: 51). La disparidad entre el ideal del espacio público y el estado que exteriorizaban estos en las ciudades modernas, agudizaron la polémica que vaticinaba el fin del espacio público (Sorkin, en Portal, 2007: 8).

En ese tenor, la desigualdad, diversidad, privatización de espacios típicamente públicos – parques, calles-, así como la segregación espacial, comenzaron a ser los adjetivos calificativos de las ciudades en América Latina. De ahí que el mayor desasosiego que predomina en las discusiones alrededor de la crisis o fin del espacio público, pone de manifiesto las repercusiones de estas características de la ciudad en la transformación y consecuente ruptura con el modelo de la esfera pública<sup>17</sup>.

Es posible pensar que el desacierto de ambas posturas, tenga un mismo origen: afirmar la existencia de un espacio público ideal. Hacerlo significó partir de un escenario irreal –a reserva de que se muestre lo contrario- que sirvió como parámetro para observar y ordenar normativamente- el espacio público existente. De ahí que paragonar este modelo de lo público con las condiciones que describen a la mayoría de las ciudades alrededor del mundo,

---

<sup>17</sup> El trabajo de Teresa Caldeira, *Ciudad de muros*, es un ejemplo de esta visión sobre la crisis que permea la esfera pública, tanto en Sao Paulo (lugar donde se realizó el estudio), como en muchas otras ciudades del mundo. El planteamiento de la investigación aborda las implicaciones que los enclaves fortificados, como expresión actual de la fragmentación espacial, tienen en los principios en los que se fundan las ciudades –apertura y libre circulación-. La construcción de estos enclaves buscó mantener lejos o separados a un grupo social del crimen violento que “los otros” y/o “los diferentes” representaban, para recluirse en la seguridad de estos espacios amurallados, monitoreados y vigilados. La reclusión en los hogares para protegerse del peligro externo, conllevó a un progresivo abandono de las calles y, por lo tanto, a una transformación del carácter del espacio público y la participación ciudadana en el mismo, *las transformaciones en la esfera pública de São Paulo son semejantes a los cambios que están ocurriendo en otras ciudades alrededor del mundo y expresan, por lo tanto una versión de un patrón más difundido de segregación espacial y transformación en la esfera pública.* (Caldeira, 2007: 258)

suscite una gran perturbación entre los estudiosos del espacio público que los conlleva a aseverar su pérdida, crisis y/o fin.

Lo anterior no niega la importancia de este debate, más bien, se presenta como una oportunidad - ante la dificultad de poder ubicar lo público/privado en contextos heterogéneos, segregados y desiguales- para ampliar la discusión y preguntarse precisamente desde dónde estamos partiendo para estudiarlo. Si efectivamente el espacio público está en crisis, habrá que escudriñar aquellos elementos que influyen en su estatus actual, considerar al espacio público desde otras variables, como el uso, representación y normatividad que influyen definitivamente en la definición de lo público, como lo proponen Emilio Duhau y Ángela Giglia, *comprender la crisis del espacio público implica al mismo tiempo tomar en cuenta el paso de las transformaciones normativas (jurídicas e informales), el de las transformaciones funcionales y el de las representaciones simbólicas* (2008: 51).

Analizar de este modo al espacio público –desde las transformaciones de sus usos y órdenes- y ubicarlo desde la condición que prevalece en las ciudades latinoamericanas, trae consigo un elemento insoslayable: el conflicto. La diversidad de grupos y, por lo tanto, de intereses distintos sobre un mismo territorio, genera un estado de latencia entre estos grupos sociales que puede derivar en una continua negociación o en un conflicto. (Portal, 2007: 10). A diferencia del ideal del espacio público como el lugar donde se hace presente el encuentro de la diversidad y la articulación de los intereses a favor de la construcción de propósitos comunes, aquí se alude a la dificultad que toda organización social manifiesta en la construcción de un espacio común.

La existencia de diversos agentes en un territorio no conduce necesariamente a un conflicto, tampoco sus respectivas acciones en y sobre un territorio: son los diferentes usos que cada agente expresa y que en la mayoría de las ocasiones se confrontan, *por experiencia, podemos decir que la diversidad de las acciones no viene únicamente de los actores, sino también de la multiplicidad de usos por cada actor* (Monnet, 1996:17). Estos usos se materializan en el control que se pretende ejercer en el espacio a través de múltiples instrumentos, como aquellos que aluden a su ordenamiento (físico y normativo); lo anterior implica, sobre todo, una relación social en donde una de las partes tiene mayor fuerza –económica, simbólica, política y/o social- que la otra.

La incertidumbre que las categorías público/privado suscitaron, no sólo hizo imprescindible señalar la prevalencia en el espacio de distintas relaciones sociales, sino también la reconfiguración del papel del Estado y la ciudadanía<sup>18</sup> y, por lo tanto, de los espacios en los que tradicionalmente eran asociados, los cuales mostraban un acentuado declive que atañía no sólo a los cambios de prácticas que ahí tenían lugar, sino también a las significaciones. Por ejemplo, las plazas que habían sido el eje desde el cual se partía para definir el crecimiento de una ciudad, ahora exhibían un deterioro y un progresivo abandono que sirvió para la apropiación de otro grupo de población.

La discusión se ha vuelto más compleja y parece casi inasible comprender todas las variables que son indispensables para leer al espacio en la actualidad. Y es que más que redefinir los límites físicos y simbólicos del mismo o de ubicar a los agentes que se disputan por su apropiación, necesitamos leer a contrapelo lo que el espacio público (o más bien, los espacios públicos, considerados desde su pluralidad y heterogeneidad) está visibilizando sobre la realidad urbana, esto es, la segregación y desigualdad social, económica, política y cultural (Ramírez, 2013: 44) que se traduce en la conflictividad por la definición, materialización, usos y funciones del espacio público, las cuales habrán de adquirir sentido en circunstancias específicas.

De esa guisa, consideramos que la definición de Fernando Carrión posibilita comprender al espacio público con base en la realidad urbana, trascendiendo las barreras espaciales en la que usualmente se enclaustra a lo público y, sobre todo, lo dota de un carácter histórico que permite comprender sus transformaciones –físicas y simbólicas- en el tiempo, *en ese sentido, el espacio público no se agota, no está asociado únicamente a lo físico-espacial /.../ es, más bien, un ámbito contenedor de la conflictividad social, que contiene distintas significaciones dependiendo de la coyuntura y de la ciudad de que se trate* (Carrión, 2007:80-81).

Así, ubicar al espacio público en relación con la ciudad (no todas las ciudades presentan las mismas condiciones) y, por lo tanto, con el tiempo (las funciones y los usos del espacio público no permanecen estáticas), es la manera en la que daremos cuenta de la conflictividad

---

<sup>18</sup> Habría que especificar que la crítica en la forma tradicional de estudiar al espacio público, se inscribe en una sociedad que comienza a resentir el paso hacia un nuevo orden económico: el neoliberalismo, cuyas implicaciones alcanzarían inexorablemente a las ciudades del siglo XX en cuanto a la manera de concebirla, construirla y significarla.

que presenta hoy en día Tepito, la cual expone las distintas significaciones, tanto internas como externas, que generalmente se asocian a los usos que tienen lugar en el barrio y que no corresponde al “uso correcto” que el gobierno demanda. La lucha por la defensa de sus prácticas en el espacio público por parte de los tepiteños y los intereses que tanto autoridades como agentes privados han vertido en la primera década del siglo XXI sobre Tepito (por su centralidad), han generado intervenciones violentas que encuentran su correlato en la respuesta de los habitantes.

La lectura entonces, del conflicto que actualmente se experimenta en Tepito, no sólo atiende a la incompatibilidad de los órdenes –desórdenes<sup>19</sup>- en el espacio (Duhau y Giglia, 2008: 191), sino también a los intereses que su condición de centralidad representa para los agentes externos (privados). Por eso, la problemática de la oposición entre los distintos usos del espacio público en Tepito, se entiende a la luz del valor que los espacios centrales han adquirido en las últimas cuatro décadas, el cual explicaremos más adelante. Basta ahora decir que, ambos elementos –usos y centralidad-, son los que han generado una violencia externa entre los habitantes de Tepito y la autoridad, la cual se hace presente en la calle<sup>20</sup>, como escenario de la sociabilización del conflicto (Rojas, 2007: 24). En ese sentido, el conflicto que surge entre la oposición de usos del espacio en Tepito está asociada, en un primer momento, al tipo de actividades comerciales que tiende a ser dominado por el comercio informal y el narcomenudeo.

No existen cifras oficiales<sup>21</sup> que ofrezcan datos fidedignos sobre el número de comerciantes informales, ni de las ganancias económicas de por medio. Se sabe que predomina la venta de

---

<sup>19</sup> Es posible afirmar que el “desorden” que prevalece en Tepito, como producto del hacinamiento en sus viviendas y del crecimiento desmedido del comercio informal en la calle, sea una respuesta, a la ausencia del orden formal, como mencionan Emilio Duhau y Ángela Giglia, *en buena medida, los conflictos por el espacio pueden ser leídos como el resultado de la ausencia generalizada del orden formal, pero también de la incompatibilidad entre des-órdenes diferentes* (2008:191).

<sup>20</sup> Haciendo referencia a la condición histórica del espacio público, como lo vimos en el primer capítulo, el cambio de los referentes de “lo público” en el barrio pasó de ubicarlo en los patios de las vecindades, mercados y calle, a ésta última exclusivamente. Lo anterior, debido a la transformación de la vivienda tradicional – vecindades- a unidades habitacionales, las cuales no contemplaron al patio como lugar de sociabilidad, eliminando ese referente que aún persiste en las narrativas de los habitantes. Asimismo, la expansión del mercado a las calles del barrio, borró las fronteras entre uno y otro, siendo el primero parte insoslayable del segundo.

<sup>21</sup> La única cifra que encontramos proviene de un artículo que cita a la PGR como fuente oficial que apunta que en el Distrito Federal se concentra más del 70% de la piratería a nivel nacional, siendo Tepito la principal fuente de abasto. CNN, México (2012). Tepito, un barrio de la Ciudad de México que se resiste a la autoridad. Obtenida

mercancía ilegal, como películas, perfumes, relojes, discos y libros (la mayoría proveniente de China), ropa y artículos de segunda mano (muebles, antigüedades), además de comida (para el abasto de los mismos comerciantes), pero no hay ningún registro exacto de la misma. Por los recorridos que realizamos durante el trabajo de campo, podemos señalar dos puntos con respecto a este tema: el primero es que el comercio informal no se extiende en todas las calles del barrio, algunas contienen más puestos que otras e incluso, unas calles (o cuabras) están libres de comercio ambulante (por ejemplo, las últimas dos cuabras de Tenochtitlán o Comonfort). El segundo punto a remarcar es que no es el mismo tipo de mercancías las que se ofrecen en cada puesto, ni tampoco cada puesto mantiene la misma vocación durante el día y la noche.<sup>22</sup>

Y es que el comercio informal en Tepito es una práctica arraigada al barrio que denota tiempo y organización que, como en el caso del Centro Histórico, también ha llegado a especializarse entre sus calles. Por ejemplo, en Jesús Carranza predomina la venta de películas y discos piratas; Tenochtitlán es conocida como “la farmacia” por la venta de medicamentos y productos psicotrópicos, además de vigorizantes sexuales; en la cerrada de Matamoros se concentran los saldos de mercancías originales, pero a bajo costo; mientras que en Toltecas, predomina la comercialización de relojes clonados provenientes de China.<sup>23</sup>

---

el 3 de julio 2016, de <http://expansion.mx/nacional/2012/06/29/tepito-un-barrio-de-la-ciudad-de-mexico-que-se-resiste-a-la-autoridad>

<sup>22</sup> Este punto nos pareció muy interesante porque refiere al carácter multifacético que también puede tener el comercio callejero que influye directamente en la temporalidad del espacio público. En la calle de Jesús Carranza, conocida por ser una de las más peligrosas del barrio en el día, en la noche se convierte en punto de reunión para los vecinos de Tepito, pues algunos ocupan los puestos que de día tienen otro giro, para la venta de alimentos. Mientras que las primeras dos cuabras de Tenochtitlán con afluencia de personas en el día, en la noche se convierte en escenario de las persecuciones entre la policía y delincuentes (Joaquín, comerciante, 64 años).

<sup>23</sup> Hay muchos temas que merecen ser tratados con más detalle, pero no todos son pertinentes para esta investigación. No obstante, el tema de “los chinos” en el barrio, nos llama la atención por dos cuestiones: la primera, es que se piensa que por ellos, el comercio tradicional de Tepito terminó por desaparecer, y la segunda, por la supuesta aversión que los chinos han ocasionado entre la gente del barrio. Sobre el primer punto, habría que aclarar que el comercio tradicional ya mostraba barruntes de su ocaso desde la entrada de la fayuca, es decir, que no fue la mercancía china la que acabó con el comercio tradicional de Tepito (peleterías), éste ya había comenzado a desaparecer. En lo que respecta al segundo punto, hay dos posturas que pudimos leer en las narrativas de los entrevistados: la primera admite un conflicto entre los chinos y los tepiteños, pero lo relacionan a la entrada de los chinos en la mafia del barrio (no es contra ellos directamente, es el precio que cualquiera puede pagar por involucrarse en la mafia); la segunda tiene que ver con un cierto reconocimiento al resurgimiento del auge comercial del barrio con la entrada masiva de la mercancía china. Además, algunos comerciantes comentaron que no fue fortuito que los chinos llegaran a Tepito a vender su mercancía: fueron los tepiteños los primeros en ir a China y esto despertó interés en el barrio, por el volumen de artículos que los tepiteños adquirirían en este país (Alejandro, 51 años, entrevistado en diciembre de 2015).

Esta especialización nos habla, entre otras cosas, de un alto desarrollo del comercio informal, pero principalmente confirma que para llegar a ese punto, requirió de tiempo, es decir, que no se trata de un fenómeno nuevo en Tepito, ni de una práctica reciente para sus habitantes quienes además, reconocieron al comercio como parte insoslayable de la cultura del barrio. Lo anterior no admite una ciega simpatía por el mismo: la mayoría de nuestros entrevistados, mencionó que el crecimiento desmedido del comercio informal en las calles de Tepito, había fracturado la sociabilidad entre los vecinos y asimismo, había restado espacio para el juego de los niños y jóvenes.

No obstante, la tradición comercial de Tepito es casi inherente a los comienzos de su propia historia, como también lo es el rechazo del gobierno a este comercio que, en ciertos momentos, ha tenido un papel ambivalente con respecto a éste: en ocasiones se vuelca hacia su negación y en otras, a la negociación. Como se vio en el primer capítulo, la negación del tipo de prácticas comerciales en Tepito se ha manifestado en puntuales intervenciones gubernamentales (de magnitudes distintas) que no sólo aludían a la mala imagen que reflejaba para la ciudad (suciedad, riesgo sanitario), sino también al crecimiento exacerbado del comercio que comenzaba a ser incontenible (creación de mercados durante la regencia de Uruchurtu) y a la ilegalidad de la mercancía ofertada (contrabando, pirata).

Empero, estas intervenciones enfocadas al ordenamiento de las calles y al comercio (y no a la atención de las condiciones que lo sostenían), no consideraron que éste ya era una práctica bien arraigada al consumo de los grupos más pobres quienes, en el calor de una relación comercial, también comenzaron a establecer lazos sociales en un espacio físico *nadie se preocupa formalmente de considerarlo primero* –al comercio informal- *como una forma urbana esencial de la sociabilidad y de la espacialidad mexicanas* (Monnet, 1996: 17). Este hecho que podría justificar el fracaso de estas políticas y por lo tanto, la búsqueda de nuevas estrategias, significó una oportunidad para las autoridades en una forma particular de acción: la negociación, la cual comenzó con el corporativismo en la década de los cuarenta.

Esta negociación prevaleció con el auge fayuquero, como lo hablamos en el primer capítulo, pero lo retomamos para ejemplificar la ambivalencia del papel de la autoridad en el barrio, pues en vez de impedir la comercialización de esta mercancía de contrabando (motivo de intervenciones posteriores), permitió su entrada e incluso, fungió como uno de los agentes

que determinó la bonanza de este fenómeno, *lo que resulta significativo en el caso de México, es que a menudo la autoridad no actúa en favor de un principio de orden público /.../ es decir que resuelve al ambivalencia en contraste con los principios que debería defender...* (Duhau y Giglia, 2008: 508-509).

La caída de la fayuca y la búsqueda del equivalente de ganancias en otras actividades, como el narcomenudeo y la venta de mercancía pirata a bajos precios, dieron cabida al aumento del comercio informal en las calles del barrio<sup>24</sup>: la oferta era amplia y la demanda era considerable. Parece entonces, que la confrontación que se suscitaba por esta práctica contraria a la “deseada”, continuaba en un estado de negociación que otorgaba un cese a la intervención del gobierno en el barrio. De esa guisa, mientras algunos imputaban la responsabilidad de este crecimiento a la falta de atención y/o de alternativas por parte del gobierno, otros veían una acción mucha más activa de éste en el asunto, la cual se visibilizó en la coparticipación de las ganancias obtenidas de estas actividades (cuotas por permanecer en la vía pública).

Sin embargo, el raudo aumento del comercio informal y su posterior negación, no son hechos aislados en Tepito: es resultado de la entrada del neoliberalismo como nuevo modelo económico a nivel mundial que ha dejado impactos marcados en la precarización del mercado laboral del que depende la población de escasos y medianos recursos. Esta precarización es ostensible en las menores oportunidades de empleo, descenso de salarios y menores prestaciones a los trabajadores que optan por el comercio informal como un medio de subsistencia que asegure el día a día.

Las implicaciones del mercado laboral sólo fueron un ápice de la injerencia del neoliberalismo en la sociedad: la crisis económica y política de los años ochenta, propició un cambio en el Estado en cuanto a su tamaño, atribuciones y flexibilidad con respecto a la entrada de nuevos actores. Se pasó en ese sentido, de un modelo de acumulación fordista-

---

<sup>24</sup> La expansión del comercio informal es tomado, por algunos autores, como una forma de privatización (desde abajo) del espacio público, *la privatización desde abajo, resultante de la explosión de la informalidad urbana, que se afianza cada vez más como componente central de la reproducción de las clases trabajadoras y, desde luego, como componente central de la gobernabilidad y la gestión urbanas* (Duhau, 2008: 209). Esta privatización rompe con la idea del libre tránsito como característica del espacio público, pero asume funciones para los que hacen uso de este espacio no sólo para las relaciones comerciales que ahí tienen lugar, sino por la sociabilidad que ésta entraña.

keynesiano a un régimen de acumulación flexible (Lungo, 2005), más orientado a una economía local que al territorio en su totalidad. Así, el cambio en la orientación del mercado –de industria a producción de bienes y servicios-, señalaba un interés en el desarrollo de economías locales, sectoriales, que se adecuaran a las condiciones económicas y políticas de la nueva dinámica mundial.

Las herramientas pensadas para el desarrollo de esta economía eran –y son- las ciudades. Se trataba entonces, de convertirlas en ciudades competitivas y conectadas que pudieran responder a las dinámicas globales a través del desarrollo tecnológico, económico, político y social necesario para perfilar en esta nueva realidad. La idea contemplaba la refuncionalización de los espacios públicos y privados que concentraran las principales actividades financieras, comerciales y de servicios (Cruz, 2006), para la atracción de flujos de capitales que permitieran hacer una metrópoli competitiva a nivel mundial.

No se trataba de cualquier espacio: la reorientación del desarrollo urbano puso énfasis en los espacios centrales -o la ciudad central-<sup>25</sup>por las enormes ventajas que su centralidad<sup>26</sup> representaba para la idea de ciudad que estaba en juego. Y es que el tipo de actividades comerciales y los servicios con los que contaban estos espacios, además de su conectividad con el resto de la ciudad, eran razones suficientes para hacerlo atractivos y dignos de intervenciones postreras. Esta constatación nos permite confirmar que, en esta reorientación, el espacio urbano mostraría una jerarquización, siendo la centralidad uno de los parámetros para determinar la importancia de éste, pero también, como presagio catastrófico, su razón de disputa, *los espacios públicos son de diversa índole y tienen distinta escala /.../, funcionalidad (centralidad urbana, histórica), tecnológica (TIC), siendo el más importante*

---

<sup>25</sup> Se entiende por ciudad central a las cuatro delegaciones centrales: Cuauhtémoc, Venustiano Carranza, Benito Juárez y Miguel Hidalgo, las cuales mostraban un alto grado de concentración de la población, servicios públicos y fuentes de empleo en comparación con el resto de la ciudad. Habría que precisar que el interés por los espacios de centralidad, no se expresó de la misma manera en cada uno.

<sup>26</sup> La centralidad, en sus múltiples funciones, concentra actividades comerciales y servicios, puestos de trabajo, vialidades y medios de transporte, usos y densidades de suelo heterogéneos, expresiones culturales, socialización y sociabilidad urbana y, dado que se apela al centro de la ciudad, también contempla el valor histórico del espacio construido (Coulomb, 2012). La centralidad no corresponde necesariamente a una localización geográfica, sino a las funciones que recién entraña; sin embargo, sí parte de una referencia espacial que comprende el crecimiento de la ciudad en relación con su centro.

*la centralidad urbana, porque contienen la mayor escala, la mayor funcionalidad, la mayor población y la mayor conflictividad (Carrión, 2007: 93).*

La conflictividad no surge por los espacios en sí mismos: el conflicto se genera, en todo caso, por la multitud de agentes e intereses distintos que luchan por el beneficio que las funciones de estos espacios entrañan. Ergo: no se deduce que el conflicto no se haya presentado con anterioridad en estos, pero la fuerza que exhiben hoy en día resulta de la marcada contradicción de intereses: mientras unos defienden la permanencia en estos (población residente), otros buscan su aprovechamiento para la maximización de ganancias (sector privado). De ahí que la noción de espacio público como punto neutral, no sea empíricamente viable si la pensamos como el espacio donde la pluralidad y heterogeneidad no encuentran desavenencias en su andar.

En ese sentido, el retorno a la ciudad construida (Coulomb, 2012, 17) se hizo más evidente con los proyectos llevados a cabo en el Centro Histórico de la Ciudad de México a principios del siglo XXI, como se mencionó en el primer capítulo, el cual ya había sido objetivo de distintas políticas habitacionales, primordialmente, pero su falta de articulación y visión integral de la problemática de despoblamiento y pérdida de concentración de actividades económicas que venía presentando desde los años sesenta,<sup>27</sup> provocaron un impacto menor. Es posible afirmar así, que la notoriedad que adquirieron las acciones puntuales en el centro de la ciudad, se debiera a la contundencia de las medidas implementadas a partir de la reorientación del desarrollo urbano que, además, en el caso del centro, destacaba por la

---

<sup>27</sup> Esta disminución de población no fue fortuita: a partir de los años sesenta, se ponen en marcha una serie de políticas que frenaban la expansión de la ciudad a través de la restricción habitacional e industrial. Lo anterior contribuyó al encarecimiento de la ciudad central y, por lo tanto, a un proceso de expulsión de los agentes con menores ingresos que iban en búsqueda del acceso al suelo urbano. En ese tenor, se llevó a cabo un proceso de desconcentración de comercios, servicios y población, provocando su expansión hacia el sur y sureste del Distrito Federal y hacia el norte, con los límites del Estado de México (Esquivel, 1997). La década de los ochenta confirma este cambio en la dinámica demográfica de la Ciudad de México, sobre todo en la zona central que pasó de concentrar la mayor parte de la población a expulsarla.

Las tasas de crecimiento de población de las delegaciones centrales respaldan esta dinámica: la población de la delegación Cuauhtémoc decreció, de 1980 a 1990, -3.2% anual; por su parte, la delegación Miguel Hidalgo señala una tasa de crecimiento negativa de -2.9% en el mismo periodo, situación que presenta también la Venustiano Carranza. Estos datos nos hablan de una pérdida de población acaecida en la Ciudad Central, que de 1970 a 1990 alcanzó a casi un millón de habitantes (972,702), registrando tasas de crecimiento negativas para las delegaciones en cuestión.

importancia de su patrimonio cultural y su restauración para el impulso de una incipiente industria turística.

Y es que la preservación del patrimonio cultural del centro histórico, traía consigo la prohibición de las prácticas que, de acuerdo con esta concepción, lo habían deteriorado. Una de estas era el comercio informal en el espacio público, con una fuerte presencia en el centro histórico y con una asidua clientela formada, principalmente, por la población con menos ingresos que accedía a este mercado por el bajo precio de las mercancías. No obstante, la prohibición no estaba acotada al comercio en sí mismo, sino a la informalidad, lo cual dejaba abierta la posibilidad de explotar el mismo espacio pero por otro tipo de actividades que en conjunto, apelaban a la formalidad.

En realidad, el comercio informal constituía aquello que ya no tenía cabida en la nueva idea del centro y mucho menos al tipo de comercio que permitiría el desarrollo económico de este espacio; de ahí que la informalidad fuera objeto de múltiples formas de exclusión, ya sea directa –remoción del espacio público- o indirecta –estigmatización por parte de los medios de comunicación, entre otros agentes. A pesar de este panorama, el comercio informal prosiguió en las calles del centro, sin la misma intensidad, ni en la misma modalidad y en otros espacios menos rentables, pero se mantuvo en el centro por la misma razón que el comercio formal tendría: explotar los beneficios de la centralidad (Monnet, 1996:16).

La resonancia de estas medidas en Tepito se hicieron evidentes con las intervenciones del gobierno en el barrio: de pasar a la negociación en el momento más álgido del comercio informal –en el fenómeno de la fayuca-, se pasó a una abierta prohibición al comercio informal y al narcomenudeo que derivó en decomisos, expropiaciones y retiro de ambulantes sobre el Eje 1, el cual constituye la puerta de entrada a Tepito y el lugar que más ventas registra, de acuerdo con el testimonio de nuestros entrevistados. El tránsito de la negociación a la prohibición del comercio informal llama la atención porque desde los primeros barruntes de crecimiento, como se mencionó párrafos atrás, fue una práctica que estableció una relación entre el gobierno y los líderes comerciantes, quienes pagaban al gobierno el derecho de sus

agremiados a “vender lo ilegal”<sup>28</sup> (para un estudio detallado sobre la informalidad y los grupos políticos en Tepito, véase en Castro, 1990).

Estas intervenciones del gobierno, fueron realizadas de manera continua desde el año 2000, año que coincide con las políticas enfocadas al desarrollo inmobiliario de las áreas centrales y, en el caso del Centro, con la prohibición del comercio informal. En el año 2000, por ejemplo, la PGJDF intentó decomisar mercancía robada en la calle de Díaz de León, teniendo un total de 225 policías, 250 granaderos y 35 agentes del Ministerio Público que ocasionaron un enfrentamiento por más de 10 horas entre estos y los locatarios y habitantes de Tepito (La Jornada, obtenida de: <http://www.jornada.unam.mx/2000/11/17/034n1cap.html>). En este evento, sorprendió el despliegue de la policía para restablecer el orden, pues se habla de hasta 600 patrullas que ingresaron al barrio para cumplir esa misión.

En el año 2001, luego de un operativo para decomisar mercancía pirata y de la detención de la lideresa del comercio ambulante María Rosete, se originó una confrontación entre los locatarios y todo el repertorio policiaco del gobierno -policías judiciales, preventivos (la entonces PFP), granaderos, policía montada- que derivó en la muerte de un chico de 16 años, hecho que enardeció a los habitantes del barrio. (La Jornada, obtenida <http://www.jornada.unam.mx/2001/03/25/033n1cap.html>). Durante estos acontecimientos, los comerciantes mencionaron que los constantes operativos en el barrio, ocasionaban grandes pérdidas económicas en sus ventas y, de continuar con ese actuar deliberado, terminarían por desaparecer al barrio.

En 2002, la intromisión de 70 agentes de la entonces AFI (Agencia Federal de Investigación), tuvo por respuesta un recibimiento a pedradas por parte de los comerciantes de Tepito quienes impidieron el decomiso de discos y otros productos piratas. La continuidad de la intromisión de la policía, resultó en el bloqueo del Eje 1 para manifestar la inconformidad por estos operativos (La Jornada, <http://www.jornada.unam.mx/2003/08/29/036n3cap.php?printver=1&fly=>). Un año

---

<sup>28</sup> Las categorías de lo informal/formal no estaban presentes en las narrativas de nuestros entrevistados. La mayoría de ellos era comerciantes, generalmente de mercancía pirata (ropa, discos, perfumes, maquillaje), pero no hicieron referencia a su actividad como “informal” pues en cierto sentido, el consentimiento que tienen de la autoridad a través del pago que realizan, los dota de una legalidad.

después, se presentó uno de los enfrentamientos con el mayor número de implicados, sobre todo de distintos órdenes policiales (se habla de aproximadamente 2000 efectivos) que se vieron inmiscuidos en otro decomiso de productos piratas. La confiscación no pasó en vano para los habitantes: más de 200 habitantes del barrio –en su mayoría jóvenes- encararon a la policía por más de cinco horas; el resultado tuvo un total de 35 detenidos. (La Jornada, <http://www.jornada.unam.mx/2003/08/29/036n3cap.php?printver=1&fly=>).

En los siguientes años, los operativos continuaron en el barrio, pero fue hasta el año 2007 que las sospechas de los habitantes sobre las intenciones del gobierno por terminar con el barrio, se hicieron realidad con el anuncio del programa “Tepito es mi barrio”, luego de la expropiación del predio de Tenochtitlán 40 y del cual se ahondó en el capítulo anterior. Este programa hacía referencia a las acciones que el gobierno del Distrito Federal echaría a andar en el barrio, siendo el tema de la “inversión” en la zona uno de los que más resonancia tuvo, debido a que fungiría como opción para emplear a los jóvenes de Tepito y de esta manera, evitar que se unieran a la delincuencia.

La inversión no era necesariamente pública: entre los asistentes al acto que inauguraba este anuncio, se encontraban los empresarios de las compañías de Comex, RadioShack, Samsung y Grupo Martí a los que el gobierno a cargo de Marcelo Ebrard invitó a participar en el barrio. Para lograrlo, se consideraría el tema de la seguridad y la libre circulación de las mercancías en la vía pública; ambos temas serían revisados y garantizados por el gobierno (La Jornada, <http://www.jornada.unam.mx/2007/03/15/index.php?section=capital&article=043n1cap>).

La consolidación de la inversión privada -sinónimo de la formalidad- y su consecuente crecimiento en el barrio, era la fórmula que permitiría la progresiva retirada de la informalidad en las calles de Tepito.

El plan, a pesar de lo atractivo que resultaba para los inversionistas por el valor del suelo en Tepito y la centralidad del mismo, no prosperó. Luego del anuncio del programa para incentivar la inversión privada, los comerciantes y habitantes del barrio convocaron a una marcha que confirmaba su postura: evitar la entrada del capital privado nacional e internacional a Tepito. En esta marcha, se exigía la dimisión de las expropiaciones y operativos en el barrio, lo cual se tradujo en el cese de la privatización de Tepito y en su

ofrecimiento a empresarios (La Jornada, <http://www.jornada.unam.mx/2007/03/23/index.php?section=capital&article=042n1cap>).

De esa manera, la disputa entre la intervención del gobierno y su propuesta de incentivar el comercio formal vía la inversión privada, expuso la verdadera causa del conflicto: la centralidad de Tepito. Y es que los beneficios que engloba la centralidad de Tepito se asocian, principalmente, a las ganancias de localización (Bourdieu 1999: 122) que se analizan a partir de las rentas, esto es, al hecho de localizarse en donde los bienes –accesibilidad, poder de atracción y heterogeneidad (Coulomb, 2002) – son abundantes, mientras que en otra parte de la ciudad son escasos y por lo tanto, codiciables.<sup>29</sup>

Por ello, es posible mencionar que la violencia –entendida como una relación social en conflicto- que actualmente se vive en el barrio, se comprende, por una parte, como la respuesta que los habitantes de Tepito dan a las intervenciones del gobierno -por medio de operativos y decomisos de mercancías consideradas como ilegales-. Lo anterior también se puede confirmar con el trabajo de campo que realizamos, pues los testimonios de algunos entrevistados, hacían una clara referencia a la violencia como una forma de resistir a la intromisión del gobierno (Joaquín, 64 años, comerciante, entrevistado en diciembre de 2015), la cual solía ser en la mayoría de las ocasiones –como en la expropiación del predio de Tenochtitlán 40-, arbitraria.

Esta resistencia es también una manera de reivindicar su derecho a permanecer en el barrio o de luchar porque éste no desaparezca, *el papel de la movilización en el barrio que se expresa a través de la resistencia y de la politización de sus habitantes, parece ser una respuesta a la amenaza de desaparición del barrio* (Gülçin, 2017:155, Traducción propia). Esto implica el derecho a permanecer en Tepito, entendido desde su relación con la ciudad y en su condición de centralidad, tanto por las ganancias de localización –entre otras- de las

---

<sup>29</sup> Tepito tiene una gran conectividad en lo que respecta a los medios de transporte: además de la estación del metro Tepito de la línea B (y otras estaciones de líneas distintas que se encuentran localizadas a la proximidad de este espacio), existen alrededor de 24 líneas de transporte (entre microbuses y RTP) que en algún punto de sus rutas, pasan por Tepito. Asimismo, la centralidad del barrio que sí responde a las áreas urbanas de la Ciudad de México, le permite tener una alta visibilidad –poder atracción- no sólo histórica, sino también por su cercanía con el Centro Histórico, del cual sólo lo separa el Eje 1. Con respecto a la heterogeneidad, ésta no sólo responde a los usos y densidades del suelo –uso habitacional y comercial predominante en el barrio-, sino también a los niveles socioeconómicos de sus habitantes (Coulomb, 2012).

que se benefician los comerciantes y habitantes, como por las relaciones sociales que cotidianamente se establecen ahí.

De esa manera, se arguye que la violencia que entraña la conflictividad entre el gobierno y los habitantes de Tepito a través de un efecto de acción-reacción, es la que se visibiliza en su espacio público que no cesa de mostrar esta constante tensión que en él permanece (Nivón, 1989:40) por causa de factores externos que usualmente, involucran la acción del gobierno en el barrio. De ahí que la violencia la hayamos tomado como aquella de viene “desde arriba” y no desde los datos que distintos medios de comunicación podrían darnos, los cuales sólo nos permitirían reproducir, sin problematizar, la problemática de la violencia en Tepito.

Sin embargo, no obviamos la incorporación de la violencia en la vida cotidiana de sus habitantes y la manera en la que influye en la apropiación y significación de su espacio. Al respecto, hablaremos en el capítulo siguiente, en donde la violencia que se vive día a día, también responde directamente a la acción (omisión) del Estado en lo que respecta al abandono económico (rechazo laboral, trabajos formales mal pagados y sin seguridad social, entre otros) que desde sus inicios, ha marcado la historia de Tepito y que hoy en día tiene su expresión más clara en el narcomenudeo, el cual funge como una de las únicas opciones de empleo que los jóvenes encuentran en el barrio.

### 3. Narrativas de la violencia en el barrio de Tepito

*...tengo un miedo terrible y aumenta cuando vienen a mi  
recuerdos de las platicas de los viejos, hablando de sus tiempos,  
de sus leyendas, al jinete sin cabeza, el policia sin cabeza y a la llorona,  
cuentan que a la media noche se oyen sus lamentos por sus hijos...*

*Chin Chin El Teporocho, Armando Ramírez*

Es innegable que el bajo precio y la variedad de mercancías que se ofrecen en Tepito, resulta una verdad de Perogrullo que seduce a los que habitan en esta ciudad y quizá en otras partes del país y del mundo. Además, el mito que se ha generado en torno al mismo y que alude tanto a su mala fama como a una cultura particular de sus habitantes, son elementos que también generaron en mí, cierta atracción por visitar este territorio. Así, antes de mostrar un interés genuinamente académico por este espacio, acudí al barrio dos años atrás para vivir “personalmente” la experiencia de recorrerlo, comprobar el dicho “en Tepito encuentras de todo” y, de seguir las recomendaciones de conocidos, salir ilesa del barrio.

En esa ocasión, los vendedores ubicados en las escaleras de la salida del metro, vaticinaban el inicio de un comercio de magnitudes superiores que se confirmó con los primeros pasos que di en el Eje 1 Norte, puerta y columna vertebral de Tepito. La gran afluencia de personas que tan sólo se observaban en este eje, generaron las primeras inquietudes en mí, debido al contraste que marcaban con la relación que previamente había establecido entre la violencia y el espacio público. En ese sentido, me pregunté ¿cómo es que un espacio fuertemente estigmatizado alberga a tan gran número de personas? ¿No es la violencia uno de los elementos que reduce la experiencia en la ciudad al cerrar simbólica y materialmente espacios enteros? Si lo es, ¿por qué la violencia no ha evitado que la gente siga yendo al barrio?

Con un bagaje no muy exhaustivo sobre el espacio público y luego de otras visitas a Tepito, comencé a plantear posibles preguntas de investigación que pudieran guiar las inquietudes que este territorio me generaba. Parecía que, a diferencia de otras partes de la metrópoli en donde los altos índices delictivos han provocado el cierre de algunas calles o el blindaje de casas a fin de eludir el peligro que constituye lo externo, en Tepito no sucedía lo mismo: las puertas que dan entrada a las vecindades que sobreviven y a las unidades habitacionales de

reciente construcción, no parecían reproducir el mismo modelo de “acorazamiento” que otros lugares sí presentan: pocas ventanas y puertas contaban con protección y en general, estas últimas no se encontraban cerradas.

Por su parte, las personas confirmaban la intensidad del uso del espacio público –hoy reconocido en las calles- que, a primera vista, parecía responder a las fuertes dinámicas económicas locales –mas no propias de Tepito- identificadas con el visible comercio informal que yace sobre las aceras y, en algunas partes, sobre el propio tránsito vehicular que terminó convertido, involuntariamente, en enormes fragmentos semipeatonales. En ese tenor, el comercio daba barruntos de ser el sostén de este espacio y el motivo primordial de la asistencia cotidiana de las personas a Tepito.

Con base en las primeras observaciones en Tepito y aunado a las primeras preguntas de investigación, propuse un proyecto inicial titulado “Habitar el espacio público: narrativas<sup>30</sup> de la violencia en el barrio de Tepito”, cuyo objetivo era dar cuenta de cómo la violencia, en tanto su condición de formativa (Feldman, en Rodgers, 2004: 6) fungía como un elemento que ahorma la percepción de las personas tanto en la manera en la que interactúan socialmente, como en el espacio físico. Cabe aclarar que mi propósito era distanciarme de la información de los medios de comunicación sobre Tepito y adentrarme en el barrio para darle voz a aquellos que experimentan cotidianamente la violencia, es decir, a sus habitantes, desde su propio contexto.

Al comenzar el trabajo de campo, iba con una romántica visión sobre el barrio y las formas de solidaridad que históricamente lo han caracterizado, las cuales serían una previa respuesta a mis inquietudes sobre el por qué, a pesar de la álgida violencia de la que hablan en los medios de comunicación, las calles en Tepito seguían siendo tan recorridas. Consideré así,

---

<sup>30</sup> A manera de paráfrasis, escogí el término de *narrativas de la violencia* para dar cuenta de cómo la violencia influía determinadamente tanto en la vida de las personas, como en la manera en la que éstas se apropiaban de su territorio. Ocupar este recurso me permitiría mostrar, como dice Caldeira, *cómo las narrativas de crímenes* –en su caso- *recuentan experiencias de violencia y al hacerlo reorganizan y dan nuevo significado no sólo a las experiencias individuales, sino también en el contexto social en el que ocurren* (Caldeira, 2007: 34). No ocupé el término de crimen porque según el trabajo de campo, comprendimos que la violencia no se supeditaba a la comisión de crímenes; en todo caso, ampliamos lo que entendimos por violencia para hablar tanto de crímenes, como de la acción/omisión del Estado.

que mi investigación daría cuenta de esta solidaridad que mantiene al barrio y por lo tanto, generé una metodología que me permitiría abordar el tema adecuadamente.

El diseño del trabajo de campo consistió entonces, en la realización de aproximadamente 14 entrevistas semiestructuradas, divididas en tres ejes temáticos: el barrio de Tepito y la calle de Tenochtitlán, la inseguridad y el espacio público; estos temas –vistos separadamente– contaban con un aproximado de seis a diez preguntas. Asimismo, se contempló el uso de mapas mentales para la identificación de los espacios públicos que los habitantes y comerciantes frecuentaran y/o aquellos lugares que reconocieran como inseguros o por los que no solieran pasar por cuestiones de seguridad, entre otros aspectos.

El trabajo de campo, no obstante, cambió la idea que tenía sobre la violencia en el barrio. En primer lugar había cometido el error de dar por cierta la existencia de una sola violencia en Tepito, lo cual no me distanciaba en ningún sentido de la información vertida en los medios de comunicación, al contrario, partía de su certeza para contrastarla con las experiencias de sus habitantes. En segundo lugar, la etnografía que emprendí se tradujo en los primeros reportes de investigación de manera sensacionalista, dando detalles y datos que seguían reproduciendo el discurso de la violencia en Tepito a partir de las observaciones y miedos a título personal que se suscitaban en este espacio.

El contraste entre la metodología que traté de emplear y la realidad, nos dio como primeros resultados que aquel ideal de solidaridad que automáticamente se dio por verdadero al hablar de Tepito, no era cierto o al menos, no en su totalidad: al contrario, había fuertes referencias a una desintegración social y a un miedo atribuido a los “otros” (aún entre los mismos habitantes de Tepito) que habían ocasionado el deterioro del barrio. Asimismo, me confronté con que la violencia no se entendía sólo como yo la estaba tratando (por delitos, por hechos vistos aisladamente), sino que había más agentes involucrados –como el gobierno–, al cual no se había considerado directamente. Sin embargo, lo que posiblemente provocó una pérdida de dirección en la investigación, fue el hecho de que los entrevistados no querían hablar de la violencia, no por medio de la metodología propuesta.

Consciente de esta situación, fue indispensable comprender que, como lo menciona el antropólogo Denis Rodgers, cualquier proyecto previo al trabajo de campo, está sujeto a modificaciones que resultan de la experiencia etnográfica, razón por la cual se impone como

una imperiosa necesidad el estar abiertos a prescindir de ideas preconcebidas (o a cambiarlas), al rediseño de la metodología y a la formulación de nuevos planteamientos que se adapten a lo que el trabajo etnográfico nos expone (2004:5). Con este argumento de por medio, comprendí que la información que obtendría de la(s) violencia(s) dependería de mi desenvolvimiento llevado a cabo en el espacio físico y de mi relación con las personas que entrevistaría, los cuales terminaron siendo elegidos con base en el muestreo conocido como Bola de nieve.<sup>31</sup>

Conviene asimismo, aclarar que la mitad de las entrevistas obtenidas no fueron grabadas por dos motivos principalmente: el primero, por cuestiones de seguridad. Al comenzar las entrevistas, preguntaba si era posible grabarlas con fines meramente académicos, para un manejo más rápido y consistente de la información recabada, sin embargo, la mitad de ellos prefirieron no ser grabados, para que la entrevista quedara “entre cuates”. El segundo motivo está relacionado con el primero, pues dada la actividad que algunos de nuestros entrevistados llevan a cabo (narcomenudeo) optaron por no ser grabados. Por esta razón, tengo un fuerte respaldo en mi diario de campo, donde procuré pasar lo más fiel posible la información de cada entrevista no grabada; igualmente, remarco el fuerte apoyo que tuve en las observaciones realizadas en mis recorridos de campo –en específico en toda la calle de Tenochtitlán, en distintos horarios- elemento imprescindible para la caracterización del espacio público de Tepito.

Con respecto a lo anterior, también es importante mencionar que, si bien mi intención era conocer cómo se vivía cotidianamente la violencia desde el mismo territorio en donde se ejerce, no realicé observación participante en Tepito, es decir, no me inmiscuí activamente en el fenómeno de la violencia para comprenderla desde su propio funcionamiento interno.

---

<sup>31</sup> El muestreo en Bola de nieve se caracteriza por la selección de un informante clave que permita contactar a otros que éste considere importantes para la investigación que se está llevando a cabo. Este muestreo nos fue útil en el caso de Tepito debido a que su población es considerable (25,499 habitantes, con base en el Censo de Población y Vivienda 2010) y no es posible contar con una muestra exhaustiva de la misma, por lo que este tipo de muestreo da cabida a la elección de las personas más conocidas o representativas de esta población. Al respecto habría que aclarar que no se trató del todo así, pues en algunas ocasiones, se procedió a entrevistar sin el apoyo de nuestro informante que nos guiará para identificar a las personas más representativas de la calle. Asimismo, consideramos que fue por medio de este muestreo que pudimos entrar con mayor confianza al barrio, pues al tener a un informante clave, conocido en Tepito (al menos en la calle de Tenochtitlán y Jesús Carranza), nos introdujimos con mayor tranquilidad: había un respaldo a quien recurrir en caso de cualquier incidente.

Esta situación pudiera ser objeto de crítica en la presente investigación por generar un conocimiento “pasivo”, basado en entrevistas y en recorridos de campo, posicionándome desde el lado de la víctima y no del victimario (Rodgers, 2004: 16), aspectos que algunos consideran como imprescindibles para conocer verdaderamente el tema en cuestión.

Como defensa, argumento que no fue mi propósito estudiar la violencia en sí misma, sino cómo ésta fungía como un elemento que determina la apropiación —o no— del espacio público desde los mismos residentes de Tepito<sup>32</sup>. Además, el empleo del muestreo de Bola de nieve, el informante clave no mostró preferencia por la víctima o el victimario: sólo consideró a aquellas personas que él conocía y que resultaban claves, por su trayectoria en Tepito, para la investigación, las cuales podrían ser desde comerciantes, hasta narcomenudistas. Esto representó una ventaja para la investigación, debido a que se contó con el testimonio de ambas partes sin haberlo buscado directamente.

De esta manera fue como se replanteó la metodología para conocer cómo se incorporaban la(s) violencia(s) en la forma de producir el espacio público por parte de los habitantes de Tepito, teniendo como resultados elementos que cuestionaban la forma tradicional en la que ha sido estudiada la violencia que apela al delito en sí mismo como única prueba que constata la existencia de la violencia en un espacio. En contraste, los testimonios de los entrevistados no refieren al delito *per se*, sino a los diferentes componentes que ellos relacionan con la condición actual de Tepito.

Esta razón fue fundamental para la investigación, pues la información que se tiene sobre la violencia en el barrio, se reduce a la vertida por los medios de comunicación y a su manifestación estadística, que continua imputando desproporcionadamente a un grupo muy reducido de la población —propia del barrio—, la violencia que ahí prevalece, como refiere Philippe Bourgois en su investigación sobre el East Harlem de la ciudad de Nueva York, *la violencia no puede reducirse a su expresión estadística, pues eso mostraría que el mayor*

---

<sup>32</sup> Las entrevistas se realizaron intencionalmente en una de las dos calles que están catalogadas como las más peligrosas en Tepito, esto, la calle de Tenochtitlán. Lo anterior coincidió con los contactos de nuestro informante clave, pues la mayoría de ellos vendía y/o vivía en esa calle; en ese tenor, se buscó que los demás entrevistados tuvieron alguna relación con Tenochtitlán. La precisión de estudiar esta calle responde a que el barrio, a pesar de la homogeneidad que podría exhibir por considerarse como una unidad territorial bien delimitada y con una identidad territorial bastante arraigada, no lo es, ni en el tipo de comercio, ni en las dinámicas que cada calle tiene.

*número de los asesinatos y las palizas en cualquier vecindario de la inner city se circunscribe a un grupo reducido de individuos* (1995: 16).

Así, el presente capítulo complementa el análisis del anterior que procuró analizar la violencia desde la acción/omisión del gobierno en el barrio, para apoyarnos en los efectos que esta penetración gubernamental -la cual ha sido catalogada como un tipo de violencia “desde arriba”- ha tenido en la manera en la que estos se experimentan en lo cotidiano y se expresan en la apropiación y significación del espacio público en Tepito que, en todo caso, visibiliza la conflictividad de una relación entre distintos agentes.

### **3.1 El espacio de Tepito ya no es de los tepiteños**

Hablar de la violencia en Tepito no fue sencillo: no era un tema al que se llega de forma directa, no por medio de preguntas que refieran al crimen, al delito o a la violencia, como ya Joaquín nos había advertido desde la primera plática, *porque hay que saber hacer preguntas, no puedes llegar a preguntar así nada más.*<sup>33</sup> Y era cierto: era un tema delicado, ya sea por las experiencias directas que ellos hubieran tenido, como por la posibilidad de que yo fuera una infiltrada de la policía. Pero no fue necesario hacerlo: todos nuestros entrevistados, en algún momento—unos más rápido que otros- trajeron el tema a sus historias como un elemento que inexorablemente debía estar presente para hablar de la situación que actualmente vive en el barrio.

Una de las explicaciones que posiblemente me permitieron comprender por qué no ahondaban en detalles acerca del tema de la violencia en general, era por una de las leyes que aplicaban en el barrio *aquí se aplica la ley del silencio, calle doce, esquina silencio*<sup>34</sup> o dicho de otra manera, *ver, oír y callar*<sup>35</sup>, la cual funge como regla de uso común *operantes, pero no escritas* (Giglia, 2007:69) que sí sugiere una negociación entre el manejo de la información y la protección tanto personal como al que había cometido un acto delictivo, esto es, como una forma de protección hacia los victimarios —que podían ser sus vecinos, amigos, conocidos- y/o también hacia ellos mismos —por la potencialidad de ser objeto de represarías-.

---

<sup>33</sup> Joaquín, comerciante en la calle de Tenochtitlán, 64 años, entrevistado en diciembre de 2015.

<sup>34</sup> Joaquín, comerciante en la calle de Tenochtitlán, 64 años, entrevistado en diciembre de 2015.

<sup>35</sup> Enrique, comerciante en el Eje 1, 60 años, entrevistado en diciembre de 2015.

Para llegar al tema, supe que no tendría que preguntar directamente sobre la violencia: la única herramienta que necesité –con bastante trabajo<sup>36</sup>– era la paciencia. Esto es importante, porque el que no escudriñaran en información exhaustiva sobre los delitos o los grupos criminales que muy seguramente ya tenían identificados, aunado al hecho de que no retomaran el asunto *ipso facto* de la violencia, significó que, a pesar de que ésta estaría presente en sus narrativas, había una historia que necesitaba ser contada para comprender la condición de violencia en el barrio. Esto es interesante, pues la violencia no es vista de manera aislada, sin ser contextualizada en todo momento a la temporalidad y espacialidad de Tepito.

En ese sentido, la historia de cada entrevistado –a pesar de estar contada a título personal, como yo inicialmente lo establecí–, se construía a partir de los cambios que acaecían en el barrio y las implicaciones que estos tenían en ellos mismos, aspecto que mostraba la importancia del espacio en la significación de la vida cotidiana de sus habitantes, como lo menciona María Ana Portal en relación con el territorio, *no es sólo una determinante geográfica para los habitantes /.../, es fundamentalmente una construcción histórica y una práctica cultural significativa que se arraiga a la memoria a partir de sucesos articulados a afectos y experiencias individuales* (Portal, 2006:72).

Es precisamente ese conocimiento sobre la historia del barrio, es decir, su *capacidad analítica sobre su propio terreno* (Giglia, 2012), la que los condujo a atribuir a dos acontecimientos acaecidos en el barrio, las razones del quiebre entre ese espacio idílico y el actual que en mucho difiere con aquella añoranza que se le atribuye al Tepito antiguo. Ese quiebre constituiría el comienzo de las progresivas consecuencias que serían finalmente, las razones a las cuales se les imputaba en sus narraciones, la violencia predominante en el barrio. Los hechos a los que hicieron referencia fueron la fayuca y el temblor de 1985.

---

<sup>36</sup> Estar atento en las calles de Tepito, en específico en Tenochtitlán en donde realizaba las entrevistas y los recorridos de campo, me demandó comprender la propia dinámica que se experimenta en el espacio como producto de la intensa actividad comercial del barrio. El inacabable flujo de motonetas a velocidad considerable, los diablos abriendo paso para la entrega de las mercancías, las constantes interrupciones de los clientes para saber el precio de los productos ofrecidos (acción que se quedaba en la pregunta, pero no en la compra, lo cual me confirmaba lo que los mismos comerciantes me decían sobre la baja de las ventas en el barrio) y el incesante saludo entre los conocidos, se constituían como fuertes distractores que en las primeras entrevistas llevadas a cabo, no pude manejar, pidiendo en dos o tres ocasiones, que me repitieran lo que me estaban contando.

La caída de la fayuca no auguró un panorama positivo para Tepito: la bonanza económica había alcanzado niveles que hasta ese momento no se habían vivido en el barrio. Parecía que la marginalidad que lo caracterizó desde sus comienzos, había dado un giro radical a favor de sus habitantes (los que aprovecharon la coyuntura), quienes se vieron expuestos a una realidad que otrora veían como inalcanzable: lo inverosímil ahora era asequible y lo era abastanza, de tal forma que no sólo los mismos lugareños vieron una oportunidad en el negocio del contrabando, sino también los externos, los que “vinieron de afuera” para ser partícipes de esa fuerte, riesgosa, pero provechosa dinámica que la fayuca significó. En ese tenor, la fayuca propició un éxodo de población residente, pero también una fuerte oleada de población proveniente de distintas partes de la ciudad de México:

G:<sup>37</sup>A muchos les benefició...

E:<sup>38</sup> A todos nos benefició porque empezó a venir mucha gente, fue la época de oro del comercio cuando entró, es un proceso, llega la lana, llega el dinero, empieza la gente a tener lo que nunca ha tenido y empiezan...

G: Y es cuando empieza a cambiar Tepito porque tú eres más, yo soy menos, ¿me entiendes?

E: Y empezaron a andar, vino mucha gente de muchas partes, atraídos, como los gambusinos en la época del oro, llegaron de muchas partes; mi prima se casó con una gente de Texcoco que vinieron aquí también a vender mercancía americana porque era volverse rico en un momento, ser fayuquero, pero todo eso empezó a degradar, a degradar, a degradar, ¿por qué? Porque empezó la gente a tener dinero, empezaron a tener sus costumbres que eran... Muchos vendieron sus puestos porque nunca fueron comerciantes, vivían ahí, tenían ahí sus puestos, vendieron sus accesorias y se fueron y empezaron a venir gente a comerciar la mercancía, la fayuca y empezó a degradar el dinero a toda la gente, a toda la gente, así como tuvieron dinero, unos se fueron, otros no, empezaron las costumbres, las señoras empezaron a andar con uno, con otro, bueno, empezó el degenerar...

En la entrevista que sostuvimos con Enrique, menciona lo siguiente:

La mayoría de la gente que va a comprar, empiezan a comprar en mayoreo, empiezan a poner más puestos, quién las trae y cómo se la traen, ahí está el misterio /.../ pero ya llegó un

---

<sup>37</sup> Guillermina, jubilada, 85 años, entrevistada en enero de 2016.

<sup>38</sup> Enrique, jubilado, 56 años, entrevistado en enero de 2016.

momento que se empezó a llenar, todo a todo, empezó a llegar un montón de gente, quién sabe de dónde, que nunca había sido comerciantes, ponen sus puestos y los empiezan a vender, mucha gente, viene a vender mucha gente que no es del barrio y empiezan a vender de contrabando, pero el eje de la fayuca es el Callejón de Tenochtitlán y Tenochtitlán el 40, ahí empezó, empezó en 1971, el propósito de ellos era que se vendiera mercancía americana, tú sabes que es la cadenita, viene de la frontera, viene para acá, ya en medio ya sabes quién /.../ era una cadena de personas que empezaban a ser por la corrupción, por la impunidad...

39

Guillermina y Enrique (madre e hijo, respectivamente), atribuían a la entrada de dinero, a “los otros” y a la expansión del comercio, el comienzo de un cambio tanto en el comportamiento de los habitantes de Tepito, como su estructura socioespacial. Por una parte, la llegada de los otros implicó la fractura de una identidad barrial que tomó años en constituirse –a través de distintas luchas y reivindicaciones locales durante la primera mitad del siglo XX - y con ello, la permanencia de un *habitus* distinto al de los tepiteños que no tomó como suyas las costumbres que en Tepito existían, ni como suyo el territorio al que arribaron.

Ya la mayoría de la gente ya no es de Tepito, ni tienen el arraigo y le valen madres, porque nada más van y venden y dejan su basura y dejan su cochinerito y se van, empezando desde los líderes que van y ya no viven ahí y lo que pasa en el barrio les vale, pero ahí viven y les va requetebién, ni les importa el barrio, entonces se está cayendo el barrio, se está desmoronando, ¿por qué? Porque perdimos nuestra identidad.<sup>40</sup>

La referencia a “los otros” constituía, como menciona Caldeira, una forma simplificada (2007: 45) de darle cauce a los cambios socioterritoriales que habían ocurrido al atribuirle a la falta de apego territorial por parte de los que habían llegado, el creciente deterioro del barrio. Como menciona Brisa, el interés por parte de estos estribaba en las ventajas económicas que la localización espacial de Tepito les dejaba y no en el apego simbólico y afectivo que sostenía su identidad barrial: el usufructo individual iba en contra del beneficio

---

<sup>39</sup> Enrique, jubilado, 56 años, entrevistado en diciembre de 2015.

<sup>40</sup> Brisa, jubilada, 62 años, entrevistada en diciembre de 2015.

colectivo que caracterizaba a este espacio. Los otros se convertían entonces, en fuertes responsables de la situación actual de Tepito.

Por su parte, la abundancia de recursos económicos que trajo consigo la fayuca, fue uno de los factores que influyó en el cambio de actitud de los mismos habitantes del barrio con respecto a los demás y a sus costumbres.<sup>41</sup> En ese punto, la responsabilidad no sólo era aquellos que habían llegado al barrio, como anteriormente se explicó, sino también de los habitantes de Tepito,

Del dinero de la fayuca, aprendieron a que el dinero se podía conseguir fácilmente, incluso cuando la gente estaba en la fayuca en su apogeo, tenía así las manos llenas de tanta lana, de tanto que se vendía y decían “¿para qué voy a mandar a mis hijos a la escuela si mira, tengo más dinero que tú?” le decían a mi hermano, mi hermano es ingeniero, “mira, ahí sin estudiar, ¿cuánto puedes ganar ahí donde trabajas?” para que veas la tontería, pero empezó a descomponerse lo que dicen ahora el tejido social, se empezó a descomponer, las personas empezaron a tener una conducta más, antes les daba temor, tenían algo de moralidad y ahora ya no, empezaron a cambiar su forma de ser...<sup>42</sup>

De acuerdo con nuestros entrevistados, el súbito e inesperado ingreso de dinero ocasionó la configuración de un panorama totalmente distinto a las condiciones de pobreza que por mucho tiempo persistieron en Tepito, panorama que no vislumbró necesariamente un bienestar –social y económico- en el barrio, sino un cambio en las prácticas personales y colectivas que ineludiblemente afectaron su sociabilidad. La referencia a estos cambios en nuestras narrativas, aludían a varias cuestiones, como al aspiracionismo por parte de las mujeres (el color del cabello rubio, el uso de oro, por ejemplo) y los hombres (alarde de carros, empleo de armas en las riñas en vez de golpes) o en el progresivo abandono de los oficios para incorporarse a la fayuca:

E: Era mucha lana, mucha corrupción, mucho dinero, el auge, empieza a cambiar la forma de vida del barrio, se empieza a transformar, empiezan a tener dinero /.../ empiezan a comprarse carros, las mujeres se empiezan a pintar el pelo de rubio, pulseras de oro, sus anillos porque

---

<sup>41</sup> Algunos de nuestros entrevistados, comentaron que debido a la bonanza económica, el consumo de marihuana (que, por cierto, siempre había existido en el barrio, según nuestros entrevistados) cambió al de la cocaína, la cual era vista como una droga de “mayor categoría.”

<sup>42</sup> Enrique, jubilado, 56 años, entrevistado en diciembre de 2015.

ya tienen lana, empiezan a mandar a sus hijos a las escuelas de Lindavista, a las primarias y secundarias a las escuelas de paga.<sup>43</sup>

No obstante, fue el incremento del consumo y venta de la droga que vino con la expansión comercial de la fayuca, el proceso que mayor repercusión tuvo en el barrio, pues se constituyó como el punto de ruptura de aquellos acuerdos operantes (Giglia, 2007: 76) en Tepito que sugerían, sobre todo, la tolerancia de actividades ilícitas siempre y cuando no afectaran a nadie de y dentro del barrio. Si bien su presencia no era nueva y además, formaba parte del conocimiento general de los vecinos, el mantener supeditada su práctica a aquellos espacios ocultos o poco públicos, aseguraba mantenerla como “secreto a voces”, lejos del alcance de otras personas del barrio y ajenas al mismo, lo cual se vio quebrantado cuando su consumo y comercialización se visibilizó en algunas de las calles de Tepito.

En ese sentido, nuestros entrevistados ejemplificaban bien este cambio a partir de una temporalidad marcada entre el antes y el después de la fayuca –en relación con las prácticas que se llevaba a cabo-. En el tiempo que ellos identificaban como *antes*, el consumo de marihuana se llevaba a cabo en azoteas para que la gente no los viera, incluso se prendían inciensos para disipar el olor que de la marihuana emanaba; su consumo –y su venta- era entonces un acto considerado como *secreto, oculto* (Rabonikof, 2005: 28-29) en tanto que se ejercía en lo *privado*, lejos de la exhibición pública.

Con el apogeo de la fayuca y el realce de Tepito como centro estratégico del comercio ilegal, la diversificación del tipo de drogas en el barrio –sobre todo de la cocaína- y su posterior consumo como parte de un estilo de vida que denotaba mayor opulencia por parte de algunos, se socavó ese acuerdo de mantener en lo *privado y oculto*, lo ilícito. Y es que los cambios a los que nuestros entrevistados aludían, parecían haber dado un giro a los acuerdos establecidos entre los habitantes: del consumo y la venta de droga en lo privado, se pasó a una práctica explícita –no inmediata- que tuvo lugar en un espacio que asimismo, comenzaba a adquirir mayor relevancia comercial en el barrio: la calle. Su abierto consumo y oferta significó para los habitantes, un sinónimo de la pérdida de valores que aún repercutía fuertemente en el *ahora*, como lo mencionan Marta y Guillermina:

---

<sup>43</sup> Enrique, jubilado, 56 años, entrevistado en diciembre de 2015.

M: Toda la vida desde que yo me acuerdo, venían los marihuanillos y todo eso, y se escondían, antes eran vecindades, y se escondían, se subían a la azotea y hasta echaban incienso para que los vecinos no oliéramos. Hoy no, hoy ya les vale gorro, delante de ti ya están fumando y les vale gorro, de una u otra manera, mi mamá, mi papá nos enseñaron a respetar, esos son los principios.<sup>44</sup>

G: Ya le digo, Tepito ha sido muy bonito, nada más que siempre ha existido lo robado, siempre ha existido la droga y todo, pero ahora ya está todo, cómo decirle, más descarado, pero antes no. En la juventud mía, yo veía que fumaban, se veían arriba en la azotea a fumar, se escondían, ahora no, ya muchos principios se han perdido.<sup>45</sup>

La ruptura de este acuerdo que se evidenciaba en la calle, también era percibida por aquellos que de alguna manera estaban involucrados con la droga. Luego de dos periodos en la cárcel, Federico me platicó que su reincorporación al negocio de la droga había sido en un panorama con dinámicas totalmente distintas a las que él había visto antes de ser encarcelado: cada vez que salía de la cárcel, notaba que tanto el consumo como la venta de droga iba en aumento, aspecto que no le era ajeno, ni era de sorprenderse porque al igual que los demás entrevistados,

Federico aceptaba que la droga ya tenía un largo camino recorrido en Tepito, aunque ahora estaba en cantidades mayores. La diferencia que remarcaba Federico, era el ejercicio de esta práctica (consumo y venta) en la calle, *¿te han ofrecido droga? Te ofrecen que qué quieres: motita, cocaína, pastillas...pero te lo ofrecen en la calle*<sup>46</sup> y eso, para él, era algo que en su época no era permitido o era socialmente penado.<sup>47</sup>

El acuciante desenvolvimiento de la fayuca (principalmente en las calles aledañas a Tenochtitlán) y la gradual intromisión de diversos tipos de drogas en Tepito, hicieron imperiosa una renegociación de las distintas formas de apropiación de la calle: en ese mismo

---

<sup>44</sup> Marta, comerciante, 52 años, entrevistada en diciembre de 2015.

<sup>45</sup> Guillermina, jubilada, 85 años, entrevistada en enero de 2016.

<sup>46</sup> Federico, narcomenudista, 60 años, entrevistado en diciembre de 2015.

<sup>47</sup> Dos de los narcomenudistas con los que establecí contacto, seguían reproduciendo ese acuerdo de mantener en lo oculto la venta de droga —aunque ellos se quedaran en la calle para ser fácilmente reconocidos— en oposición a sus colegas que la ofrecían abiertamente; estos últimos eran más jóvenes que los otros. A pesar de esta diferencia con respecto al uso de la calle, en el tiempo que estuve realizando el trabajo de campo, no observé ningún percance entre ellos, sino una cordialidad que se quedaba al margen del saludo cotidiano.

espacio, coexistirían quienes respetarían el acuerdo de mantener en lo *privado* lo prohibido - debido al reconocimiento de la calle como espacio público-, como aquellos que trascenderían esa distinción a través de sus prácticas asociadas a lo *prohibido*. En todo caso, más allá de los límites que lo *público* y lo *privado* entrañaban, se trataba de aceptar la multiplicidad de formas y usos del espacio público, ya sea para el beneficio privado, como público –en términos de convivencia- (Duhau y Giglia, 2008: 128); esta aceptación traería consigo, de manera implícita, un constante choque entre estas disposiciones que no siempre se expresan públicamente.

El acontecimiento que aceleró forzosamente el proceso de renegociación de las formas de apropiación del espacio público fue, sin duda, el temblor de 1985, el cual sucede en el cénit del fenómeno de la fayuca. Como se mencionó en el primer capítulo, este sismo conllevó a profundas transformaciones físicas que afectaron el modelo de sociabilidad que respondía a las tradicionales vecindades de Tepito, cuyos espacios compartidos –como el patio- exhibían un tipo de lazos comunitarios -sólidos y afectivos- establecido entre sus propios habitantes en un contexto en donde lo compartido y lo común partían como premisas necesarias para la convivencia cotidiana. Estas premisas surgen en un panorama en donde las condiciones de hacinamiento caracterizaban al tipo de viviendas en vecindad.

La influencia de las vecindades en la sociabilidad del barrio, era uno de los referentes que mayores recuerdos despertaban en las narrativas de nuestros entrevistados; en primer lugar, despertaba una añoranza por ese pasado lleno de experiencias colectivas que desempeñaba un papel importante en el desarrollo de la convivencia vecinal. Brisa lo comentaba de la siguiente manera:

El patio era muy significativo para el barrio porque era el centro de convivencia, los lavaderos que eran comunales (que también había unas broncas impresionantes y todavía las existen, en los espacios compartidos de edificios y cosas así), esos espacios permitían una convivencia muy grande. Ahí no se necesitaba, por ejemplo, el psicólogo, porque estaba el lavadero, ahí entre que lavaban y sacaban el chisme, la bronca, sacaban su forma, sus sentimientos, sus sucesos íntimos de su espacio que era su casa, entonces no usábamos psicólogos, claro que llegaban los fregadazos y hasta la muerte, ¿no?, pero no necesitabas de un psicólogo porque

por la convivencia tan grande que había en el espacio.<sup>48</sup>

En segundo lugar, los patios eran la base física de los lazos vecinales, cuya destrucción y falta de consideración en el diseño de las nuevas viviendas terminó por destruir los pocos, pero bien consolidados espacios de convivencia vecinales. En ese sentido, la fractura o desaparición de los espacios de convivencia y su abrupta sustitución por unidades habitacionales, fue uno de los elementos que, junto al paulatino cambio de viviendas por bodegas<sup>49</sup>, contribuyeron al debilitamiento de los lazos comunitarios en Tepito y, según nuestros entrevistados, al deterioro físico y simbólico del barrio.

Cómo ha ido cambiando la sociedad, de una cosa que era para mí muy normal, la convivencia en Tepito, cómo ha ido cambiando, muy individual /.../ las unidades habitacionales, antes abrías la puerta y veías a tus amigos, veías al vecino, veías al amiguito, estaban jugando pelota, te integrabas. Ahora abres la puerta y ves unas escaleras que te invitan a subir o a bajar, el patio es un estacionamiento, a subírte a tu coche e irse, no hay lugares para convivir, está hecha la ciudad para eso, vas a una calle y ciclistas, no hay lugar para convivir /.../ ahora ves una unidad habitacional y ves una escalera, ¿a qué te invita una escalera automáticamente? /.../ y ahí en Tepito se siguen conservando (con respecto a las vecindades) pero mucha gente ya se fue, se está cayendo a pedazos....<sup>50</sup>

Los espacios comunes existentes, principalmente, en las vecindades, sostenían el desarrollo de una convivencia que no sólo aportaban al desempeño de actividades cotidianas -laborales o sociales-, sino también permitía la conformación de un sentimiento de seguridad entre los habitantes.

B: En aquella época el espacio era indispensable para convivir, para la convivencia, estaba lleno de vecindades, esto paso a hacer una cohesión muy hermosa de toda la gente, una familia extendida, tú eras mi vecino, pero como fueras mi hermano y a las mamás, como si fueras su hija.<sup>51</sup>

E: Era una educación y la gente nos ayudábamos, nos protegíamos entre nosotros, y había sus diferencias y sus cosas cabronas, duras, pero nada de lo que estamos viviendo ahora, porque

---

<sup>48</sup> Brisa, jubilada, 62 años, entrevistada en diciembre de 2015.

<sup>49</sup> De acuerdo con algunos de nuestros entrevistados, el éxito de la fayuca habría ocasionado la ocupación de las viviendas como bodegas y el consecuente éxodo de la población en búsqueda de un mejor lugar para vivir.

<sup>50</sup> Enrique, jubilado, 56 años, entrevistado en diciembre de 2015.

<sup>51</sup> Enrique, jubilado, 56 años, entrevistado en diciembre de 2015.

yo podía acudir y meterme a la casa del vecino y si tenía un problema sabía que podía contar con la vecina y la vecina, si mi mamá salía a trabajar, sabía que me iban a cuidar, y sabía que en el patio estábamos seguros, o sea, era una comunidad.<sup>52</sup>

La seguridad que otorgaba el saberse entre personas y lugares conocidos que funcionarían como protección en caso de algún peligro externo; así, el apelar al Tepito antiguo, traía consigo la imagen de un espacio seguro, *en el ámbito local, la sociabilidad cotidiana es la base para que se definan las características de la identidad local, como un requisito para construir la ilusión de habitar un ambiente más seguro* (Giglia, 2012: 59). Sin embargo, fue esa sociabilidad urbana la que se vio fracturada con la pérdida de los espacios compartidos y con ello, de la seguridad que estos dotaban a sus habitantes.

Además, el proceso que implicó la sustitución de las vecindades por unidades habitacionales, vino acompañado de una segunda llegada de nuevos habitantes a Tepito. Otra vez, “los otros” fueron aquellos que terminarían por consolidar la opinión que desde la fayuca empezó a gestarse: son “los que no son de aquí” los que fracturaron la sociabilidad que ya empezaba a mostrar barruntos de desgaste en el barrio. La referencia a los otros, en esta ocasión, ya apuntaba a una complicidad con el gobierno que otorgó viviendas de Renovación Habitacional a gente externa al barrio como parte de un pago de favores o por vínculos familiares o amicales.

Aquí se vino a descomponer Tepito cuando vinieron a dar las casas de Renovación, ya se perdió y mucha gente que no es de Tepito, que ha venido de otros. Esta Dolores Padierna nos metió aquí en el cine Bahía a unos que los trajo de la marranera, les dio casas, acá por este lado nos metió gente, si uno es mala, vino gente más mala. Así es que, cambiaron todas las costumbres de nosotros, porque antes una muchacha podía andar a las 12 o una de la mañana, no la robaban ni nada, ahora vienen con sus bolsos y les arrebatan, pero no es que sean de aquí, sino vienen de las colonias, como la Guerrero, la Maza, porque ven que vienen mucha gente que trae dinero para comprar y que encuentran las cosas más baratas porque aunque sean saldos...<sup>53</sup>

---

<sup>52</sup> Brisa, jubilada, 62 años, entrevistada en diciembre de 2015.

<sup>53</sup> Guillermina, jubilada, 85 años, entrevistada en enero de 2016.

El reconocimiento de los otros como culpables de la situación de violencia en Tepito era muy claro: los habitantes con más antigüedad, sabían quiénes eran, de dónde venían y su residencia actual. Era común que al hacer referencia a ellos, salieran a mostrarme quiénes, de los más cercanos al lugar donde manteníamos la plática, no eran de Tepito. En ambas circunstancias (fayuca y sismo de 1985), los extranjeros parecían apropiarse del barrio de forma utilitaria, por lo que el desapego y la falta de identidad territorial, ocasionaban un desinterés por el mejoramiento del barrio, tanto de sus condiciones físicas (preservación de la vivienda, limpieza de las calles), como simbólicas (tradiciones, costumbres, convivencia).

La presencia de los recién llegados, obraría en contra de la alteridad que había caracterizado a este espacio: ahora, el desconocido era objeto de sospecha (Carrión, 2008: 122) y era uno de los mayores responsables de los cambios en los lazos de convivencia del barrio, los cuales serían sólo el inicio de una serie de transformaciones más profundas que el día de hoy se viven; por eso, cuando platicaban sobre la deteriorada situación actual del barrio, se le atribuían directamente a “los otros”, los cambios sociales más visibles en Tepito: se había trastocado la sociabilidad que lo había sostenido durante el paso de los años, la cual fue imprescindible para marcar una postura con respecto al actuar del gobierno.

Sin embargo, la presencia de “los otros” no es del todo percibida como algo negativo: mientras aporten al barrio, ya sea con trabajo o con la incorporación a las dinámicas sociales, su estancia es bien vista e incluso son bienvenidos, como lo mencionaban el Sr. Sergio y la Sra. Carmen, “mientras aporten con trabajo al barrio, está bien”. El contraste se manifestaba cuando utilizaban al barrio ya sea para el beneficio individual o para cometer algún delito, aprovechando la cantidad de personas que acuden cotidianamente a Tepito a comprar y la mala fama del mismo. Es importante remarcar -asimismo-, que el grupo de población al que frecuente se les asocia, es a los jóvenes.

Yo ya me quiero salir de aquí por lo mismo, por tanta maldad, porque ya llegó mucha gente y chavos, ya llegó mucha gente que no es aquí y los dejan crecer y ellos son lo que hacen toda la maldad y desgraciadamente le echan la culpa al barrio, pero sin saber que ya los de aquí ya

no somos /.../ y luego ya son chavos que vienen de otros lados, que nada más vienen a hacer maldades y dejan la bronca aquí.<sup>54</sup>

Esta alusión es en parte confirmada por los recorridos de campo que realizamos en la calle de Tenochtitlán, debido a que son los jóvenes (hombres) los que mayor presencia tienen en aquellas cuadras en donde se identifica la venta y distribución de droga, además de ser ellos los que realizan esta labor. En consecuencia, cuando los residentes más antiguos apuntaban a la enorme brecha generacional que había entre ellos y los jóvenes, no lo hacían con respecto a la edad, sino a las prácticas que llevaban a cabo y que eran predominantemente ejercidas por jóvenes, los que tenían la fuerza para hacerlo, como lo comentó Enrique en una plática hoy son los jóvenes de 15 a 17 años los que dominan la calle, los viejos como yo, ya somos vistos como inútiles, ahora son los jóvenes los que tienen la fuerza”.<sup>55</sup>

Finalmente, el señalamiento de los otros como culpables de la situación actual del barrio, contribuye, primordialmente, a un distanciamiento entre los mismos habitantes –antiguos y nuevos- que se traduce en el debilitamiento de los lazos comunitarios, en una disminución de la seguridad que se experimentaba el sentirse entre conocidos y en la reproducción interna (dentro del barrio) del estigma del barrio, *este debilitamiento de los lazos comunitarios con base territorial alimenta a su vez una retirada a la esfera del consumo privatizado y las estrategias de distanciamiento ("no soy uno de ellos") que socavan aún más las solidaridades locales y confirman las percepciones despreciativas del barrio* (Wacquant, 2001:180).

### **3.2 Este barrio ya no es barrio**

El ocaso de la fayuca y la incertidumbre que imperaba en el barrio luego del temblor de 1985, generó la búsqueda de medidas por parte de los habitantes que sustituyeran o equipararan rápidamente el nivel de ganancias obtenidas por aproximadamente diez años de bonanza económica en el barrio, teniendo como correlato el furtivo aumento del comercio informal y de venta de droga que, a pesar de no ser un fenómeno nuevo en Tepito, se dio en magnitudes y formas distintas que incrementaron en la década de los noventa y a principios del siglo XXI

---

<sup>54</sup> Marta, comerciante, 52 años, entrevistada en diciembre de 2015.

<sup>55</sup> Enrique, comerciante en el Eje 1, 60 años, entrevistado en diciembre de 2015.

(Davis, 2007: 672), las cuales expresaban las transformaciones sociales, económicas e institucionales que el barrio estaba experimentando.

Por una parte, el crecimiento del comercio informal parecía imparable. Si bien éste se había convertido en parte de las actividades económicas de los habitantes de Tepito, como se vio en el primer capítulo, su expansión territorial mostraba un proceso irreversible para los residentes más antiguos: para la mayoría de los entrevistados, los escasos espacios de convivencia que sobrevivieron después del temblor y el remanente de los talleres tradicionales, terminaron por sucumbir ante la expansión de este tipo de comercio, sobre todo por la ganancia que aún dejaba la venta de mercancías del contrabando que, a pesar de no equipararse con el auge de la fayuca, seguía constituyéndose como una importante fuente de ingresos para los residentes, tanto antiguos como nuevos. Lo anterior se materializó en la progresiva ocupación de otras calles –Tenochtitlán dejó de ser el centro de distribución de la fayuca- y en el cambio de usos de las viviendas por bodegas.

Esto cambia mucho (refiriéndose al barrio) porque después, ya cuando se pierde el movimiento de la fayuca, porque Tenochtitlán se volvió muy fuerte, entra de todo, empieza la gente a moverse por los puestos, empiezan a rellenarse las calles de los puestos y empiezan a haber líderes, porque los líderes son de los que están asociados, los que están en contacto con la delegación y ellos te respaldan porque les dan autoridad a cobrar una cierta renta y esa renta se va a dividir entre los de allá y los de acá, así se maneja en este barrio, toda esta zona, Tenochtitlán, Argentina, Matamoros. Si te das cuenta, si caminas todo alrededor, está lleno de puestos, cuando no lo había toda esta zona eran libres, ciertas familias salían al cine, al café, a caminar libremente por la calle, pero ahora ya no, ahora se quedan los puestos, los armazones...<sup>56</sup>

Para la mayoría de nuestros entrevistados, el crecimiento del comercio informal en el barrio se convirtió en un abuso, no por el uso del espacio público en sí mismo, sino por las consecuencias que este hecho conllevaba, como el eficientar el flujo de la mercancía y su distribución a través del aprovechamiento de las viviendas como bodegas (más cercanas al punto de venta), la permanencia de las estructuras de los puestos en la calle y el contubernio con las autoridades para el otorgamiento de los permisos de comercio en la vía pública. En

---

<sup>56</sup>Enrique, comerciante en el Eje 1, 60 años, entrevistado en diciembre de 2015.

este último punto, la intromisión de las autoridades es evidente: en las primeras dos cuadras de la calle de Tenochtitlán, la preeminencia del comercio se observa en su distribución (en las banquetas y en medio de la calle), la cual ha ocasionado su peatonalización. En un principio, pensé que ésta respondía a una acción deliberada de los tepiteños, pero tiempo después me comentaron que el gobierno había permitido la peatonalización de estas primeras dos cuadras a través del pago por su ocupación.

Las repercusiones de la expansión del comercio informal y del aumento de la venta de mercancías ilegales, no suponían la acentuación de la violencia en el barrio: no existe una relación directa entre la ilegalidad y la violencia (Alvarado, 2012: 57) que conduzca a concluir que fue por la entrada de mercancía de contrabando –aunados a los productos robados que solían venderse en Tepito- que la violencia en el barrio se reforzó. En todo caso, la afirmación de este vínculo ilegalidad-violencia, es resultado de la información de los medios de comunicación<sup>57</sup>, los cuales han acotado el estudio de la violencia en Tepito al comercio ambulante, a la venta de artículos ilegales y a la droga, sin considerar a los actores que permitieron la entrada y distribución de esta mercancía en el barrio.

En esencia, lo que estaba de por medio con el aumento del comercio informal era, nuevamente, la convivencia o los lazos vecinales en los espacios públicos: el predominio de las dinámicas propias del comercio en estos espacios, desplazó a las múltiples actividades que en la calle tenía lugar, las cuales permitían el desarrollo de una sociabilidad en el barrio. De cierta forma, el comercio homogenizó los usos del espacio público y pasó a ocupar aquellos lugares vitales del barrio, como las viviendas y las calles que, como se ha mencionado anteriormente, eran parte imprescindible de la vida de los habitantes en el barrio, como Marta argumentó, “este barrio, ya no es barrio, es un centro comercial”<sup>58</sup>, apelando al cambio de dinámicas en el barrio por la prevalencia del comercio.

Esto no quiere decir que el comercio haya socavado la sociabilidad en Tepito, pues éste también ha posibilitado el afianzamiento de otro tipo de relaciones tanto entre los mismos

---

<sup>57</sup>Para un ejemplo, véase el artículo publicado en la revista Proceso, titulado “Tepito: el santuario de la ilegalidad” (Revista Proceso, recuperado de <http://www.proceso.com.mx/252026/tepito-el-santuario-de-la-ilegalidad>).

<sup>58</sup> Marta, comerciante, 52 años, entrevistada en diciembre de 2015.

comerciantes, como con los clientes; empero, sí delimitó el tipo de actividades que en la calle y en las viviendas se realizaban, como se menciona en los siguientes comentarios:

Es terrible lo que ha pasado en el barrio durante todos estos años, donde el barrio, las vecindades, los edificios se volvieron bodegas y espacios abandonados, donde cumplen funciones ahora que no tienen que ver nada con lo que era el espacio vital del barrio.<sup>59</sup>

Los mismos puesteros ya no nos daban chance de jugar, porque como ahorita, desde temprano están los puestos. ¿A qué hora salen los chamacos?<sup>60</sup>

Me dices de las calles, el comercio, o sea, antes había comercio, pero quitaban los puestos y respirabas, ahora ya están permanentes, día y noche, imagínate, yo acabo de hacer mis cosas, de trabajar y todo esto y el otro, ¿y adónde vas?<sup>61</sup>

Paralelo a la ampliación espacial del comercio informal, la venta y distribución de drogas (sobre todo por la entrada de la cocaína y de otro tipo de drogas con menor demanda) fue para nuestros entrevistados, el principio de una desestabilidad en el barrio que sí se relacionó con el incremento de la violencia y la consecuente reconfiguración de todas las esferas de la vida cotidiana, la cual condujo a la puesta en marcha de estrategias de adaptación entre sus habitantes, expresas en la forma de habitar su espacio público. En ese sentido, la mayoría de nuestros entrevistados, excepto los más jóvenes, reconocieron que fue precisamente después de la fayuca, que el comercio de drogas comenzó a adquirir fortaleza, sustituyendo incluso, al comercio informal.

Esto se da a conocer como por el 88 o el 89, ya es cuando la cocaína empieza a correr y aquí ya es otro movimiento de personas, otro movimiento, porque ya aquí esto es ya más complicado porque aquí ya no debes ser tan abierto, sino que es un poco más discreto, pero ya con el tiempo se va expandiendo, pero fue eso lo que agarró más fuerza en el barrio, más que la fayuca, la cocaína y otros vicios más fuertes.<sup>62</sup>

De acuerdo con algunos testimonios de nuestros entrevistados, es posible que el éxito de la cocaína en Tepito fuera producto de la fama que la fayuca había traído al barrio, la cual

---

<sup>59</sup> Brisa, jubilada, 62 años, entrevistada en diciembre de 2015.

<sup>60</sup> Rosalía, comerciante, 70 años, entrevistada en diciembre de 2015.

<sup>61</sup> Marta, comerciante, 52 años, entrevistada en diciembre de 2015.

<sup>62</sup> Enrique, comerciante en el Eje 1, 60 años, entrevistado en diciembre de 2015.

aprovecharon otros grupos externos (no se identificaron cuáles) para la comercialización de este tipo de droga. Las historias respecto a este hecho, nos mostraban que el comercio de la droga era producto de dos cuestiones principalmente: el encarecimiento de las fuentes de empleo (o el continuo rechazo a la incorporación de los tepiteños en los mercados laborales) y la sustitución de las ganancias que vino después de la fayuca.

En ambos casos, cabe aclarar, no estamos hablando de un fenómeno que sólo incumbiera a Tepito: sí bien es cierto que es más evidente en este barrio por la visibilidad que adquiere su centralidad y cercanía con el Centro Histórico, no es exclusivo del mismo, ya que el encarecimiento del mercado laboral fue resultado de la crisis económica que comenzó desde la década de los ochenta y se agudizó en los noventa, siendo ésta producto de los reajustes económicos que la apertura a los mercados internacionales provocó en el país, principalmente.

Las historias personales de Enrique y Federico, nos permiten ilustrar esta situación a través de su incorporación al comercio de las drogas y de las circunstancias en las que esta decisión está envuelta. Lo anterior permite discutir la relación teórica que plantea Bourgois (2003), entre el peso de la acción de los sujetos y la estructura social, en el sentido de cuestionarnos qué tanto es la participación de los sujetos en el narcomenudeo una acción deliberadamente personal o es en parte una decisión generada en un contexto marcado por la desatención –y complicidad- del gobierno.

De esa guisa, un dato que vale la pena comentar es que tanto Enrique como Federico estuvieron encarcelados por tráfico de estupefacientes; si bien los dos son oriundos de Tepito, no se conocieron sino hasta el reclusorio, en donde además, coincidieron con otros tepiteños. Remarco también que los dos, después de salir de la cárcel, se reincorporaron por segunda ocasión al narcomenudeo.

El 25 de abril de 1985 fue muy memorable ese día porque yo apenas empezaba a moverme en ese ámbito y por la necesidad de un trabajo y de una familia y los hijos, me veo en la necesidad de entrar en estos ámbitos porque la persona que yo conocí y que movía era un buen amigo, era mayor que yo, lo mataron también y ese chavo era el que movía todo ahí y le pido trabajo, trabajo entre comillas porque no era trabajo y me dice “no” porque ya sabía las consecuencias “no, tú no tienes que estar aquí, toma y vete” y yo lo convencí, ¿no? Hablo

con mi esposa y dice “no, pero...” y yo le dije “no tengas miedo, no pasa nada”. Entro y empieza a moverme y empiezo a tener dinero, a tener comodidad, comodidades en el sentido de que ya teníamos para comer, ya teníamos para vestir, y aquella vez recuerdo que mi papá se enteró, quién sabe cómo se enteró, pero se enteró /.../ después me reclamó por qué yo me había metido a eso, que no era posible, me reclamó, me dijo tantas cosas y desde ahí fue el problema con él porque él no quería que yo manchara su nombre, sin embargo, yo seguí porque era mi obligación y tenía que ver con mi familia. Me adentré al grado que fui a comprar lo mío para no trabajarle a nadie y yo trabajar por mi cuenta y así fue, compré y lo empecé a mover, lo del otro y lo mío para tener más dinero.<sup>63</sup>

Ese día que recuerda Enrique, además de ser su cumpleaños, es la fecha en la que la policía entró disfrazada de trabajadores de limpieza a la vecindad en donde vivía y resguardaba su mercancía. Asimismo, fue el día en el que la policía aprehende a Enrique, junto con otros cuatro jóvenes de su vecindad, para llevarlos directamente al reclusorio. En la cárcel, se repartió entre los cinco la cantidad de droga que localizaron en la vecindad -aun cuando a él nunca le hallaron su mercancía- para determinar el tiempo que le darían en la cárcel, sin darle oportunidad de impugnar al respecto.

L: Y tú no reclamaste...

E: No, nunca me dieron la oportunidad de reclamar. Ya cuando nos pusieron en los separos, a dos de ellos los llevaron a los separos, a otro lugar a declarar y a golpear, a ellos sí los golpearon, a mí no me hicieron nada, los golpearon y los echaron a otro reclusorio, aventaron a otras personas y aquí, ya cuando nos llevan el papel, de que “fírmele aquí” ahí también fue mi error, la ignorancia porque desconozco la ley, me hicieron firmar y eso me costó aceptar lo que decía el papel.<sup>64</sup>

Luego de salir de la cárcel, Enrique se reincorpora al comercio de las drogas: regresa, esta vez, a un barrio en donde aquellos que lo reconocen o han oído de él, lo admiran, no por lo que hacía, sino por haber sobrevivido en la cárcel (algunos de los chicos que habían sido encarcelados junto con él, murieron en el reclusorio). Pero también las cosas habían cambiado, ahora era la gente más joven la que tenía el control del comercio de las drogas y los viejos, como él se refirió a sí mismo, ya no contaban con la misma fuerza de antes. Esta

---

<sup>63</sup> Enrique, comerciante en el Eje 1, 60 años, entrevistado en diciembre de 2015.

<sup>64</sup> Enrique, comerciante en el Eje 1, 60 años, entrevistado en diciembre de 2015.

breve vuelta al narcomenudeo, estuvo llena de experiencias que él consideraba como necesarias para llegar a donde hoy se encuentra (amenazas de muerte por parte de la persona para quien trabajaba, desintoxicación en clínicas de rehabilitación con altos costos económicos, e involucramiento de familiares cercanos en las drogas), es decir, dedicado a su familia (aunque no viva con ellos), a la venta de tenis y a la predicación del evangelio.

En el caso de Federico, haremos énfasis en su regreso a Tepito luego de salir por tercera vez del reclusorio. Cabe remarcar que reproduzco lo que apunté en mi diario de campo, debido a que el testimonio de Federico no fue grabado<sup>65</sup>. El regreso al barrio, no fue sencillo: salir significaba recomenzar, buscar abrirse un camino en un barrio que para él, ya no era aquel que dejó antes de reingresar al reclusorio. En un marcado predominio de las calles por el comercio informal y la venta de drogas al aire libre, como él comentó con azoro, Federico pensó en dedicarse esta vez al oficio de ser bolero; según sus cálculos, boleando 15 zapatos al día, podría ganar 300 pesos, al fin que la clientela ya estaba asegurada, serían sus amigos, los de Tepito. Si no consideró ocuparse en el narcomenudeo fue por la congruencia que quería tener con la palabra de Dios, la cual recibió en la cárcel; de ahí que la idea de regresar al narcomenudeo, rompía con la decisión que había tomado.

Cuando comenzó a bolear zapatos, era común que sus amigos lo vieran con asombro, argumentando que él no tenía que hacer eso, mucho menos cuando Federico fue conocido en el barrio por la cantidad de dinero que manejaba, por los buenos carros y “la buena vida”. La oferta de sus conocidos estaba abierta: podía regresar al comercio de las drogas cuando él quisiera. Esta oferta no tardó en ser reconsiderada por Federico luego de la baja clientela y los pocos ingresos que obtenía de por medio, “no tenía ni un peso en el bolso, nada, estaba desesperado, entonces le marqué a un cuate y le dije que me diera chamba, él me dijo que si de la buena o de la mala y le dije que de la mala”.<sup>66</sup> Actualmente Federico se dedica al comercio de las drogas, pero a diferencia de los demás, él sigue conservando las reglas que

---

<sup>65</sup> Debido a la actividad a la que se dedica Federico, optó por mantener la entrevista como una “plática de cuates”, la cual se llevó a cabo en la calle mientras le boleaban los zapatos y con múltiples interrupciones de sus clientes. Un aspecto que remarco es que Federico tardó en confiar en mí, a pesar de mis insistencias para realizarle una entrevista -fuera de Tepito (por seguridad mía)-. Aceptaba la entrevista, pero minutos antes de realizarla, me cancelaba. No obstante y gracias a la astucia que aprendí por parte de los otros entrevistados (mostrar seguridad), finalmente logré varias conversaciones con él, algunas con una duración de una hora y otras de menos de 15 minutos.

<sup>66</sup> Federico, comerciante, 60 años, entrevistado en diciembre de 2015.

en su tiempo operaban: el consumo y venta de drogas no se hace enfrente de los demás, se ejerce en lo privado, no en lo público.

El negocio de las drogas, como se lee en estos testimonios, es complejo. En primer lugar, está envuelto en un ambiente en donde los riesgos son cotidianos y se presentan en cualquier etapa del negocio, desde su venta, hasta la simple espera de clientes. La muerte, por lo tanto, es una constante bien sabida entre quienes se involucran en las drogas y entre las personas que los rodean.<sup>67</sup> En segundo, se afianza en un panorama en donde las oportunidades de encontrar un empleo (formal y bien remunerado), son casi nulas, y lo son aún más cuando existen de por medio antecedentes penales, como el caso de Enrique y Federico. Esto no implica que el comercio de drogas sea una opción viable, pues evidentemente, no hay ningún tipo de beneficio (prestaciones de ley), mas que el económico, *el empleo en el comercio de drogas promete una recompensa inmediata a quienes exhiben una buena ética laboral* (Wacquant, 2001:65). Aun así, este beneficio suele ser efímero.

A cambio de la recompensa inmediata y bien remunerada, el comercio de la droga demanda lealtad por parte de quienes laboran para alguien más (es una regla cuya ruptura tiene consecuencias gravísimas), una atención que rebasa las horas establecidas de la jornada laboral, así como el desplazamiento constante entre distintos puntos de la calle o fuera de ella para la entrega de mercancía. Esto, no obstante, no ha alejado a los jóvenes de estas actividades y las calles de Tepito permiten visibilizarlo: hay cuadras enteras en donde se encuentran de manera permanente, jóvenes que esperan la llegada de compradores o que se acercan a quienes van pasando para ofrecerles sus mercancías.<sup>68</sup>

Y es que finalmente, el comercio de las drogas sí constituye una oferta atractiva para los jóvenes del barrio, a pesar de los riesgos que existen de por medio, *no hace falta decir que el impacto global de la economía de la droga /.../ es terriblemente destructivo. No sólo*

---

<sup>67</sup> La muerte del hermano de Sofía lo ilustra muy bien. En una plática que sostuve con ella, Sofía comentó que su hermano había muerto a los 18 años, lo mataron a unas cuadras de su casa, “todo por andar de desastroso”. Esta explicación sugería un conocimiento basado en las múltiples muertes en el barrio que usualmente están asociadas al narcomenudeo y a los jóvenes. De ahí que la muerte del hermano de Sofía, se explicara por el tipo de actividades en las que estaba involucrado.

<sup>68</sup> Para algunos de nuestros entrevistados, las prácticas de estos jóvenes en la calle, genera una sensación de peligro o inseguridad que los lleva a evitar el paso por estas zonas. Personalmente, no puedo negar que en ciertas partes de la calle en donde se enfoca este estudio, despertaban en mí una sensación de inseguridad, sobre todo porque no conocía a nadie que pudiera protegerme.

*contribuye a minar la disposición de los jóvenes a trabajar por salarios escasos, ya que les brinda oportunidades económicas alternativas aparentemente atractivas, aunque riesgosas* (Wacquant, 2001:66).

La violencia que el incremento del tráfico de drogas en el barrio causó, no podía verse de forma aislada o como un hecho que comprometiera exclusivamente a los narcomenudistas; además de saber el papel de complicidad y contubernio con las autoridades, en sus testimonios era evidente la latencia del peligro que sugiere la intervención de la policía en el barrio. Por un parte, se reconocía que cada vez que se realizaba un operativo, el barrio se ponía violento por los enfrentamientos que tenían lugar entre la policía y algunos de los habitantes que salían a defenderlo (como se vio en el segundo capítulo). Por otra, las experiencias que estas intromisiones habían dejado, no eran menores y traían consigo un miedo asociado a las injusticias cometidas durante estas acciones, como la aprehensión de personas sin responsabilidad alguna, el despojo de viviendas (expropiación de Tenochtitlán 40) y la muerte de inocentes en enfrentamientos.

...no, no, una cosa fea, pero sí, ya me tengo que salir de aquí, por mi hijo de 19 años, porque el único miedo que me da, de mi hijo, o sea, de mi barrio, es que mi hijo vaya entrando y haya un operativo o una pelea entre balacera y le lleguen a tocar a mis hijos, o que mi hijo vaya a pagar justos por pecadores, porque no miden consecuencia la policía, agarran y se van...<sup>69</sup>

Hasta ahora hemos desentrañado lo que para nuestros entrevistados resultaban ser las causas de la violencia en el barrio. No se menciona directamente que lo sean porque ninguna pregunta estuvo dirigida para tener esa respuesta, sin embargo, la constante de estos eventos en sus narrativas, nos permite observar de qué recursos se asen para comprender a la violencia que se vive -inconstantemente- en Tepito. De ahí que recurran a aquellos eventos que trastocaron los lazos comunales en el barrio, los cuales se hacen visibles en su espacio más inmediato: la calle.

### **3.3 Sale caro vivir en el barrio**

Es difícil caminar por las calles de Tepito: algunos días de la semana, como el sábado y el domingo, es casi imposible dar diez pasos seguidos o no incurrir en la falta de caminar sobre

---

<sup>69</sup> Marta, comerciante, 52 años, entrevistada en diciembre de 2015.

la acera por el poco espacio disponible que hay en las banquetas. Es un espacio de usos homogéneos, el propio comercio informal se ha diversificado y lo mismo ha sucedido con la gente que recurre al barrio, “vienen de todo tipo”, me comentaban. Se reconoce que ya no es el Tepito de antes, hay un marcado dejo de nostalgia que inunda los sólidos recuerdos de quienes han optado por comprender el devenir del barrio desde el *antes* y el *ahora*, comprender para ver qué ha pasado con el barrio, en qué se ha convertido. No estoy segura si estas preguntas que se entreveían en sus testimonios eran planteadas con alguna finalidad o si sólo formaban parte de sus reflexiones personales.

Lo claro era que los costos sociales y económicos que los eventos señalados en sus narrativas como detonantes de la violencia en el barrio (“vivir aquí tiene su precio”), se experimentan día con día en la forma en la que habitan su espacio público, el cual pone de manifiesto el reconocimiento de un orden y de un actuar con respecto al mismo. Habitar, como lo señala Ángela Giglia:

El habitar es un conjunto de prácticas y representaciones que permiten al sujeto colocarse dentro de un orden espacio-temporal, al mismo tiempo reconociéndolo y estableciéndolo. Se trata de reconocer un orden, situarse adentro de él, y establecer un orden propio. Es el proceso mediante el cual el sujeto se sitúa en el centro de unas coordenadas espacio-temporales, mediante su percepción y su relación con el entorno que lo rodea (Giglia, 2012:13).

El concepto de habitar alude a la acción de leer el espacio para que el sujeto escudriñe en dónde está ubicado, para comprender –ya sea por los imaginarios en torno a ese territorio o por experiencias previas- el orden socio-espacial que distingue a este lugar del resto de la metrópoli y, de esa forma, actuar al respecto. Así, por ejemplo, el sujeto identifica lo que es permitido o no hacer en un cierto espacio, las reglas tácitas o implícitas que lo rigen o la pertinencia de algunos usos en lugares bastante estrictos. El habitar, en ese sentido, exige un *habitus* espacial que reconozca del orden de un espacio, para establecer también el propio; se trata de la acción que ejerce el sujeto en un espacio y de la acción del espacio en el sujeto, *la noción de habitus nos ayuda a entender que el espacio lo ordenamos, pero también que el espacio nos ordena* (Giglia, 2012: 16).

El habitus se trata tanto de la interiorización del orden del espacio por parte del sujeto y su consecuente actuar, como de la posibilidad de éste de poner en juego sus propias reglas que,

para nuestro caso, las entendemos como estrategias de adaptación. Lo entendemos de esta forma en el contexto de un barrio que en las últimas décadas ha sido objeto del regreso del estigma de “bravo o violento” por los crímenes y enfrentamientos entre la policía y los habitantes que ahí han tenido lugar, pero también desde la mirada de un barrio que se sabe con un orden propio, que no es fácilmente domesticado y que logra modificar (o domesticar) a los sujetos que lo habitan. El propósito, así, es comprender la manera en la que la violencia ha permeado en las actividades cotidianas del barrio y cómo se observa a través de la puesta en práctica de las propias reglas de los habitantes para poder habitar su barrio.

Lo anterior podemos ver a la luz del testimonio de Marta, comerciante y oriunda del barrio de Tepito. Me interesó hablar con ella por el intenso uso que hacía de la calle: temprano, con el cabello recién lavado, caminaba rápido, con la seguridad que su cara en alto mostraba. Saludaba a casi todos los vendedores de por lo menos la primera cuadra de Tenochtitlán; ellos respondían a las bromas, peticiones o comentarios que Marta hacía, con sonrisas o con la misma tesitura de la rudeza de sus palabras. Como ella me lo comentó, a manera de explicarme su proceder en el barrio, hay que saber vivir en el barrio o si no, te come:

Tienes que ser muy fuerte, muy dura para que puedas sobrevivir aquí, porque como aquí hay mucha delincuencia, entre droga y alcohol y todo eso, todo lo que ocurre en todo el mundo, entonces aquí está muy concentrado todo eso y si tú no sabes vivir aquí, la verdad te come el barrio y pues yo he sido muy fuerte en saber llevar a mis hijos, en ser fuerte. ¿Cómo te explicaré? En ser muy enérgica y muy estricta en tu familia, porque la mayoría de los vecinos de nuestra calle, la mayoría son viciosos, si no son rateros, si no los han matado, entonces tienes que ser muy fuerte con tus hijos, no importa, les hables a quienes les hables, pero no te roces, seas lo que seas, pero tú solo.<sup>70</sup>

La fortaleza a la que apela Marta responde a un conocimiento cotidiano de las prácticas rutinarias en el espacio público, el conocimiento es tan claro que de no saberlo leer, como ella menciona, el mismo barrio te come. Aludir a la fortaleza es una de las prácticas bien sabidas en el barrio por parte de las mujeres: todas las que entrevisté (menos la más joven), compartían la misma fortaleza de carácter que, según ellas, les permitió hacerse presentes en un barrio con un fuerte estigma de violencia.

---

<sup>70</sup> Marta, comerciante, 52 años, entrevistada en diciembre de 2015.

Para ellas, el hecho de que fuera violento o no, no constituía un impedimento para hacerlo propio, menos aun cuando es afuera de sus casas en donde se encuentran sus fuentes de ingresos (en el caso de las que son comerciantes). De esa manera, el que la violencia sea un elemento que ha ahuyentado a poblaciones enteras a sus espacios privados, en lo que concierne a Tepito resulta impensable, sobre todo por las dinámicas comerciales y sociales que en sus calles tienen lugar y de las cuales se sostienen.

En lo que concierne a este punto, la importancia comercial en Tepito, como lo mencionan nuestros entrevistados, ha disminuido. Se le atribuye a la violencia la baja de clientes: si la gente ya no iba a Tepito, era por los altos costos que esto implicaba, pues la latencia de ser víctima de algún crimen pesaba preponderantemente en la decisión de ir o no al barrio a surtir de mercancía. Era preferible pagar más dinero en otros lados, que arriesgarse a ir a Tepito por un menor precio, como lo menciona la Sra. Rosalía.

Uno tiene que pararse a observar cómo, cómo viven y te digo, yo ya tengo 13 años aquí y esto va de mal en peor. Ahí enfrente había dos hermanos que no son de aquí, mejor el hermano le vendió la poquita mercancía que tenía y puso una panadería en otro lado. De tan bueno que está e negocio en Tepito, muchos se han ido. A tanto ratero, ya ni los zapateros quieren venir, los renovadores, otras de las cosas, la misma señora del trébol, ella también puso sucursales en Ecatepec /.../ ¿Ya para qué vienen? Lo consiguen más caros porque sí me han dicho que los vende más caros, pero ya no se arriesgan, ni en el transporte porque aquí también en el transporte se suben y los atracan, saliendo del metro, los atracan y entrando aquí a Tepito los atracan, ¿ya qué les queda? Mejor ya no vienen, ya casi todos los clientes son jóvenes como estos que vinieron, puros ancianos igual que yo.<sup>71</sup>

De acuerdo con Rosalía, la violencia sí ha tenido un impacto negativo en el comercio del barrio: Tepito ya no era una opción para abastecerse de mercancía de bajo costo. Empero, esta situación conllevó a la consolidación de diversas estrategias microterritoriales (no aplican en todo el barrio) para detener las pérdidas económicas, aun cuando esto implicara la denuncia de vecinos. Por esta problemática, en la cuadra donde se ubica el comercio de Rosalía, sobre Tenochtitlán, los comerciantes, luego de reconocer a uno de los vecinos –y su *modus operandi*- como el culpable de atracar a los clientes, llamaron a la policía hasta que,

---

<sup>71</sup> Rosalía, comerciante, 70 años, entrevistada en diciembre de 2015.

después de cinco meses, llevaron preso al inculpado. Esta práctica se mantiene vigente, pero no siempre es necesaria ocuparla. Otra estrategia me la comentó el Sr. Sergio, comerciante y oriundo de Tepito, que en una situación similar a la de Rosalía, decidió con sus colegas de la cuadra, nombrar a un encargado de la seguridad; para garantizar su protección, este encargado portaba un machete para hacer uso de él cuando la situación se prestara.

Esta última estrategia es también producto de la falta de legitimidad de las autoridades, lo cual ha provocado que ante la amenaza de la violencia, sean los mismos habitantes los que hagan uso de la violencia para defender no sólo su comercio, sino también sus propias vidas, *los individuos amenazados por el uso de la violencia, y aquellos que han recurrido a la violencia ellos mismos en defensa propia, han justificado sus acciones en términos de la ética, los derechos del individuo, y otros diversos modelos de comportamiento razonable* (Rodgers, 2004: 18).

De esa guisa, la lectura del espacio que los sujetos— a través de un *habitus* socio-espacial— realizan, los lleva a identificar en qué zonas se encuentra el peligro y actuar con respecto al mismo (para protegerse de éste). Este actuar no sugiere necesariamente, la puesta en marcha de estrategias con el uso de la violencia, sino que entrañan una forma de organizar el espacio, aunque ésta implique cambios considerables en la vida cotidiana de las personas, como el uso restringido de la calle en ciertas horas o la modificación de los senderos que habitualmente transitan (Carrión, 2008).

En el primer caso, los testimonios de Víctor y Sofía (los más jóvenes), aclaraban muy bien ese punto. Víctor, por ejemplo, comentaba que Tepito era un barrio peligroso, en donde las muertes o los incidentes eran cotidianos; lo eran, pero no en la parte del barrio en la que se encuentra, que corresponden a las tres últimas cuadras de Tenochtitlán. Las primeras cuadras, en cambio, si las identificaba como peligrosas “más adentro, ahí sí está peligroso”<sup>72</sup>, al igual que lo hacía Sofía, argumentando que en esas mismas cuadras, por las cuales evitaba pasar, la venta de drogas hacía que el ambiente ahuyentara a los transeúntes y de manera particular, a los habitantes del barrio “allá adentro, el ambiente sí denso”.<sup>73</sup>

---

<sup>72</sup> Víctor, comerciante, 30 años, entrevistado en diciembre de 2015.

<sup>73</sup> Sofía, estudiante, 15 años, entrevistada en diciembre de 2015.

En el segundo, el de la cronología de la violencia, las calles en Tepito tienen un tiempo: de acuerdo al testimonio de nuestros entrevistados, en la mañana el barrio está tranquilo, sí hay percances, pero uno puede confiar en el apoyo que los comerciantes pueden darle en caso de que eso suceda; sin embargo, el panorama nocturno no se avizoraba de la misma forma. Joaquín argumentó que incluso, algunas calles cambian de vocación de noche: Jesús Carranza, la calle más peligrosa de Tepito, en las noches se convierte en un restaurante a cielo abierto, sacan sus puestos los vecinos para vender comida y la presencia de las personas, le otorga seguridad a la calle. En Tenochtitlán, no obstante, no pasaba lo mismo pues si te quedabas en la noche, podías presenciar las persecuciones entre policías y motonetas, las cuales no terminaban siempre de la mejor manera. La recomendación de Joaquín era quedarme en la noche, pero acompañe de alguien del barrio.

En consonancia con el análisis que realizamos en este capítulo, podemos decir que la conflictividad que se refleja en el espacio público es una muestra de diversos tipos de relaciones que se establecen en las narrativas de nuestros entrevistados, las cuales sirven para comprender, en un primer momento, la situación de violencia –intermitente- que se vive en este territorio. En un segundo momento, se analizaron las prácticas que los habitantes llevan a cabo en la calle, luego de una lectura que han hecho del espacio y que les permite actuar en consonancia. Por supuesto este actuar no implica la aceptación de las dinámicas que las actividades subterráneas imponen, sino la búsqueda de estrategias que los permiten lidiar día a día con estas. Surge entonces, una pregunta, ¿por qué, si la violencia está tan presente en su vida cotidiana, siguen en el barrio?

#### 4. Y sin embargo, me quedo

*Las circunstancias me piden un acto desesperado  
y pongo esta carta delante de los ojos que lo ven todo.  
He retrocedido desde la infancia, aplazando siempre  
esta hora en que caigo por fin.  
No trato de aparecer ante nadie  
como el más tribulado de los hombres.  
Nada de eso. Cerca o lejos debe haber otros que también  
han sido acorralados en las noches como ésta. Pero yo pregunto:  
¿cómo han hecho para seguir viviendo?  
¿Han salido siquiera con vida de la travesía?  
Confabulario, J.J. Arreola*

Al terminar cada entrevista que realicé durante el trabajo de campo, solía haber un momento de tranquilidad: nos relajábamos para platicar de todo. En esos momentos, creo que el enojo o la frustración evocados por los recuerdos que ahora veían como una realidad inasible, se alejaban. Entonces sí, la palabra de Dios, los álbumes de la familia, las idas al mercado, la porcelana italiana y alemana, el compartir la comida en la calle y las invitaciones a desayunar o a comer, salían a relucir. En esa cotidianidad, se avizoraban los porqués de su permanencia en el barrio.

Apunté en mi diario de campo cómo era su relación con el espacio y con los otros habitantes de por los menos la calle de Tenochtitlán y algunas otras cuadras aledañas. Resalté que, en el caso de los entrevistados con los que tomé un recorrido por el barrio, existía un estrecho lazo de comunidad: al encontrarse con amigos, se saludaban con enjundia (como si no se hubieran visto por mucho tiempo) o levantaban la cabeza para indicar que ya se habían visto. A diferencia de mi proceder en Tepito, ellos no mostraban miedo por transitar por las calles (aún por las que decían que eran peligrosas), al contrario, exhibían el reconocimiento de un orden muy propio del espacio.

Por supuesto, a mí me hacía bien caminar con ellos: servía para que la plática continuara y, sobre todo, para que la gente viera que yo no iba por mi cuenta, iba con ellos. De esa manera, como me lo hicieron saber Sofía y Joaquín, el estar con gente de Tepito, podía garantizar mi

seguridad en este espacio, *si te conocen o te ven con alguien del barrio, no te hacen nada.*  
<sup>74</sup> Esta regla, entendida desde Alejandro, funcionaba de la siguiente manera *si no te conocen, te observan y se sienten las miradas. Pero si frecuentas seguido el barrio y ven que estás con las personas de aquí, se empiezan a acostumbrar a ti.*<sup>75</sup>

Si bien es cierto que el conocer la forma en la que cotidianamente habitan el barrio mostraba un panorama distinto al de sus narrativas, en repetidas ocasiones me cuestioné el por qué no expresaban esa nostalgia impresa en las entrevistas cuando estaban en la calle. Y es que con las transcripciones de las entrevistas y los apuntes de mi diario de campo, me encontraba con una serie de contradicciones que no lograba comprender o quizá no sabía cómo hacerlo: era la primera vez que me confrontaba con una visión maniquea que iba del descontento por un espacio perdido, a la añoranza por el mismo.

En ese sentido, en el presente capítulo exploraremos estas contradicciones con la finalidad de dar respuesta a la pregunta que planteamos en el capítulo anterior, la cual refiere a los elementos que sostienen a nuestros entrevistados en el barrio, a pesar de las condiciones de violencia a la que apelaron constantemente durante las entrevistas. En general, estos elementos ponen en la mesa de discusión, el tema de la violencia como determinante –o no– en las formas de habitar el barrio.

#### **4.1 Si me voy de aquí, me muero**

Las primera contradicciones pululaban en torno a la postura que asumían con respecto a la situación actual de Tepito, marcada por fuertes rupturas en los lazos vecinales, el incremento del tráfico de drogas y sus propias dinámicas destructivas o por los conflictos generados por el intento de imponer un uso sobre el barrio y la resistencia de los habitantes a aceptarlo; cuestiones que en general, no avizoraban un panorama positivo de su espacio, al contrario, algunos fueron claros en expresar sus intenciones por salirse de Tepito, debido a que ya no constituía una opción viable –o segura– para vivir.

---

<sup>74</sup> Sofía, estudiante, 15 años, entrevistada en diciembre de 2015.

<sup>75</sup> Alejandro, comerciante, 51 años, entrevistado en diciembre de 2015.

Al mismo tiempo, entre el vociferio de las estrategias adaptadas para lidiar con las condiciones del barrio, se dejaba entrever el arraigo que tienen por el espacio:

No, mi mami ya no está aquí, hace 15 años se fue, dijo “ni madres, yo ya no regreso”, ya no quiso estar aquí mi mamacita. ¿Qué me sostiene aquí? Quién sabe, de verdad, porque muchas de las veces, mis hijos, mis hermanos me dicen “manita, ya vete de ahí, ya vete de aquí porque estás enferma, tú ya con tantos sustos ni corajes puedes hacer, mira y si quieres vete de aquí y te vienes a trabajar de algo” Sí, ya, ya me voy, pero no lo hago, no lo hago, nunca he intentado buscar en otro lado, o sea, venderla y buscar y ya encontrar en donde, nunca he intentado, pero sí digo que ya me quiero ir /... / Ya tiene como unos 4, 3 años que ya digo “ya, ya me quiero /... / nada más lo pienso pero no lo hago, porque no sé me da miedo, no sé si es para bien o es para mal, yo siento que si me voy de aquí, me muero...”<sup>76</sup>

El testimonio de Marta señalaba que, si bien le resultaba imperiosa su salida del barrio tanto por su enfermedad como por la violencia en el mismo, el alejarse implicaría un riesgo aún más alto que el de quedarse en Tepito debido a la pérdida de la sociabilidad y las dinámicas propias que se establecen en el barrio y que forman parte de la identidad colectiva de los habitantes de estos tipos de lugares.

No obstante, como se lee en el capítulo anterior, Marta refería el nivel de miedo que experimentaba en el barrio por la delincuencia y el narcomenudeo en la calle, o el nivel de estrés que sentía al saber que su hijo podía morir en alguno de los operativos que la policía ejerce. Insistía en que sus hijos se fueran de Tepito, en que no se quedaran a ver cómo terminaba todo; irse, pero sin avergonzarse del barrio. En esa exhortación, ella no estaba incluida.

Fíjate que mi hija vive lejos, por Tecamac y un día me puse mala y me dijo “vente mamá, vámonos para allá, para que descanses, mamá, ándale, ven” y me voy jueves, viernes, no, me fui el martes, miércoles, jueves, ya el viernes “ya vámonos de aquí, ya me quiero ir para mi casa” “ay, mamá, ¿ya te aburriste?” ¡Ya me quiero ir! No aguanté, no aguanté esa tranquilidad, es que es una tranquilidad a donde viven ahí, no aguanté la tranquilidad.<sup>77</sup>

---

<sup>76</sup> Marta, comerciante, 52 años, entrevistada en diciembre de 2015

<sup>77</sup> Marta, comerciante, 52 años, entrevistada en diciembre de 2015

La postura de Marta oscilaba entre el miedo que la delincuencia en el barrio le provocaba y la seguridad que el saberse entre conocidos le otorgaba. El ritmo de las dinámicas propias de la calle, el ruido y la sociabilidad del barrio, eran elementos que ya formaban parte del *habitus* de Marta y que le permitían experimentar en ese espacio conocido-domesticado, la sensación de estar en casa, lo cual no sentía estando con su hija, aunque el vínculo fuera más que estrecho.

Brisa leía esta identidad barrial como parte inherente del ser humano, inamovible, que se forja en un panorama marcado por la convivencia familiar y vecinal que protegía de cierta manera, a los que forman parte del espacio compartido. Eso, como arguyó en la entrevista, es lo que se anhela a la distancia:

Manríque y yo somos de Tepito, los dos somos desde nuestros bisabuelos, que estamos ahí, ahí está nuestra raíz, no te puedes zafar de esa raíz, siempre va a estar contigo, siempre va a seguir contigo hasta que te mueras. Nuestro espacio vital es el barrio, de ahí somos, de ahí nos formamos, de ahí crecimos, nuestra familia, nuestros seres, la familia ampliada que vienen siendo los amigos con los convives en el patio y vivimos y crecimos juntos, Manríque le decía que era la familia ampliada, esa familia ampliada, también nos unió y nos formó y nos vemos como familia cuando nos llegamos a reencontrar y nos apapachamos y nos sentimos como familia, no somos ajenos a nada de eso y esa es nuestra fortaleza, ese es nuestro identidad, eso es lo que nos hace vivir porque es lo que manifiestas constantemente, aunque lo niegues, aunque tú digas "no, yo nací en las Lomas", se te va anotar, no eres de las Lomas.<sup>78</sup>

Otro testimonio, es el del Sr. Felipe. Entre el hastío que le ocasionaba vivir en Tepito, aunado a las múltiples referencias a su no ser tepiteño, la historia del Sr. Felipe reafirmaba esa contradicción. El Sr. Felipe maneja un estacionamiento en la calle de Tenochtitlán, es un predio muy amplio que renta desde que tiene 17 años (actualmente tiene 62 años) y a su cargo, están varios chicos provenientes del estado de Veracruz. A cambio de sus servicios – limpiar y acomodar carros- el Sr. Felipe les ofrece alojamiento y comida sin cobrarles nada; para él, la base de sus relaciones era confiar en los demás, ayudarles y ser amable, de esa manera, genera un sentimiento de reciprocidad que le asegura protección dentro del barrio.

---

<sup>78</sup> Brisa, jubilada, 62 años, entrevistada en diciembre de 2015.

El negocio ha salido bien, lo suficiente como para comprar casas en otros estados de la República, como la de Guanajuato, en donde viven su esposa y sus hijos y a la cual va frecuentemente.

Tepito no le gustaba por muchas cosas, como los muertos o asaltos que cotidianamente tienen lugar en el barrio y que lo recluyen en su estacionamiento para salir únicamente a comprar los alimentos necesarios para prepararles a sus trabajadores, pero fuera de eso, no salía porque, como mencionó, “la gente es muy fea”. Tampoco su negocio se salvaba de esos acontecimientos cotidianos: tiempo atrás, entró gente que él identificó como parte del barrio, para robarle un carro que recién había adquirido; además, el ser amable con los demás, no lo blindaba de intentos de asalto a sus clientes, por lo que tenía que recurrir a una estrategia propia: salir a la defensa “aquí no, con mis clientes no, no te metas aquí adentro, deja que salga”.<sup>79</sup>

En ese tenor, le pregunté por qué no se quedaba en Guanajuato, hasta lo que había comentado, Guanajuato no despertaba ningún malestar como en Tepito y parecía que era un lugar tranquilo, lejos del bullicio que se vive en el barrio. Su respuesta fue clara: si no se iba era porque en el barrio ya había entablado una relación laboral y de amistad con sus trabajadores, “aquí ya me conocen, en Guanajuato nadie me hace caso, por eso siempre regreso acá”<sup>80</sup>. A pesar de no mencionarlo directamente, si no se iba de Tepito era debido a la sociabilidad que diariamente se deja ver en el barrio (mientras lo entrevistaba, fuimos interrumpidos en más de diez ocasiones por la gente que pasaba a saludarlo) y que al menos, le permite ubicarse dentro de un espacio, asirlo como propio, a tal grado que, de acuerdo con su testimonio, se iría de Tepito hasta que se muriera.

Los testimonios anteriores, no pueden leerse sino a través del sentido de comunidad local que caracteriza a Tepito y que no es resultado de un evento fortuito, al contrario, forma parte de su condición de barrio:

En la perspectiva sociológica, el barrio puede aparecer como el espacio de la cotidianidad del habitar y de la construcción de relaciones de vecindario y solidaridad, distinto a la vez que

---

<sup>79</sup> Sr. Felipe, comerciante, 62 años, entrevistado en diciembre de 2015.

<sup>80</sup> Sr. Felipe, comerciante, 62 años, entrevistado en diciembre de 2015.

complementario de los espacios más abiertos articulados con los ámbitos del trabajo, del ocio y la cultura, o de la movilidad intraurbana. (Coulomb, 2012: 51).

Otra definición que encontramos y que consideramos pertinente en tanto que no sólo describe a Tepito como barrio, sino además, alude a su centralidad, haciendo de este un barrio céntrico:

Estos barrios actualmente son zonas de la ciudad que conservan una cierta estructura espacial heredada de la época de la Colonia (son los barrios indígenas que, con el tiempo, alojarían los barrios virreinales y las colonias surgidas desde el siglo XIX) y cuya población no sólo comparte un territorio y un equipamiento común, sino también un patrimonio heredado de objetos físicos y modos de convivencia intangibles (en algunos casos difícilmente asimilables por los nuevos pobladores), de tal manera que mantiene tradiciones y formas de vida que le dan una identidad especial. (Monterrubio, 2012: 94)

A diferencia de otras partes de la ciudad, la condición de barrio remite a un sentido de comunidad que en el caso de Tepito, involucra a la convivencia vecinal, a la historia heredada y compartida, a los espacios comunes, al sentirse parte de una comunidad, pero sobre todo, al hecho de que en Tepito se encuentran todos los servicios y usos de suelo (comercial, vivienda, principalmente): hay escuelas, comercios, mercados, deportivos y espacios culturales que permite el desarrollo de la vida de los tepiteños al interior del barrio (Reyes Domínguez y Rosas Mantecón, s/a:194), esto es, que su condición de centralidad también ha generado una residencia permanente por parte de sus habitantes al contar con los servicios necesarios para vivir.

En consonancia con lo anterior, se comprende lo que mencionó Joaquín al señalar la falta de un “saber actuar” en espacios fuera de Tepito por parte de los propios tepiteños, debido a que, como no hay una necesidad imperiosa que los conduzca a salir del barrio, la experiencia de habitar la ciudad, se vuelve casi impensable, “los tepiteños casi no salen del barrio: estudian o trabajan ahí mismo, por eso no saben cómo comportarse afuera, creen que todo es Tepito”<sup>81</sup>. Este punto se explica de la siguiente manera:

---

<sup>81</sup> Joaquín, comerciante, 64 años, entrevistado en diciembre de 2015.

En ese sentido, consideramos que existe una forma de la relación con el espacio local que es definible como residir sin habitar. Esta modalidad es propia de algunos habitantes de la ciudad, quienes habitan la metrópoli pero no su espacio de proximidad (colonia, condominio, barrio), donde únicamente residen. En cambio, otros sujetos habitan intensamente el espacio local y mucho menos el de la metrópoli. En ese caso, no necesariamente se debe suponer la existencia de “identidades locales”, pero sí de una cierta dosis de arraigo... (Duhau y Giglia, 2008: 24).

El apego territorial traducido en los lazos de convivencia de los distintos actores que convergen en la calle, no niega la latencia de un conflicto en el espacio público derivado de los distintos intereses que cada agente expresa; sin embargo, sí nos permite reformular la idea de que la violencia es un elemento que determina la permanencia o expulsión de los habitantes de un espacio geográfico delimitado. En todo caso, sería importante reconsiderar en qué espacios sí es una determinante y por qué lo es o qué tanto peso tiene en las formas de habitar un territorio.

Habría que matizar, no obstante, que la permanencia en el barrio de algunos de nuestros entrevistados, está hecha a título personal, esto es, sin contemplar a sus hijos o sus familiares. Alejandro, comerciante en la calle de Tenochtitlán y oriundo de Tepito, reconocía que la situación en el barrio no era sencilla; para él, el barrio era más violento que antes, pero no lo suficiente violento como para irse del barrio (“a todo te acostumbras”). Empero, no estaba convencido de lo mismo para su familia: Alejandro había optado por enviar a sus hijas a otra parte de la metrópoli, a Ecatepec, sobre todo, porque lo que implicaba que fueran mujeres y porque sabía que si permanecían en el barrio, correrían muchos peligros. Aun así, el haberlas enviado a vivir a Ecatepec, no resultó como lo esperaba, debido a la delincuencia que también prevalece en este espacio que no las ha eximido del mismo peligro que en Tepito “como te digo, en todos lados hay malosos.”<sup>82</sup>

El apego por el barrio no sólo estaba en los que actualmente residen ahí, sino también en los que se habían ido o en los que por un tiempo se habían alejado –involuntariamente- de Tepito. En el primer caso, Brisa y Enrique, ahora exresidentes de Tepito, mostraban una identidad

---

<sup>82</sup> Alejandro, comerciante, 51 años, entrevistado en diciembre de 2015.

barrial que además, había sido importante para las distintas acciones que habían realizado a favor del barrio. Brisa, por ejemplo, comentaba lo siguiente sobre Tepito.

Mira, voy porque sientes una necesidad de ir, como que sientes así “aquí está mi raíz, ¡todavía está!”, o sea, sabes que es importante, que el día que se acabe te va mal, para nosotros va a ser terrible, para mucha gente que hemos salido del barrio, ahí está, ¿qué va a pasar con todo lo que ha surgido de ahí? Ni sé, voy con cuidado, pero me da mucho gusto ir, siento la emoción, pues, la nostalgia, la añoranza, el deseo de ver a mis gentes, a los que conocen y me conocen y verlos y abrazarlos y platicar, es padre, ¿no? Pero voy con cuidado, sabiendo que puede pasar cualquier cosa, pero que vale la pena, vale la pena ir... Yo no sé qué va a pasar y cada día la veo más negra, ¿no? Yo no sé todos los que hemos salido de ahí, todos, de alguna manera u otra, lo van a sentir y es impresionante cómo están regados los tepiteños, parecemos cucarachas, a donde vayas te vas a encontrar a un tepiteño, a donde vayas hay alguien que es de Tepito o que tiene sus raíces en Tepito /.../ <sup>83</sup>

Por su parte, hablar de Tepito para Enrique era hablar de su propia vida:

Mi vida, mi vida, mira, ahí en uno de los blogs que comento cuando voy por Aztecas que es donde más conviví, te repito porque marcó mucho para mí Tenochtitlán y Aztecas mucho mi vida porque desde los 4 años /.../ nosotros llegábamos a las 8 – 9 de la mañana y a las 8 -9 de la noche recogíamos, la mitad de mi mitad la pasé ahí, con toda la gente que conocí ahí, con las chamacas, con las novias, con mis amigos, o sea, voy a Aztecas y se me hace un nudo a la garganta, me acuerdo de todos los años que viví ahí, mi vida, todo lo que yo aprendí /.../ Tepito mi niñez, mi juventud, mi adolescencia, hasta entrar a mi madurez sueño con Tepito, yo soy Tepito, yo soy un ejemplo chiquito de Tepito<sup>84</sup>

Es importante mencionar que la salida de Enrique y la de Brisa, no fue consecuencia de la violencia, a la cual ellos imputaron bastante responsabilidad en la situación de deterioro en Tepito (hicieron especial énfasis en el tráfico de drogas y en la deterioro de la sociabilidad del barrio con la destrucción de las vecindades). El motivo por el que decidieron alejarse del barrio respondía a la búsqueda de privacidad y por lo acordado con sus respectivas parejas.

---

<sup>83</sup> Brisa, jubilada, 62 años, entrevistada en diciembre de 2015.

<sup>84</sup> Enrique, jubilado, 56 años, entrevistado en enero de 2016.

Lo anterior no ha evitado que ambos continúen visitando de manera asidua el barrio en donde por cierto, aún residen sus familiares más antañanas y sus amigos de la juventud.

En lo que concierne a los habitantes que pasaron un tiempo considerable en el reclusorio, en sus testimonios podíamos observar que, aun cuando fueron encarcelados en el barrio, ellos anhelaban regresar a Tepito. El deseo de hacerlo era riesgoso, debido a que la policía ya los tenía localizados, empero, ellos regresaban. En su caso, es posible que no sólo fuera por motivo de los amigos o de la familia que ahí residía, sino también en la certeza de encontrar una fuente de empleo entre sus conocidos. Hoy en día, ni Enrique ni Federico viven en Tepito, pero no han dejado de tener un vínculo con el barrio (trabajan de martes a domingo ahí).

Se puede decir, por lo tanto, que el sentido de pertenencia y la identidad barrial daban cabida a una seguridad a la cual constantemente refieren los entrevistados, los pobladores de los barrios pobres encuentran seguridad en la búsqueda del sentido de pertenencia, de la identidad comunitaria y de la participación colectiva en lo local –así como el intento perenne de borrar los estigmas que vienen desde afuera- (Castel, en Carrión 2008: 120).

Esta seguridad cumple un papel importante en el barrio como sustituta de la acción efectiva de la policía. Luego de un intento de violación a un niño, los conocidos de la mamá que también vivían en el barrio, buscaron al presunto culpable para golpearlo hasta morir (otros comentaron que lo mataron). Como Víctor mencionó, “el barrio también te protege, se cuidan entre ellos, porque actos, como los del señor, no se permiten.”<sup>85</sup> En ese sentido, la justicia ejercida por los propios habitantes, pone en duda el papel de la policía en el barrio, el cual está bastante deslegitimado.

Aunado al apego territorial, las relaciones locales sirven para explicar cómo, a pesar de las pocas ganancias que algunos comercios ya representaban para los propios tepiteños, ellos siguen vendiendo ahí, como lo explica Ángela Giglia.

Para muchos tianguistas, vender en la calle no es la única actividad, y a menudo atienden más de un puesto. /.../ La observación realizada con diferentes tipos de vendedores muestra que el comercio ambulante es poco remunerativo, ya que hay varios días en que apenas se logra

---

<sup>85</sup> Víctor, comerciante, 30 años, entrevistado en diciembre de 2015.

reponer el gasto en pago de derechos y comida. Aun así, se practica porque es una actividad que va más allá del “salir a vender”. Para los comerciantes, la venta en la calle es una labor atractiva, entre otras cosas, por la posibilidad de estar en el espacio público, observar a la gente que pasa, así como platicar y entablar relaciones con diferentes personas (2006: 79-80).

La Sra. Rosalía ya lo había comentado: el negocio ya no es como antes. El vacío de las calles que otrora albergaban a grandes cantidades de clientes, lo evidenciaba; antes, a las 12 de día, las calles estaban repletas de gente, hoy sólo pasan algunos (si es entre semana), a comprar o sólo a ver. Alejandro, por ejemplo, comentaba que las ventas habían bajado y con ellos, sus viajes a China -en donde compraba su mercancía- habían sido postergados o cancelados para pasarlos a otros años. Se argumentaba, por parte de otros entrevistados, que aunque algunos les imputen a los chinos y sus precios muy bajos esta baja, habían sido precisamente ellos quienes habían dado un segundo aire al comercio en el barrio, con mercancías desechables, pero al fin y al cabo, vendibles.

Mediante las observaciones que realicé durante mi trabajo de campo y por los testimonios de los entrevistados, comprobé la baja remuneración que tienen, sobre todo entre semana, cuando el barrio no muestra ya una gran afluencia de personas. Los días que permiten recuperar las ganancias, son los fines de semana. No obstante, me quedaba claro que aun cuando la venta fuera baja, ellos no dejarían de vender en el barrio y no lo hacían por las otras relaciones que el vender entrañaba y que refieren a la sociabilidad establecida entre distintos agentes, tanto entre comerciantes, vecinos, como con los clientes que venían de otras partes del barrio.

El ejemplo de Joaquín nos permite ilustrar lo anterior. Joaquín no es oriundo de Tepito, es del barrio de la Candelaria, aledaño a Tepito. Llegó al barrio luego de haber conocido la que después sería su mujer: ahí compraron un departamento y un espacio en la calle para dedicarse, entre otras cosas, a la fayuca. Sin embargo, la caída de ésta, llevó a Joaquín a replantear el tipo de mercancías que vendería, optando por la venta de discos, pero no de cualquiera: Joaquín vende sólo aquellos discos que contengan la música que le gusta y de ésta sobre sale el flamenco, el blues y el jazz. Cada disco lo vende en 20 pesos, precio que cubre el costo de producción (en ocasiones, él mismo arma las listas de reproducción) y un

poco de ganancia para él. La música que vendía la había aprendido en la radio (Radio Educación), la cual sintonizaba mientras desempeñaba su trabajo de chofer.

Me di cuenta, por los largos ratos que me quedaba sentada en el puesto de Joaquín, que casi no vendía discos, quizá por lo poco comercial que eran. Esto no significaba una tragedia para él, considero que si día a día montaba con el mismo empeño de siempre su puesto, era porque disfrutaba la compañía de la gente con la que compartía su música. En algunas ocasiones, el puesto de Joaquín estaba ocupado por jóvenes, extranjeros y/o adultos mayores que van a aprender (mutuamente) del amplio repertorio de Joaquín (ha sido entrevistado por varios medios de comunicación y su fama es bien conocida en Tepito). En muy contadas veces, observé vacío su puesto que, además de fungir como sostén de sus mercancías, también hace las veces de mesa para comer, beber o jugar. En ese aspecto, la visita de diversas personas no significaba necesariamente la compra de discos, pero sí el desarrollo de redes sociales que lo hacían sentirse como parte del barrio.

El comercio informal en Tepito, genera opiniones controversiales entre los habitantes del barrio. Por un lado, ha ocupado los pocos espacios públicos que quedaron disponibles después del temblor (la calle, principalmente) y con ello, afectó al tipo de prácticas que ahí tenían lugar (juego de los niños, el paseo por las calles). Por otro, el comercio ha traído al barrio a una diversidad de sujetos que, en esencia, definen la experiencia de lo público,

La difusa presencia de los tianguis en las calles de la ciudad genera una importante oportunidad para hacer la experiencia de la dimensión pública, en la medida que permite entablar aquellas relaciones anónimas, efímeras, transitorias y parciales que constituyen el meollo de la dimensión del espacio público (Giglia, 2006:84).

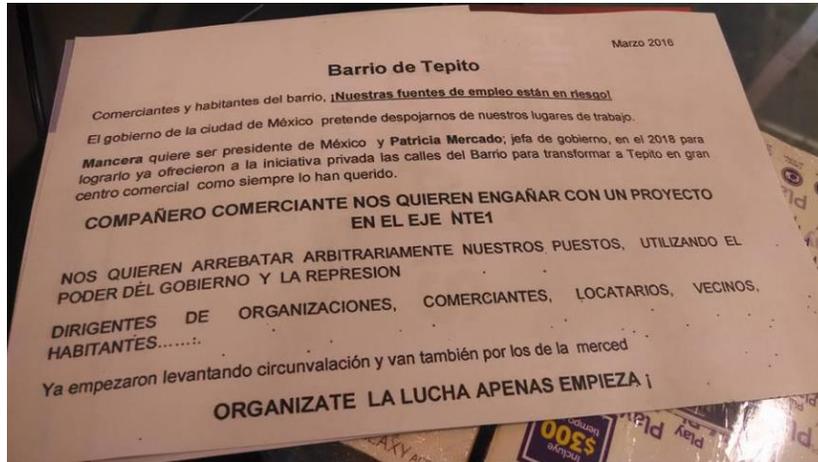
De esa guisa, la diversidad de agentes que asisten al barrio permite la existencia paralela de dos o más tipo de relaciones: aquellas que se entablan entre los extraños (comprador-vendedor) y/o aquellas entre conocidos, siendo la calle el espacio público que visibiliza estas relaciones. Estas engloban la puesta en práctica de una serie de acciones que apelan a uno de los pilares de la democracia: la información. Así, la calle también se convierte en un “periódico oral”, en tanto que es ahí donde el intercambio de información de todo tipo (política, cultural y hasta de los propios vecinos) tiene lugar, *las calles son la ocasión del*

*encuentro, es en donde las noticias se intercambian, donde la información se difunde. Sin un espacio público en donde la gente no pueda detenerse y platicar, ninguna democracia es posible* (Claval, 2001:26. Traducción propia).

Por esta práctica es que se enteran de los acontecimientos en el barrio, de las intenciones del gobierno por llevar a cabo operativos o decomisos, de los proyectos del gobierno hacia el barrio o del apoyo que tal o cual vecino requiere. No se trata únicamente de la transmisión de esta información, sino de la acción que viene de por medio y que sugiere una clara exhortación a la organización de los diversos agentes en el barrio (Imagen 2). Es importante remarcar que la oralidad transmitida en la calle, ya se ha ampliado a las redes sociales con un objetivo similar: hacer pública la información.

En la página de “Tepito Antiguo” en Facebook, los vecinos suelen publicar eventos importantes que conciernen a todo aquel que esté interesado en Tepito: incidentes en el barrio (como el cuerpo descuartizado encontrado en las calles de Tepito en mayo de este año), la presencia de la policía (avisan en qué parte se localizan, sobre todo a los motonetos, quienes eran detenidos por no portar casco), ayuda mutua (localización de familiares y mascotas) y las noticias de las movilizaciones que se han realizado en contra de las intervenciones del gobierno (Imagen 3 y 4).

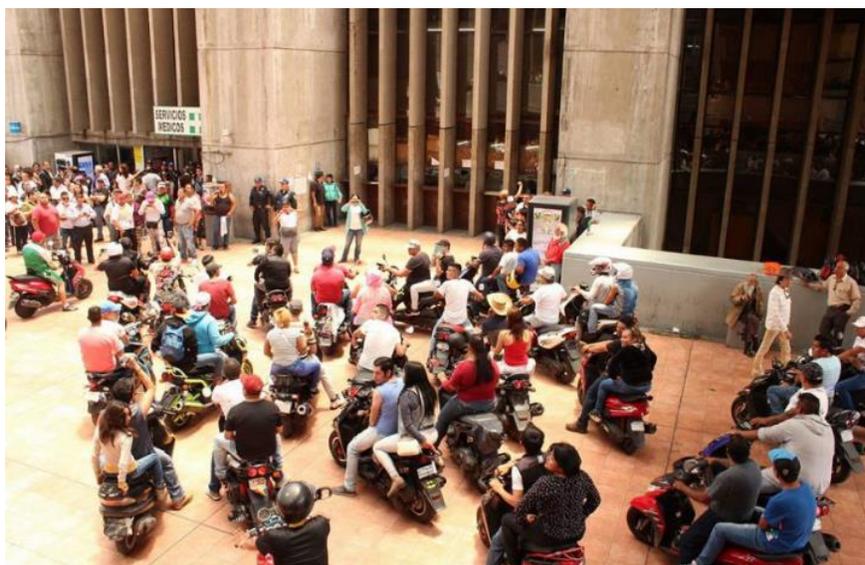
**Imagen 2.** Boletín que advierte sobre la puesta en marcha de un posible proyecto en el Eje 1. Fuente: Tepito antiguo.



**Imagen 3.** Movilización hacia la delegación Cuauhtémoc en contra del corredor comercial Eje 1. Fuente: Tepito antiguo.



**Imagen 4.** Plantón en la delegación Cuauhtémoc en contra del corredor comercial Eje 1. Fuente: Tepito antiguo.



En suma, el comercio en el espacio público ha dado cabida a la asistencia de diversos sujetos al barrio: de ahí que la reconfiguración de sus usos se haya hecho necesaria. Es importante, de esa forma, entender que la expansión del comercio a las vías pública, no ocasionó el ocaso de la sociabilidad, pero sí fracturó los espacios que solían asociarla a la misma. Esta reconfiguración tampoco quiere decir que sea un espacio sin conflicto: el conflicto está latente, siempre presente, más no siempre manifiesto.

Es por ello que nuestros entrevistados, cuando apelaban a que el barrio siempre cambia, es porque en esos cambios, se manifiestan conflictos tanto entre los mismos habitantes (cuando es el caso de recurrir a estrategias para controlar la violencia), como de estos y el gobierno, el cual es el más frecuente en Tepito y el que sí provoca la desestabilización del orden del espacio, como lo fue la intromisión para la expropiación de Tenochtitlán 40 y de la cual ya hemos ahondado. Basta con recordar que no son gratuitos el incremento o la visibilidad de la violencia en el barrio, surge siempre por el conflicto que genera la relación entre distintos agentes.

El resultado de la renegociación de los usos de la calle ha sido, igualmente, uno de los motivos por los que la gente no se ha ido de Tepito. Joaquín comentó al respecto:

Tepito no discrimina, aquí ves pasar de todo: gays, lesbis, güeros, parejita; últimamente se ha dado mucho el gayismo, ves a muchos chavos de acá de parejita y pasan y les gritan “putos”, pero eso son, ¿no? Así como puede pasar un negro y le gritan “negro” porque eso es”.

La prevalencia de diversos agentes, con capitales culturales y económicos distintos, se evidencia en la calle. Sin embargo, esta libertad o apertura a la que alude Joaquín no se hace presente en todo el barrio, ni es percibido por todos de la misma manera.

¿Cómo ha llegado Tepito a tener el conflicto que tiene en su espacio "público"? Su espacio público fue invadido por seres ajenos al barrio, apoyados por ciertas gentes del barrio por intereses, donde el mismo espacio, después de haberse fortalecido, porque ahí tenían su economía propia, la mayoría de la gente no tenía que salir del barrio para poder obtener lo que necesitaba para vivir humildemente, pero lo tenía.<sup>86</sup>

Además, Tepito en su carácter heterogéneo, tanto en usos como de prácticas, no permite que esta realidad expresa en el testimonio de Joaquín sea una realidad explícita: hay partes enteras en donde incluso, como lo mencionó la Sra. Carmen, la predicación de una religión no es permitida y no lo es, no por una cuestión de intolerancia, sino de cierres simbólicos del espacio que generalmente se vincula con la peligrosidad del mismo. Esta peligrosidad socava la alteridad que tanto caracteriza al barrio.

Lo anterior no obvia la apertura –o la oportunidad- a quien vaya a Tepito y sea lo bastante ingenioso o trabajador (en el caso de las actividades lícitas) para aprovechar la vocación comercial del barrio. El Sr. Sergio y su esposa, la Sra. Carmen, argumentaban lo siguiente “muchas gente llega al barrio y se hace de dinero; por ejemplo, unas mujeres provenientes de Oaxaca, comenzaron a vender café y se hicieron de mucho dinero”.<sup>87</sup>

---

<sup>86</sup> Brisa, jubilada, 62 años, entrevistada en diciembre de 2015.

<sup>87</sup> Sr. Sergio y Sra. Carmen, 63 años, entrevistados en diciembre de 2015.

Las oportunidades de encontrar empleo en Tepito son altas, pero sin beneficios sociales, como el contar con un seguro o un fondo de pensión. No obstante el decaimiento económico al que tanto se alude, Tepito sigue siendo un fuerte atractivo comercial para su población y para el resto de la metrópoli. Es, como lo comentaron los entrevistados, “el Estados Unidos de México” porque ahí, sabiendo leer el espacio, cualquiera podía hacerse millonario.

Finalmente, la intención de este capítulo es mostrar que la violencia, si bien ha permeado en la estructura interna del barrio, ésta no ha sido una determinante que expulse directamente a su población. Al contrario, hay elementos que son necesarios retomar, como el sentimiento de comunidad, la identidad barrial y sobre todo, la centralidad de Tepito, que se constituyen como factores con un mayor peso en la decisión de permanecer en el barrio, aun considerando la incertidumbre de su futuro. Como lo menciona Wacquant, *en medio de su desolación persisten islotes dispersos de (relativa) estabilidad económica y social, que ofrecen plataformas de lanzamiento frágiles, pero cruciales para las estrategias de enfrentamiento y escape de sus residentes, y nuevas formas de sociabilidad se desarrollan continuamente en las grietas de un sistema que se desmorona.* (2001: 43-44).

## **Reflexiones finales**

La investigación que llevamos a cabo nos permitió comprender que la discusión en torno al espacio público trasciende la delimitación geográfica y los múltiples adjetivos que usualmente le atribuyen (consenso, convivencia, libertad de expresión), para comprenderlo desde aquellas perspectivas que aluden a la tensión y al conflicto que en el espacio público tienen lugar y que responden a una coyuntura y a un espacio urbano específico.

La violencia, en ese sentido, se analizó desde las relaciones de conflictividad que no sólo surgen de la diferencia de agentes en un mismo espacio, sino también de sus respectivos usos e imágenes que nacen del ideal del espacio público que se pretende proyectar y/o conservar. En ese sentido, el espacio público visibiliza la tensión y el conflicto que estas relaciones entrañan mostrando que, más allá de pensar al espacio desde un papel secundario, es necesario ponerlo como un elemento en disputa.

Así, el barrio de Tepito se exhibe como un espacio que debido a diversos factores como el ambulante, el narcomenudeo, la informalidad, la sociabilidad que entre sus habitantes y algunos visitantes asiduos establecen, así como a su centralidad, dan cabida a una multiplicidad de actividades que exaltan la heterogeneidad y diversidad de un barrio que se concibe como homogéneo. Esa heterogeneidad y ambivalencia de actividades que van de lo ilegal a lo formal, exponen de manera particular los intereses que hay en y sobre Tepito: desde las políticas de reordenamiento del espacio urbano, hasta la abierta intención de inversionistas privados en el barrio por las ventajas de localización con las que cuenta.

Aunado a lo anterior, el estigma que pesa sobre el barrio y que se posiciona como un referente bien consolidado en el imaginario urbano, han convertido a Tepito como un territorio impenetrable al que sólo acceden aquellos que han entendido las reglas operativas y tácitas propias de este espacio local. Así, la violencia que se le imputa desde sus comienzos como barrio indígena -y que se observa con mayor énfasis en ciertos momentos de su devenir histórico-, parecen confirmar que la situación del espacio público se constriñe al conflicto y al cierre simbólico de cualquier oportunidad de visitar o incluso habitar el barrio.

El estigma que pesa sobre Tepito no sólo recae en las dinámicas que ahí se llevan a cabo, sino también en su población y en la continua reproducción de supuestos atributos – generalmente peyorativos- propios de sus habitantes, que aluden a la naturalización de la violencia como parte intrínseca de ellos mismos. Lo anterior lo podemos encontrar en los distintos medios de comunicación que han documentado los acontecimientos que cotidianamente tienen lugar en el barrio y que se piensan como producto de las acciones que entre los mismos tepiteños han propiciado; ergo, la responsabilidad es exclusivamente de ellos, aun cuando en ciertas ocasiones sea resultado de las confrontaciones con el gobierno.

En ese contexto, podría asumirse entonces que la violencia es un factor que ha mermado la condición de apertura del espacio público, acotándolo exclusivamente a sus habitantes y a los compradores que asiduamente acuden al barrio, principalmente. En ese tenor, la hipótesis que propusimos al comienzo de la investigación que versa sobre la determinación de la violencia en la forma en la que sus habitantes apropian el espacio público de Tepito, pareciera cumplirse.

No obstante, no lo fue. En primer lugar, el realizar el trabajo de campo antes del desarrollo teórico, nos mostró que el tema de la violencia trasciende el dato que apela al número de crímenes y víctimas que ahí tienen lugar, así como a los grupos responsables de cometer estos hechos. Pudimos comprender, a través de las narrativas de nuestros entrevistados, que la violencia no es unívoca ni uniforme, ni tampoco permanente. Lo anterior se comprobó con el análisis teórico de la violencia, desde la perspectiva que la considera como una relación entre distintos agentes con intereses particulares y generalmente divergentes.

Tomar en cuenta el papel del gobierno y su acción u omisión en el barrio y repensar a la violencia desde este actuar, nos dio cabida a observarla desde un enfoque que rompe con la asociación establecida entre elementos morales, psicológicos e incluso de estratos económicos, como causas que explican o conllevan a la violencia, para cuestionar, así, en qué medida responde más bien a las acciones del gobierno en el barrio que se territorializan en forma de políticas de ordenamiento urbano o en la confrontación que la aplicación de estas ocasiona con los habitantes. Es importante asimismo, mencionar que el estudio de la violencia nos mostró la necesidad de observarla desde un temporalidad y espacialidad

específica pues, como lo mencionaron nuestros entrevistados, el barrio siempre cambia y con ello, los fenómenos sociales que ahí tienen lugar.

En segundo lugar, los testimonios que obtuvimos de nuestros entrevistados, dejaban claro que, si bien la violencia era un hecho innegable en el barrio, ésta no constituía una razón suficiente para abandonar la calle, ni tampoco Tepito. Finalmente, pesaban más la centralidad del barrio (mercados, medios de transporte, escuelas, rápida conexión con otras partes de la ciudad sociabilidad, empleos) y sobre todo, la sociabilidad que se expresa en la calle, que la violencia. Incluso, los que se habían ido de Tepito, no lo habían hecho por causa de este fenómeno, sino por la búsqueda de otras comodidades, como la privacidad o por decisiones externas a ellos.

Lo anterior no niega la existencia real de la violencia en el barrio: inexorablemente, en algún punto de las narrativas de nuestros entrevistados, el tema de la violencia se presentaba, ya sea a través de experiencias directas, en la transformación de las dinámicas económicas locales o en el expreso reconocimiento de espacios y horarios peligrosos que exhibían que efectivamente la violencia está presente. En ese tenor, habría que aclarar que la violencia no se reconocía como un evento en particular, ni como un hecho aislado: nuestros entrevistados identificaban con precisión los acontecimientos históricos y los involucrados en estos, los que ocasionaron la decadencia del barrio. De ahí que la fayuca y el sismo de 1985 fueran constantemente resaltados en la búsqueda de una explicación que diera cuenta de la situación que actualmente experimenta Tepito.

Otra de las herramientas que empleamos –los recorridos de campo- comprobaban que, a pesar del discurso que predomina en los medios de comunicación que perpetua la imagen de Tepito como barrio violento, la gente sigue acudiendo a éste e incluso, los agentes que se hacen presentes en el espacio público son de capitales económicos y culturales variables que convergen (mas no siempre conviven) en el espacio que mayor ocupación muestra en Tepito: la calle. No era fortuito, por ejemplo, compartir los alimentos con vendedores ambulantes, músicos y doctorantes. Por supuesto, para que eso pueda suceder, se impone como imperiosa necesidad el conocer las reglas de este espacio, pues Tepito no es territorio fácilmente domesticable.

A manera de reflexión final, es importante mencionar que a lo largo de esta investigación, tratamos de dar voz a aquellos que experimenta día con día el estigma de la violencia y la violencia en sí misma (con variantes que generalmente no corresponden con la información que encontramos en los medios de comunicación), ya que son ellos los que mejor pueden hablar de la condición del espacio público en el barrio de Tepito. Con ello, complementamos sus aportaciones con el análisis teórico que enlaza a la violencia con una relación social en conflicto y al espacio público como un contenedor del mismo que influye, sin duda alguna, en la forma en la que éste es apropiado por sus habitantes.

Finalmente, consideramos que la aportación de esta investigación estriba en la manera en la que problematizamos las premisas de las que parte el ideal del espacio público para señalar que, aún en un espacio que sugiere directamente la ausencia o extinción de lo común y compartido, existen elementos que nos permiten confirmar que en estos territorios pesan más las relaciones sociales de por medio (económicas y culturales también), que la variable de la violencia como causante de la crisis del espacio público. De igual manera, esta investigación aporta al estudio de la violencia en barrios históricos y céntricos como Tepito, el tomar en consideración la acción de otros agentes en estos espacios, más que la lectura de cifras que continúen reproduciendo el estigma que pesa sobre estos barrios.

## Bibliografía

Alvarado, Arturo. (2012). *El tamaño del infierno: un estudio sobre la criminalidad en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México*. México: El Colegio de México.

Aréchiga, Ernesto. (2003). *Tepito: del antiguo barrio de indios al arrabal. 1868-1929, historia de una urbanización inacabada*. México: Ediciones ¡Uníos!/Unidad Obrera y Socialista.Borja.

Borja, Jordi. (2011). “Espacio público y derecho a la ciudad” *Revista Viento Sur*, Número 116, pp. 39-49.

----- (2003). “Espacio público y espacio político”, en *La ciudad conquistada*. Madrid: Alianza.

----- (2000). El espacio público, ciudad y ciudadanía, Barcelona, Recuperado desde: <http://pensarcontemporaneo.files.wordpress.com/2009/06/el-espacio-publico-ciudad-y-ciudadania-jordi-borja.pdf>

----- (s/f). Seguridad ciudadana: un desafío para las políticas locales, Antioquía: Universidad e Antioquía/Facultad de Ciencias Sociales y Humanas/Centro de Estudios de Opinión.

Borja, Jordi. (2003). “La ciudad es el espacio público” y; Ramírez Kuri, Patricia. “El Espacio Público: ciudad y ciudadanía. De los conceptos a los problemas de la vida pública local”; en Patricia Ramírez Kuri (coord.). *Espacio público y reconstrucción de ciudadanía*. México: FLACSO/Miguel Ángel Porrúa.

Bourdieu, Pierre. (1999). *La miseria del mundo*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Bourdieu, Pierre y Loïc Wacquant. (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*, México: Siglo XXI.

Bourgois, Philippe. (2003). *En búsqueda de respeto. Vendiendo Crack en Harlem*. Argentina: Siglo XXI Editores.

Carrión, Fernando. (2007). "Espacio público: punto de partida para la alteridad", en Olga Segovia (ed.). *Espacios públicos y construcción social. Hacia un ejercicio de ciudadanía*. Chile: Ediciones Sur.

----- (2008). "Centro Histórico: la polisemia del espacio público", en *Revista de la Organización Latinoamericana y del Caribe de Centros Históricos*, No. 2, pp. 89-96.

----- (2008). "Violencia urbana: un asunto de ciudad", en *Revista Eure*, Vol, XXXIV, No. 103, pp. 111-130.

Castro Nieto, Guillermina. (1990). "Intermediarismo político y sector informal: el comercio ambulante en Tepito", en *Nueva Antropología*, Num. Abril, pp. 59-69.

Centre d'Études Techniques de Lyon. (2013). *Théorie et principes de la prévention situationnelle. Quel enjeux pour les gares ?* Paris : Ministère de l'Écologie, du Développement durable et de l'Énergie, pp. 6-15.

Chapela Ayala, Tania (2013). "Apuntes para una historia del espacio público en Tepito, Ciudad de México, 1901-2010" y; Hiernaux, Daniel. "Tensiones socavadas y conflictos abiertos en los centros históricos: imaginarios en conflicto sobre la plaza de Santo Domingo, Ciudad de México"; en Patricia Ramírez Kuri (Coord.) *Las disputas por la ciudad. Espacio social y espacio público en contextos urbanos de América Latina y Europa*. México: UNAM/DGAPA/IIS/IGUNAM/CEIICH/PUEC/Bauhaus Universität/UAQ/MAPorrúa.

Claval, Paul. (2001). "Clisthène, Habermas, Rawls et la privatisation de la ville" en Ghorra-Gobin Cynthia, *Réinventer le sens de la ville: les espaces publics à l'heure globale*. Paris: L'Harmattan, pp. 23-31.

Coulomb, R., Esquivel, M. y Ponce G. (Eds.) (2012). *Hábitat y centralidad en México: un desafío sustentable*. México: Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública,

Crossa, Verónica. (2014). "Las políticas de reordenamiento del comercio ambulante en la Ciudad de México: una perspectiva crítica", en Silvia Giorguli y Vicente Ugalde (Coords.) *Gobierno, territorio y población: las políticas públicas en la mira*. México: El Colegio de México.

Cruz, María Soledad. (2006). “Regulación del desarrollo urbano, formas de producción de la ciudad y la división social del espacio urbano”, en Lucía Álvarez, Carlos San Juan y Cristina Sánchez Mejorada (Coords.), *Democracia y exclusión. Caminos encontrados en la Ciudad de México*. México: CEIICH-UNAM/UAM/UACM/INAH/Plaza y Valdés.

Davis, Diane. (2007). “El factor Giuliani: delincuencia, la «cero tolerancia» en el trabajo policiaco y la transformación de la esfera pública en el centro de la ciudad de México”, en *Revista Estudios Sociológicos*, vol. XXV, núm. 75, septiembre-diciembre. México: El Colegio de México, pp. 639-681.

De Biase, Alessia, (2010). “De la necesidad de la incertidumbre, la lentitud y la gratuidad”, en Mireia Viladevali i Guasch y María Castrillo Romón (Coords.), *Espacio público en la ciudad contemporánea. Perspectivas críticas sobre su gestión, su patrimonialización y su proyecto*. Valladolid: Instituto Universitario de Urbanística/ Universidad de Valladolid/ Secretario de Publicaciones e intercambio editorial.

Duhau, Emilio. (1987). “La formación de una política social: el caso del Programa de Renovación Habitacional Popular en la ciudad de México” en revista *Estudios Demográficos y Urbanos*, Vol. 2, núm. 1, enero-abril. México: El Colegio de México.

----- (2008). “División social del espacio y exclusión social”, en Rolando Cordera, Patricia Ramírez Kuri y Alicia Ziccardi (Coords.), *Pobreza, desigualdad y exclusión social en la ciudad del siglo XXI*. México: Siglo XXI Editores.

Duhau, Emilio y Angela Giglia. (2008). *Las reglas del desorden. Habitar la metrópoli*. México: Siglo XIX Editores/Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco.

Do Rio Caldeira, Teresa. (2007). *Ciudad de muros*. Barcelona: Gedisa Editorial.

Esquivel, M. (1997). “Dinámica demográfica y espacial de la población metropolitana”, en René Coulomb y Emilio Duhau (Coords.), *Dinámica Urbana y Procesos Socio-Políticos. Lecturas de actualización sobre la Ciudad de México*. México: Observatorio Urbano de la Ciudad de México/CENVI/UAM-Azcapotzalco.

Esquivel, M. y José Castro. (2012). “A dos décadas y media de Renovación Habitacional Popular: evaluación de hábitat popular”, en Coulomb, R., Esquivel, M. y Ponce G. (Eds.).

*Hábitat y centralidad en México: un desafío sustentable*. México: Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública,

Giglia, Ángela. (2012). *El habitar y la cultura. Perspectivas teóricas y de investigación*. España: Siglo XXI Editores/Anthropos Editorial/UAM-Iztapalapa.

Grisales Ramírez, Natalia Rocío. (2003). *Barrio y centralidad en la Ciudad de México: el caso de Tepito*. Tesis de maestría en Antropología, Facultad de Filosofía y Letras. México:UNAM.

Gülçin Erdi, Lelandais. (2016). "Le quartier comme espace de résistance et de politisation", en *Cultures & Conflits*, No. 101, printemps. Consultada el 25 de mayo de 2016, de <http://conflits.revues.org/19203>

Jarquín Sánchez, María Elena. (1994). *La producción del calzado en Tepito*. México: UNAM/CEIIH/ 1994.

Licon, Ernesto. (2007). "Plazas Metropolitanas y plazas barriales en la Ciudad de Puebla"; Giglia, Angela. "Orden urbano, espacio público y comercio en Ciudad Nazahualcóyotl"; Portal, María Ana. "Espacio público y transformaciones urbanas"; y; Rojas, Alcayaga, Mauricio. "De lo público y lo privado en espacios urbanos", en María Ana Portal (Ed.), *Espacios públicos y prácticas metropolitanas*. México: Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.

Lungo Díaz, Mario. (2005). "Globalización, grandes proyectos y privatización de la gestión urbana". *Urbano*, num. julio, pp. 49-58.

Maerk, Johannes. (2010). "Desde acá - Tepito, barrio en la Ciudad de México". Revista del CESLA, num. Sin mes, pp. 231-542.

Monnet, Jérôme. (1996). "Espacio público, comercio y urbanidad en Francia, México y Estados Unidos". Revista *Alteridades*, núm. 11, pp. 11-25.

----- (2002). "Espacio público y lugares comunes en la ciudad de México y Los Ángeles: del modelo de sociedad nacional a las escenas metropolitanas", en *Perfiles Latinoamericanos*, num. diciembre, pp. 131-151.

Monterrubio, Anavel. (2014). *Factores y actores para la renovación urbana del hábitat popular en barrios céntricos de la ciudad de México 1985-2006*. México: Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública.

Nivón, Eduardo. (1988). “El surgimiento de identidades barriales. El caso de Tepito”, en *Alteridades. Anuario de Antropología*. México: UAM-Iztapalapa.

Oblet, Thierry. (2008). *Défendre la ville. La police, l’urbanisme et les habitants*. Paris: Presses Universitaires de France.

Ramírez, Armando (1971). *Chin Chin El Teporocho*. México: Océano Expres.

Ramírez Kuri, Patricia. (2009). *Espacio público y ciudadanía en la Ciudad de México. Percepciones, apropiaciones y prácticas sociales en Coyoacán y su centro histórico*. México: UNAM-Instituto de Investigaciones Sociales-Posgrado en Urbanismo-PUEC/Porrúa Hermanos.

Reguillo, Rossana. (2008). “Sociabilidad, inseguridad y miedos: trilogía para pensar la ciudad”, *Alteridades*, Año 18, No. 36, pp. 63-74.

Reyes Domínguez, Guadalupe y Ana María Rosas Mantecón. (2005). *Cultura y organización popular: el caso de Tepito*. México: UAM-Iztapalapa.

Rodgers, David. (2004). “Haciendo del peligro una vocación. La antropología, la violencia y los dilemas de la observación participante”, en *Revista Española de Investigación Criminológica*, No. 2.

Rosas Ayala, Héctor. (1991). *Tepito, ¿barrio vivo?* México: UNAM-CRIM.

Tomas, François. (2005). “Estrategias socioespaciales y construcción/destrucción de la identidad urbana: apuntes a partir del caso de Tepito”, en Sergio Tamayo y Kathrin Wildner (Coords.), *Identidades urbanas*. México: Colección Cultural Universitaria, Serie Ensayo-UAM-Azcapotzalco.

Vergara, Figueroa, César. (2006). “Niveles, configuraciones y prácticas del espacio”, en Patricia Ramírez Kuri y Miguel A. Aguilar Díaz, *Pensar y habitar la ciudad. Afectividad*,

*memoria y significado en el espacio urbano contemporáneo*. España: Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana.

Wacquant, Loïc. (2001). *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Argentina: Cole Manantial.

### **Referencias hemerográficas**

CNN, México. (2012). *Tepito, un barrio de la Ciudad de México que se resiste a la autoridad*. Obtenida el 3 de julio 2016, de <http://expansion.mx/nacional/2012/06/29/tepito-un-barrio-de-la-ciudad-de-mexico-que-se-resiste-a-la-autoridad>

El Universal. (2006). *El barrio de Tepito tiene la calle más peligrosa*. Obtenida el 16 de junio, 2016, de <http://archivo.eluniversal.com.mx/notas/373658.html>

Excélsior TV. (2016). *Detienen en Tepito a cinco más por droga*. Obtenido el 16 de junio 2016, de <https://www.youtube.com/watch?v=6E2OMncA3QA>

La Jornada, México. (2000). *Tepito: un polvorín*. Obtenida el 3 de julio de 2016, de <http://www.jornada.unam.mx/2000/11/17/034n1cap.html>

La Jornada, México. (2001). *"Acción imprudente" la que realizaron policías para detener a la lideresa María Rosete: Bátiz*. Obtenida el 3 de julio de 2016, de <http://www.jornada.unam.mx/2001/03/25/033n1cap.html>

La Jornada, México. (2003). *Cinco horas de caos en Tepito*. Obtenida el 1 de julio de 2016, de <http://www.jornada.unam.mx/2003/08/29/036n3cap.php?printver=1&fly>

La Jornada, México. (2007). *Slim y Martí, interesados en establecer empresas en Tepito*. Obtenida el 29 de mayo de 2016, de <http://www.jornada.unam.mx/2007/03/15/index.php?section=capital&article=043n1cap>

La Jornada, México. (2007). *Rechazan comerciantes de Tepito ingreso de trasnacionales al barrio*. Obtenida el 1 de julio de 2016, de <http://www.jornada.unam.mx/2007/03/23/index.php?section=capital&article=042n1cap>

La Jornada, México. (2007). *Las viviendas de Tenoch 40, de "lujo" y a prueba de ladrones*. Obtenida el 1 de julio de 2016, de <http://www.jornada.unam.mx/2007/02/23/index.php?section=capital&article=035n1cap>

La Tranza, periódico cultural del barrio de Tepito. (2015). Obtenida el 28 de junio de 2016, de http: <https://www.facebook.com/LaTranzaAvanza/posts/794613307284478:0>

Revista Chilango. (2013). *Tips para ir a Tepito. 10 consejos para dar el rol por el "barrio bravo"*. Obtenida el 10 de junio de 2016, de <http://www.chilango.com/ciudad/nota/2013/06/05/10-consejos-para-ir-a-tepito-y-no-morir-en-el-intento>